

# El Ministro Del Silencio

HÉCTOR PEÑA MANTEROLA

2X

**D.J.57**

Noviembre de 2019. Carlos es un joven recién graduado que abandona un trabajo precario para centrarse en perseguir sus sueños. Cuando conoce a Gabriel, este le muestra el Paraíso desde lejos... pero todo tiene un precio. En circunstancias donde una pandemia global parece ser el enfoque de la mayoría, Carlos tendrá que tomar una decisión importante para su vida. ¿Confiar en aquel hombre y dejarse guiar hacia la Tierra Prometida, o seguir su propio instinto?

Héctor Peña Manterola

---

# **El ministro del silencio**



Título original: *El ministro del silencio*  
Héctor Peña Manterola, 2020

---

Revisión: 1.0  
26/09/2020

Todos los sucesos narrados en la obra, al igual que los personajes incluidos y alguna de las ubicaciones, son ficción, y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

*A mi abuela Teresa, que siempre ha creído en mí y me ha  
escuchado  
pese no entender la mitad de lo que la decía.*

*Hasta que nos volvamos a encontrar.*

«¿Por qué dividir tanto a la gente entre la izquierda y la derecha, si el mundo es redondo?».

(Héctor Peña Manterola, 2020)

## Prólogo

No sabía exactamente si se encontraba a tres o a cinco minutos de la medianoche, pero eso no le impedía dormir, sabiendo que la ficción que podía encontrar en sus sueños no gozaría de más fantasía que aquella que lo atormentaba desde hace casi seis meses.

Existía la posibilidad, es cierto, de que todo fuera cierto, pero su instinto le hacía sospechar lo contrario. Su instinto, y la poca información que había podido obtener de una fuente tan fiable, dicho con ironía, como era internet.

Los últimos días había perdido casi todo ápice de la esperanza que le quedaba, aquella que le había impulsado a creer, alimentada, eso sí, por una entramada red de lo que ahora creía mentiras, pero que de no serlo, solo mostraría lo infestada de gusanos que se encontraba aquella corrupta manzana llamada sociedad.

Y aquello no le impedía morder.

Eran tiempos difíciles, es cierto, especialmente para los jóvenes. La precariedad de los contratos laborales y la dificultad para encontrar un trabajo decente, con vistas al futuro, hacían brillar a cualquier oportunidad que asegurara satisfacer esas necesidades.

No es que tuviera un mal perfil. Había cursado estudios universitarios, y varios cursos sobre diversos temas que le podían resultar de interés a alguien, incluso a él mismo. Quería prepararse unas oposiciones para beber la leche de la teta de mamá Estado, pero adelantar unos años lo que acabaría resultando evidente, era una idea demasiado atractiva incluso para alguien que en ocasiones demostraba albergar algo similar al pensamiento racional, aunque fuera al más básico.

Lo mejor sería intentar relajarse, como cuando tienen que sacarte sangre, pero aquella situación también le aterraba. Muchos dirían que «tan mayor y tan fuerte, cómo te va a dar miedo una aguja tan pequeña», pero nadie se extraña cuando alguien tiene fobia a las arañas, y ellas también son pequeñas.

Quizá podría volver a llamar a su informante, aquel que le había puesto en contacto con el hombre misterioso. Siempre lo vio como una persona de confianza, y nunca había dado problemas en su comunidad, que él supiera. Ya jubilado... ¿qué podría sacar de ello? El beneficio propio siempre se busca, sin importar la edad o la condición, pero no parecía ese tipo de hombre.

Aunque, pensándolo en frío, tampoco sabía qué le podía decir que no supiera ya. Hacía ya tiempo que parecía que lo evitaba, lo cual era bastante sospechoso, y cuando forzosamente se encontraban no tenía nada nuevo que decirle, como si aquel primer contacto con los límites de la legalidad pareciera haberlo hecho abandonar el tablero.

Menuda locura, si sus propios familiares estaban implicados. Su hijo, seguro, y una o dos de sus sobrinas también. ¿Quién podría engañar incluso a su familia? Aunque podía ser un farol.

Debía de dejar tranquilo a aquel señor. Tenía el contacto de la fuente, así que podía llamarla directamente y zanjar el asunto, pero ahora parecía estar tan cerca del final que la curiosidad le pedía que esperara un poco, aguardando darse por satisfecha gracias a las acciones del extraño hombrecillo.

Además... ¿qué le iba a decir?

Quizá confirmar lo que ya sabía, la fecha en la que supuestamente se iban a reunir para terminar con todo, o mejor dicho, para empezar de una vez por todas con aquello que se les había asegurado; pero de poco servían ahora las palabras: podían decirle que sí, y en última instancia, anularlo de nuevo, como ya llevaba pasando durante meses.

Había sido un necio, uno no debe fiarse de los desconocidos, pero al fin y al cabo... ¿y si resultaba ser cierto? ¿Sería el único tonto que se iba a quedar sin su trozo del pastel? Sabía que no podría perdonárselo. Pero en su interior, siempre había desconfiado. Y con dinero de por medio, se

complicaba todo. Lo más raro era la promesa de que le sería devuelto, ya que en aquellos casos, nunca volvía a verse, se repartía entre los implicados y tú ganabas tu plaza, no se utilizaba para falsificar las tasas de la administración. Pero que sabía él, que nunca había robado más que una lata de Coca-Cola haciendo uso de toda la picaresca propia de un chaval de doce años; lo cual tampoco es que recordara muy bien.

Ahora estaban hablando de jugársela al sistema. Siempre se rumorea sobre lo amañados que están todos los procesos, muchas veces como justificación a los rechazos o suspensos, para mantener la autoestima frente a ciertas situaciones adversas, pero ahora lo tenía delante de él.

Aquel ahora parecía durar siempre. Ya se lo había dicho, «no me des fechas o esperanzas hasta que no tengas nada seguro»; y sin embargo, lo había vuelto a hacer, jugando con sus sentimientos como una quinceañera que se entretiene con los guapos de la clase, o como él mismo había hecho en otras ocasiones siendo algo más adulto.

Como todos los hombres, temía quedarse calvo, y aquella situación no ayudaba realmente a calmar esos temores. Era consciente de que si no hacía por él, debía de lograrlo por su cuero cabelludo, que sufría en sus propias carnes los efectos del estrés y de la falta de sueño.

Le gustaría poder hacer tantas cosas con ese dinero. Viajar, ahorrar algo, hacer un buen regalo a su familia... además, con la situación, podría incluso invertir en un hogar, independizarse, montárselo a su manera.

Debía de tener muchas habitaciones. Un dormitorio era casi obligado, y una habitación de invitados, por si más adelante tenía críos. Sobra decir que un taller era algo a lo que no podía renunciar, y quizá otra habitación para montar un gimnasio y un par de baños. En un lugar así podría sobrevivir a la siguiente gran cuarentena mundial sin demasiados problemas. Pero para todo aquello necesitaba dinero, mucho dinero, y tiempo.

Tenía que ser bonito planear una casa, diseñar las habitaciones, y poco a poco, llevar a cabo ese proyecto. Siempre había pensado que lo importante no era el destino, sino el camino que debes recorrer para llegar, que es donde nacen todas las aventuras.

Pero ahora solamente quería avanzar, llegar al destino de aquella espera, para poder comenzar con nuevas vivencias y continuar su propio recorrido,

efímero como solamente puede serlo una vida humana.

Para él, el tiempo se había detenido a finales del año pasado, y para el resto del mundo, unos pocos meses después. Parece ser que el propio universo conspiraba para ampararlo en su soledad, en la frialdad de su inerte rutina que esperaba poder alejarse de los vicios del tiempo libre para convertirlo en una persona de provecho.

Era curioso, sin duda, y en caso de no terminar todo lo bien que aún en el fondo de su ser deseaba, servía para disminuir su dolor, reduciendo el castigo del tiempo perdido, o mejor dicho, invertido en otros menesteres.

Así aprendería a no fiarse de cualquier ángel salvador que aparece en el momento más oportuno.

Y vaya si era oportuno, en verdad. No podría haberlo sido más ni siendo el guión de una película o novela. A lo sumo podría intentar igualarlo. Le había llevado muchos días reunir el coraje necesario para renunciar a su puesto de trabajo decidido a centrarse en perder meses, incluso años de su vida, luchando por un futuro mejor, y nada más dar el paso y romper con todo, su mesiánica figura se apareció ante sus ojos ofreciéndole una recompensa a medida ante tal acto de valor existencial.

Pero nadie regala nada, y aún de ser cierto, tarde o temprano podría costarle caro, quizá obligándolo a hacer cosas que no estaba dispuesto a hacer. Era de fuertes credenciales morales, más entonces se cuestionaba, ¿por qué había aceptado?

Su único consuelo era filosófico. El bien y el mal, tal como lo definían en su tierra, se basaban en la moralidad... ¿qué había de inmoral en todo aquello, si él realmente creía estar capacitado para ese puesto? No estaba dañando a nadie, a lo sumo, reclamaba una plaza que si no era suya, se la entregarían a dedo a otro u otra.

De tres a cinco días. Ya solo quedaba esperar, estaba en el último acto.

## **Capítulo Primero: Figurantes de la mesa cuadrada**

Mañana sería el primer día del último mes del año. Uno más, supuso. La Navidad comenzaba a amenazar con destruirlo todo, mostrando sus garras, uñas y dientes, ante un colectivo dominado por la mentalidad consumista. Una doctrina de la cual él era seguidor.

Aún con aquel último café, le había costado mucho tomar la decisión. Era cierto que no estaba nada mal últimamente, pero aquello iba a cambiar y él tenía que mirar por sí mismo. Había algo de tristeza en saber que aquella mañana sería la última en que vería las olas del mar, en calma, arrojando a la arena justo antes de que se despertara.

Debería de ir a pasar la mañana dando vueltas por la ciudad buzoneando, pero hacía bastante calor, y ya que no podía volver al local por si la auditora decidía pasarse a saludar, ¿qué importaba que repartiera los cupones o no?

Siempre le había hecho mucha gracia la situación. Después de pasarse dos meses en la capital sudando la gota gorda con la excusa de que se trataba de una formación, le habían obligado a unas vacaciones forzosas y a no tener donde caerse muerto en su vuelta al norte. No era capaz de entender que una empresa tan grande pudiera tener esos fallos de planificación, pero buen consuelo era saber que estaba cotizando sin prácticamente hacer nada más que darse paseos y doparse con cafeína. Y aquello le entristecía mucho.

Junto a él, estaban sentados sus dos compañeros, el dueño del

restaurante, y una supervisora. Debían de poner el local a punto ya que no podían volver a suspender, o de lo contrario, las medidas de seguridad implicaban el cierre automático hasta superar el examen. Estaban todos bastante nerviosos.

—Ya sabéis las zonas que os tocan a cada uno. Cuando acabéis, podéis ir a casa, no os preocupéis por las horas que podáis deber a la empresa, lo más importante es que la auditora no os vea aquí.

Hacía tiempo que Carlos conocía a aquel hombre. Ya habían trabajado juntos en el pasado, y ahora que ambos habían ascendido, al menos a él se le veía mucho mejor, aunque preocupado.

Todos los cabecillas temían que la auditora pudiera verlos. Ellos estaban allí de «ilegales», y no porque fuera ilícita su presencia en aquel país, ya que los tres eran ciudadanos nacidos allí; el problema era un fallo de gestión, uno de los muchos males que parece ser aquejan a todo lo construido por el ser humano. Problemas con las filiales, hasta donde sabía él, y se imaginó que también tenían algo que ver las ganas de ahorrarse contar a sus trabajadores sus derechos para que no pudieran reclamar.

Estaba seguro de que tarde o temprano rendirían cuentas por aquellas horas que ahora no estaban trabajando debido a problemas ajenos a ellos. Así era la hostelería, jornadas interminables, horarios basura, y poca remuneración.

Pero ya no iba a ser su problema nunca más. Él había decidido dejarlo para centrarse en estudiar unas oposiciones, y así hacer que el tiempo dedicado a trabajar en el día a día no fuera tiempo perdido de su vida, ya que no tenía otra cosa. Sus días de estudiante universitario habían acabado, y comenzaba a hacerse mayor, así que no quería volver a un trabajo de estudiante, ya que por suerte no lo necesitaba para comer; la poca experiencia que había tenido con la jornada completa le hizo ver que si bien podía dedicarse totalmente a sus vicios, ya que no tenía gastos reales, no tenía ni tiempo ni fuerzas para ello.

Y todo ello estaba unido a uno de los males que acarrea comenzar a ser adulto: la visión a largo plazo. Aunque ahora pudiera tener dinero para todos sus caprichos, no era la calidad de vida por la que llevaba años pelándose los codos, ni le iba a dar el futuro despreocupado con el que

quería soñar.

La decisión ya estaba tomada, y como siempre le había dicho su madre, «era más difícil bajar que subir». No a nivel laboral, está claro; sino a nivel psicológico. Es más fácil acostumbrarse a lo bueno que a su ausencia.

Los tres compañeros llenaron sus mochilas con los cupones y partieron hacia sus vehículos. Las promociones eran absurdas, llamadas por teléfono más caras que su pedido web, malos precios en comparación con la competencia... todo unido a que era una marca no muy famosa en aquel país. La verdad es que no parecía la mejor de las ideas, y eran conscientes de que repartir los panfletos tampoco iba a ayudar al negocio.

—Bueno Carlos, es tu último día —le dijo su compañera.

—Eso parece, sí.

—¿Y no tienes pensado volver en un futuro? ¿Nos vas a dejar solos con la jefa? Mira que tienes cara, ¿eh?

El tono fue burlón, pero encerraba algo de pena. Los tres se habían convertido en buenos amigos durante aquellos meses, pero la situación no podía mantenerse. Poco a poco, durante varios días, él se lo fue dejando caer, ya que sabía que no iban a aceptarlo fácilmente.

Primero, fueron comentarios inocentes sobre volver a ponerse a estudiar las oposiciones con las que tanto tiempo había soñado, proceso que había roto al escoger aquella opción laboral. Luego, avances en el proceso de búsqueda de una academia, y finalmente, la verdad.

Realmente no los estaba mintiendo. En su interior, las dudas iban aflorando día tras día, alimentando su necesidad de huir, de romper con aquella situación, y de enfrentarse a lo que realmente quería, de tomar las riendas de su vida, olvidando por el camino que somos marionetas del destino y de nuestras propias circunstancias. Aquel año había vivido muchas aventuras que habían puesto en jaque a la línea vital que hace tiempo había decidido seguir, pero tras esas vacaciones que se había tomado su responsabilidad, era el momento de volver, y su pareja le había ayudado a tomar aquella decisión.

—Bueno, sois fuertes, seguro que podéis apañáoslas solos —replicó Carlos.

—Ya verás cuando nos toque abrir. ¡La voy a meter tanta presión que se

va a ir de la línea fría!

Su compañero era algo mayor que él, pero muy enérgico. También soñaba con estudiar unas oposiciones parecidas a las suyas y así salir de aquel trabajo, pero de momento lo necesitaba. Era un buen chaval.

Aquella experiencia le había enseñado sobre los problemas de la gente, y lo afortunado que él era por poder tomar una decisión así. La madre de su compañera tenía cáncer, y tenía que trabajar por ella; y sobre su compañero, ya estaba todo dicho, tenía cosas que pagar, esclavo de sus propias decisiones o necesidades.

Pero él era libre todavía. Y aquel treinta de noviembre, se subió a su auto y volvió al pueblo costero donde vivía con su madre y hermano.

Le gustaba aparcar a unos minutos andando de su casa, para obligarse a moverse en ambos sentidos cuando tenía que coger o dejar el coche, y aquel día, para no variar, hizo lo propio. Serían las once de la mañana, y a medio camino, recordó que se le había olvidado una caja en el coche, así que volvió a por ella y se dejó hundir en la rutina.

Otro café, bajar al perro, dar un paseo... iba a ser un día tranquilo, tal vez saldría a correr si aguantaba el tiempo. Allí nunca se sabía, al igual que tampoco era consciente de que unos ojos lo habían observado aquella mañana.

Tal y como solía ocurrir, al mediodía llegó su hermano pequeño del instituto, y junto a su madre se sentaron a comer. Ellos dos también habían sido buenos consejeros en aquellas circunstancias, al igual que su padre, con el que mantenía una relación con «subidas y bajadas» por culpa del dinero. Pero sin duda era su pareja la que más tiempo había tenido que aguantar sus disertaciones emocionales sobre lo que implicaba todo aquello.

Se trataba de una buena chica, extranjera, de ojos verdes y gigantes, en los que parecía que podía esconderse todo el Amazonas, por lo que cada vez que la distancia lo permitía, Carlos buscaba en su mirada algún tesoro oculto. Era un poco más mayor que él, y apenas llevaban unos meses saliendo, pero pese a tener un fuerte carácter, había dejado ver su gran corazón desde el principio.

Ella era una chica también con estudios, habiendo alcanzado el doctorado en su ámbito académico, y entendía las dudas del muchacho

aconsejándolo pensando en qué podía ser lo mejor para él, que sin duda, era lo peor para ella: mantener la distancia para que pudiera dedicarse en cuerpo y alma a estudiar, en vez de estar juntos. Era un gesto duro, pero muy bonito, ya que en eso consiste el amor: en la empatía, en querer lo mejor para tu contraparte, aunque no sea lo mejor para ti.

Al menos ahora, sin horarios, podría organizarse mejor para ir a verla.

Era un jueves treinta de noviembre, mientras comían, cuando sonó el teléfono. Su madre siempre escogía tonos bastante incómodos para los mensajes y para las llamadas, y aquel no resultó ser una excepción.

—Quién podrá ser a estas horas, si todos están comiendo —murmuró la señora.

Su madre siempre había sido su principal apoyo. Es cierto que también era una mujer con mucho carácter, pero siempre anteponía sus hijos a cualquier otra cosa, aunque fuera a ella misma. Realmente los amaba a ambos, y aunque suene poco creíble, por igual.

Cuando Carlos era joven, pensó que todas las madres debían de ser como la suya, cariñosas, siempre dispuestas a todo... pero no fue hasta que creció que se dio cuenta de lo afortunado que había sido. Recordaba con mucho cariño un pequeño detalle que tuvo el día del nacimiento de su hermano: él estaba coleccionado unos tazos, o similar, de alguna serie de televisión, algo muy propio de un chico de tan solamente ocho años; y a ella la ingresaron para practicarla una cesárea. Aquel acto, aparentemente normal, que el niño no comprendía, se tornó en algo especialmente bonito cuando fue a ver a su madre y a aquella pequeña criaturilla que decían que era su hermano. Ella se había acordado de él y había comprado con antelación tazos de aquellos que le gustaban para dárselos aquel día.

Y qué decir de su hermano, ahora adolescente, pero bastante soportable y maduro pese a todo. Muy de andar por casa, pero en eso salía a él, que pensaba que mejor era eso que dejar que se estuviera drogando en cualquier esquina. Siempre le habían preguntado que si prefería un perro o un hermano, y pese decir que quería al primer animal, al final vinieron seguidos.

—Oye, María, ¿está tu hijo por ahí?

La voz le resultó extrañamente familiar.

—Sí, dime, ¿ocurre algo?

—No, verás, quería preguntarle si le interesaba un trabajo. ¿Él ahora está trabajando de algo?

—No, justo hoy ha cesado para ponerse a preparar unas oposiciones.

—Bueno, pues no va a hacer falta. Tengo un amigo que está buscando gente para entrar de funcionarios aquí, en la cárcel de Villa del Mar, y verás, Ana vio a tu hijo esta mañana, y mira que yo no había pensado en él de primeras, ni había caído, pero un chaval así joven y majo podía venirnos bien. ¿Os interesa?

La cara de María parecía componer un poema, pero Carlos no se atrevía a atribuírselo ni a Bécquer ni a Neruda. Estaba impactada.

Su madre sabía lo difícil que era prepararse unas oposiciones. Era médico, y llevaba muchos años intentando llevarlas a la par que su vida personal y laboral. Había realizado muchos sacrificios que finalmente habían dado sus frutos en forma de una plaza.

—Claro que sí, ¡sí!

—Vale. Mira, yo he quedado con el amigo mío aquí, debajo de casa, en el bar de El Voltijo, para tomarnos unos blancos. Si queréis, bajad en una media hora con nosotros y así os comentamos en persona.

Su madre colgó, y le miró con esa misma mirada que hacía parecer que había desayunado un refranero. La mención de Ana, de El Voltijo, y aquel tono masculino, solo podían atribuir aquella llamada a Leonardo, su vecino.

Leonardo vivía unos cuantos pisos más abajo. Carlos realmente no sabía mucho sobre él, únicamente que siempre había habido un trato cordial por ambas partes. Se había jubilado hace pocos años, y junto a su esposa, Ana, formaban una familia muy agradable, aunque su perrina y la del muchacho siempre se ladraban en busca del cariño de sus respectivos dueños. No podía negar lo evidente, pero aquel animal le encantaba a Carlos, ya que le recordaba mucho a su primer perro, el culpable de haberse antepuesto a su hermano.

Fue un animal realmente noble y bueno, defensor de los suyos hasta el final, y especialmente de Lucas, su hermano pequeño. Una vez, cuando el niño era aún un neonato, el perro se escapó y lo encontraron bajo la cuna, impidiendo acercarse a nadie que no conociera.

—¿Has oído bien, no? —acertó a decir María.

—Sí, sí. Suena muy raro, ¿no? —respondió, incrédulo, Carlos.

—¡Menuda chorra tienes! —exclamó Lucas, haciendo un uso apropiado de la jerga más coloquial de los adolescentes.

—No digas eso, hermano, si aún no sabemos nada de nada de lo que nos tienen que decir.

—¿Nada de nada? Han dicho que te van a dar un trabajo de funcionario por la cara. ¡Ya podrías enchufarme a mí dentro de unos años!

—¿Y tú te lo crees?

—Leonardo no tiene pinta de ser un mentiroso —interrumpió su madre.

—Bueno, yo no lo conozco tanto como tú, así que no sé qué decirte.

—Yo lo he atendido a él varias veces, y a su mujer. Son buena gente, así que si no te fías de ellos, fíate de tu madre.

Y así lo hizo. Entre los nervios y la expectación, tanto María como Carlos acabaron de comer, y sin tomarse el café que la tradición exigía, bajaron a tomárselo acompañados.

Desde su casa a El Voltijo apenas había un par de minutos, una rotonda que rodear, y poco más. Era un bar pequeño que daba pared con pared con un restaurante, regentado por una pareja que había tenido hace poco a su primer hijo. El muchacho solía dejarse caer por allí varias tardes a la semana, ya que era el punto de encuentro que tenían sus colegas más adultos para tomar café o una caña por encontrarse a medio camino entre los hogares de cada uno, y aquello realmente le venía bien, ya que no era especialmente sociable, y el hecho de tener que cruzar únicamente dos pasos de peatones, lo impulsaba a serlo un poco más.

La temperatura había aumentado un poco, y al entrar, pudo ver a Leonardo sentado en una mesa cuadrada junto a otro señor que él no conocía. El muchacho y su madre saludaron, y tomaron asiento.

Leonardo era un hombre alto y robusto, pero no especialmente gordo. Tenía algo de panza propia de su edad, y un cabello poblado, de tonalidades grises oscuras, además de usar gafas. El hombre que lo acompañaba, era más menudo y panzón. Llevaba la cara completamente afeitada, y tenía el pelo corto, con entradas que escoltaban a su también grisáceo pelo.

No usaba gafas, pero vestía con vaqueros y una camiseta de cuadros.

—Ustedes deben de ser Carlos y María —dijo el individuo.

—Sí, ¿y usted? —respondió la madre de Carlos.

—Yo soy Gabriel, el amigo de Leonardo.

—¿Queréis algo para tomar? —preguntó Carlos.

La pregunta era meramente una cortesía, ya que ambos tenían sobre la mesa sus blancos. Su madre pidió un café con leche, así que sumando el propio, fueron dos los que ordenó.

Carlos supuso que debía de haberse arreglado algo más para bajar. No iba mal vestido, pero ya necesitaba un corte de pelo, además de un afeitado. Nunca la había tenido tan larga y desordenada, pero ya era tarde para aquello.

—Supongo que vuestro vecino ya os habrá comentado el por qué os hemos citado aquí, ¿no?

—Por un negocio que os traéis entre manos —respondió María.

La madre de Carlos era muy dinámica, y se tenía que hacer notar. A veces eso dejaba al muchacho como un «niño de mamá» en público, cosa que odiaba, pero en general estaba bien.

Él, por el contrario, intentaba ser más cauto, así que cruzó las manos y se limitó a escuchar, rotando su mirada fija y penetrante entre los diferentes interlocutores. Si algo había aprendido de sus viajes por el extranjero, es que siempre hay que aparentar tener controlada la situación, hablar poco, y escuchar mucho.

—Sí, mira, a ver. No sé si sabéis cómo anda la situación en prisiones, pero andamos necesitando gente, y más ahora que los diversos servicios se van a privatizar ya que los empresarios nos meten unas clavadas cada vez que tenemos que llamarlos... es tiempo de cambio —dijo el tal Gabriel.

—Y queréis elegir personalmente de quienes rodearos, ¿no? —dijo María.

—Eso es —respondió Leonardo.

—Estamos teniendo muchos problemas con que si la gente mete la droga en la cárcel, conque si aprovechan para negociar teléfonos con los presidiarios... yo ya no puedo más y tengo la tensión por las nubes. Y ahora que todo va a volverse más complejo necesito rodearme de gente de confianza antes de que explote. Tengo por aquí las recetas que me han dado

para la tensión, a ver si mejoro algo —explicó Gabriel.

—¿Quieres que las vea? —preguntó la madre de Carlos.

—Sí, déjaselas ver. Es doctora, y de las buenas —añadió Leonardo.

El individuo sacó unos papeles doblados que tenía en el bolsillo de la camisa. Llevaba la parte superior abierta, dejando ver asomar una piel rojiza quemada por el sol y unos pelos largos y canosos. Le entregó los papeles a la mujer, que los analizó.

Pasaron un tiempo hablando sobre la tensión y las recetas, supuso Carlos que en un intento por parte de su madre de ganarse la confianza de aquel señor, pero tras el paripé, el tema volvió a ser el que tenía que ser, y no otro.

—Pero bueno, Carlos. Háblame un poco de ti, que es lo que quieres, a qué te dedicas, tus estudios...

Esta vez Gabriel se había centrado en el muchacho, así que no había escapatoria. Debía de hablar.

No es que tuviera ningún problema para hablar en público, pero prefería no meter la pata en aquel asunto.

—Bueno, voy a cumplir veinticinco, he estado trabajando principalmente en la hostelería mientras estudiaba, tengo una carrera, cursos de psicología... de todo un poco.

—¡Un educador! Puedo meterte como educador. ¡Mira que me hacían falta educadores!

—También puedes meterlo en el otro grupo —dijo Leonardo golpeándolo en el codo con su mano, levemente, sin apenas fuerza.

—¿En qué otro grupo? —preguntó María.

—Bueno, veréis. Había estado buscando a chavales jóvenes, pero hemos tenido alguna baja. Gente que no acepta el contrato de silencio, o con antecedentes, ya sabéis. Estaba pensando, ahora que la seguridad va a ser propia de la cárcel, formar a un grupo de chavales y chavalas jóvenes, el Equipo A que me gusta llamarlo. Tres grupos de tres personas que se encarguen de dar leña cuando las cosas se pongan feas con los presos. Claro, el riesgo es mayor, pero también lo son los beneficios.

—Y las opciones de crecer. ¡Tú eres joven y tienes que pensar en eso! De educador siempre puedes entrar y acomodarte, pero piensa más en

grande —dijo Leonardo.

—Bueno, soy cinturón negro de Taekwondo, y también he practicado otras artes marciales. Quizá eso pueda valer —dijo Carlos.

—¡Muy bien! La verdad es que sí. Valoraré para cuál de los dos me vienes mejor y te digo. Ese sí, si realmente queréis cogerlo, mañana viernes iremos al restaurante de al lado, en las mesas que tiene dentro para tomar algo, y me tenéis que traer seiscientos euros y el currículum, además del DNI.

—¿Y en calidad de qué debemos de darte ese dinero? ¿Para comprar la plaza? —preguntó María.

—Es simple. Yo no te conozco y tú no me conoces, así que con esa fianza me aseguro de que no vais a ir largando por ahí que tenemos este negocio. Ya he echado a un chaval de los remeros que había cogido para seguridad por ir contándolo por ahí.

—Entonces, ese dinero se devuelve —afirmó la madre de Carlos.

—Sí, sí, claro. Vosotros firmáis el veintidós, creo que será, y ese día os devuelven el dinero en un sobrecito. Es más, también hacen falta médicos, así que si quieres puedes traerlo tú también, pero a la gente que trabaja y tiene familia les pido mil euros y el libro de familia.

—Porque tienen más medios.

—Eso es, sí. Para que les duela algo más si se van de la lengua —respondió el tal Gabriel.

—Bueno, entonces, si el chaval aquel se fue de la lengua, ¿por qué se lo devolviste? —preguntó María.

—Ya sabes... son chavales. No vas a hacerles «la putada». Bastante que pierden ya una oportunidad como esta.

—A ti te ha tocado hoy la lotería, Carlos —irrumpió Leonardo en la conversación.

—Y a ti también si quieres, María —afirmó Gabriel.

—Lo pensaré, pero no creo. Estoy muy a gusto con mi trabajo, y más ahora que he aprobado una oposición por mis propios medios —replicó la mujer.

—Bueno, tú piénsalo, y si quieres mañana me bajáis el dinero y vuestros documentos personales. Quiero que os reunáis conmigo mañana a

las tres de la tarde, en el lugar que ya hemos dicho. Yo ahora me debo ausentar.

Y tras ello, Gabriel se fue. Parecía un hombre peculiar. Simple, pero peculiar. Era difícil pensar que realmente fuera un individuo tan influyente como para poder hacer algo así y reunir a un grupo tan grande de personas para tal fin, pero... ¿y si era cierto? Su vecino no le iba a mentir. No tenía necesidad, pero el tema económico sonaba muy turbio.

Tras hacer una pequeña sobremesa con Leonardo, madre e hijo subieron a su casa, expectantes por ver que les aguardaba el día siguiente.

## **Capítulo Segundo: Guijarros en el bar de la esquina**

Habían pasado casi veinticuatro horas de insoportable incertidumbre. La tarde fue poco productiva, y la noche, demasiado larga, sobrellevada gracias a la certeza de que finalmente un rayo de sol anunciaría el amanecer, y con él, la cercanía de su encuentro.

«Quizá el destino realmente exista, y tú tuviste que volver al norte solamente para encontrar este trabajo», le dijo la tarde anterior Beatriz.

Carlos no era un febril creyente del sino, pero prefería pensar que su pareja tenía razón para reducir así el daño de su separación. Había aprendido ya tiempo atrás que la autosugestión podía ser muy útil en determinadas situaciones.

No había dicho nada a ninguno de sus amigos, pero las palabras le quemaban en la boca, casi como el humo que busca el cielo para fundirse con él.

Aquel día no pudieron esperar a Lucas para comer. Todos los preparativos estaban realizados, el dinero listo, y el currículum cubierto por una pequeña funda plástica. Justo cuando sonó el timbre para anunciar que el colegio había acabado, y que su hermano llegaba hambriento al hogar, la mujer y el hombre descendían, impacientes, por el ascensor.

El día no era especialmente soleado, pero aún quedaba algún resquicio de calor que comenzaba a disiparse según se acercaba el invierno. Ningún uno de diciembre había sido tan extraño como aquel.

Cuando entraron en el restaurante, Leonardo y Gabriel se encontraban

sentados junto a una mesa apartada, y con ellos, había una mujer, delgada, de mediana edad. Madre e hijo se acercaron, cuando la chica comenzó a despedirse.

—Os presento a Jessica, mi sobrina —dijo Leonardo—. Ella también va a entrar a trabajar en Villa del Mar.

—La verdad es que pocos currículums he visto tan bien presentados como el suyo —añadió Gabriel.

Carlos le entregó el suyo, ante su observadora mirada, casi como si se tratara de uno de sus antiguos exámenes universitarios y el extraño hombrecillo fuera a evaluarlo en sus narices. Lo había realizado con una moderna plantilla, y con algo de ayuda de Beatriz, así que estaba tranquilo.

—Bueno, el tuyo también está muy bien. Es muy profesional, ¡con la mención a las artes marciales y todo!

El muchacho asintió, y los dos tomaron asiento. Jessica se despidió de todos y se ausentó.

—Ahora anda algo mal con el marido, que ha tenido problemas de salud. La vendrá bien un trabajo como este, con sus ganancias y todo.

Las palabras de Leonardo causaron estupor. Toda la gente tendría motivos para desear un trabajo de funcionarios, y más aun teniendo en cuenta que las personas reales, tienen problemas de verdad. Aquella opción laboral era una solución para la mayoría de ellos. Era hermoso que hubiera gente como Gabriel, que ayudara a los demás, aunque su interés oculto fuera asegurar el penal para sí mismo.

—Verás, Carlos, te cuento. Visto lo visto, y ya que eres joven, hablaré con mi jefe para ver si te puede meter en el Equipo A en vez de educador. ¿Mejor, no? —preguntó el hombrecillo.

—Sí, claro, si tiene más opciones de crecimiento a futuro... y además si cobro más, mejor.

—Cuenta con unos tres mil al mes, que se te quedarán en dos mil y pico y dietas. Y de nuevo, María, si al final quieres animarte... ya sabes, libro de familia, fianza de mil euros, y tu currículum.

Carlos se quedó anonadado ante tal cifra de dinero, al igual que su madre, que tomó la voz:

—No, gracias. Me mantengo con lo que dije ayer, además de que

costraría menos, pero muy amable.

—Bueno mujer, ya sabes que los funcionarios cobráis todo en dietas — replicó el funcionario de prisiones.

—No me interesa, gracias. ¿Qué más nos cuentas sobre ese Equipo A?

—Bueno, con las reformas en la institución, tenemos que montar unos grupos de élite de seguridad. Tres grupos de tres, en jornadas de doce horas, trabajar unos tres días a la semana, alternando turnos, uno descansa.

—Eso suena bien —contestó el muchacho.

—Dímelo a mí, después de una vida en la construcción —añadió el vecino.

—Sí, lo único que no me gusta son todas estas mierdas del rollo interracial, de aceptar que hacen las cosas igual los negros y las mujeres.

Madre e hijo se miraron al unísono.

—¿Perdona? —dijo María.

—Es innegable que una mujer no va a tener ni los cojones ni la fuerza para desempeñar ese trabajo igual que un hombre. Y los negros... no puedo con ellos, malditos inmigrantes y ladrones que vienen a robarnos el trabajo a los hombres de bien.

—Eso tal vez les ocurra a las mujeres que tú conozcas, seguro que las hay con cojones también, u ovarios mejor dicho. ¡A mí me lo vas a decir!

Aquel fue un momento tenso, pero no volvieron a decir nada sobre el tema. Gabriel se acababa de retratar, quizá esperando que los presentes asintieran, pero no tuvo la aceptación esperada.

«Normal», pensó Carlos. Él no era una persona machista ni racista, total, ¿para qué? Siempre había pensado que la valía de cada uno se medía por sus acciones y por aquello que, aunque no hubiera hecho aún, sería capaz de hacer si la circunstancia lo requería. No le gustaba generalizar.

Otros dos hombres entraron en el local y se acercaron a ellos. Llevaban el uniforme laboral de una reconocida mutua, y ambos serían de unos cuarenta y pocos, altos y delgados. Uno de los dos, tenía el pelo castaño claro y bastante rasurado, y el otro, que portaba algo de barba canosa, era moreno con el pelo un poco más largo.

—¡Martes y Andrés! ¿También os han liado a vosotros?

Carlos se extrañó al ver que su madre saludaba a los dos hombres y los

conocía, aunque recordaba que ella había confiado en aquella mutua algunos años antes.

—¡Hasta Antonio está liado en esto! —exclamó el moreno, que parecía responder al nombre de Martes.

—¿El electricista? No le pega nada a él trabajar en una cárcel —respondió la madre del muchacho.

Carlos se quedó pensativo... ¿no llamaría la atención tanta gente así reunida en un sitio público, para tratar asuntos de dudosa legalidad? Además, tampoco estaban guardando un tono de voz especialmente bajo, lo cual podría ser normal por parte de los invitados, pero su anfitrión debería de calmarlos un poco. Podía tratarse de un local de pueblo, pero no era ni tan pequeño el pueblo, ni tan carente de poder albergar a algún otro agente político o de autoridad, pues no hay que olvidar que el presidente de la comunidad residía en él.

—Siempre estás callado y analizándolo todo, eso me gusta —le dijo Gabriel.

—Bueno, me gusta observar antes de meter la pata.

—¿Así que este es tu hijo? ¡Cuánto tiempo sin verlo! Ya ni se acordará de mí —dijo Martes.

—Pues igual han pasado diez años desde que viniste a hacer las obras en casa —respondió María.

Carlos los miró extrañado.

—Martes es fontanero, y Andrés albañil. Ellos fueron los que nos dejaron el piso listo cuando nos mudamos —le dijo su madre.

Había que sumar tal vez uno o dos años a la década, pero por aquel entonces, él era demasiado pequeño como para recordar el rostro de los trabajadores que, las pocas veces que se le permitió estar en tiempos de obras, pudo ver cómo le preparaban su nuevo hogar. Durante aquellos años apenas le importaban esas cosas, eran tiempos de pocas preocupaciones y felicidad.

Tanto cambia la vida cuando uno crece...

—Fue Leonardo, tu vecino, el que nos llamó —dijo Andrés, ante lo cual el implicado asintió con la cabeza—. Nosotros estamos bien con nuestro trabajo, pero esto de ser funcionarios... es otro nivel.

—Claro, que todo eso de días libres, vacaciones, pagas... nos lo vas a tener que explicar bien porque nosotros no tenemos ni idea de todas esas ostias —dijo Martes.

Tras intercambiar su opinión durante un rato, Carlos comenzó a sentirse incómodo. Tras ver primero a la sobrina de Leonardo, y ahora a los dos hombres, lo lógico era deducir que habían ido citando a los implicados en orden para que llegaran, entregaran sus datos y la fianza, y se marcharan; pero su madre, tan salada como siempre, se había quedado a conversar con ellos.

Efectivamente, algo no iba del todo bien. El asunto olía muy raro, ¿más no deben de oler así todos esos asuntos en general? Quizá por ello María insistía en calentar la silla en vez de tomarse el café (que hoy no se habían pedido) en su hogar.

—¿Y quién se supone que es el que quiere meternos? Porque para algo querrán tenernos allí —dijo el fontanero, rompiendo con la monotonía de los temas triviales que estaban tratando.

—Un hombre muy importante, desde luego —respondió Gabriel de forma apresurada.

—Ya, pero quién. A mí tener que poner tanto dinero de por medio... al menos me gustaría saber para qué.

—Ya os he dicho, para falsificar los documentos y los costes, el veintidós de diciembre firmamos y se os devuelve a la salida. Pero no puedo daros el nombre de mi jefe, ya sabéis cómo son esas cosas. Las cárceles hoy en día son lugares corruptos de venta de droga y hay que limpiar un poco eso. ¡No os lo podríais creer! Tengo yo a un señoruco allí, trabajando, de casi sesenta años, que le he pillado dejando su teléfono a un preso a cambio de dinero... ¡y no le puedo largar! A lo sumo mandarlo a Cádiz. Con casi sesenta años y toda su familia aquí... pero es que ese tipo de cosas no se pueden consentir. Eso quiere evitar mi jefe, y yo también, por mi salud, que con la tensión así no estoy para sustos.

—Pues más te vale que sea cierto, que con el pan de mi familia no juega nadie —le contestó amenazante Martes.

Gabriel lo miró, pero evitó el conflicto, dando por hecho que estaba diciendo la verdad y que aquello solamente era el comentario insumiso de

un hombre desconfiado.

—El concepto es simple, yo no te conozco y tú no me conoces. Te estoy dando un puesto laboral de la ostia, pero si te vas de la lengua, se nos cae todo el chiringuito. Para eso sirve ese dinero.

Y la conversación, poco a poco, fue desviándose hacia las batallitas carcelarias de aquel hombrecillo. Que si un preso había metido una patada a un funcionario a punto de jubilarse, que si cuando todo iba mal llamaban a los nacionales y en una habitación cerrada «enseñaban modales» a los subordinados... parecía que le encantaba hablar sobre su trabajo, lo cual contentaba a los presentes, ya que le daba fiabilidad al asunto.

Finalmente, Carlos y María se ausentaron. Habían pasado poco más de una hora allí abajo, pero volvieron a su cercana casa, donde prepararon café para los dos, y se sentaron en el comedor para poder hablar.

—Hemos hecho bien en jugárnosla, ¿no? —preguntó la mujer.

—Era tu dinero. ¿Seiscientos euros te valen el poder haber colocado a tu hijo de por vida?

—Y hasta seis mil, si me aseguran plaza. Pero hay algo que no me cuadra.

—¿Algo? A mí muchas cosas, empezando porque nos devuelva el dinero.

—Sí, eso mismo te iba a decir yo. Cuando un examen se... compra, esa es la palabra correcta. Cuando un examen se compra no se devuelve el dinero, se suele repartir entre Fulanito, Menganito, y el primo de aquel.

—Pero tampoco ha pedido tanto dinero para ser una estafa. Es cierto que a la gente con más recursos les ha pedido más, pero sigue sin ser tanto. Yo habría empezado por dos mil o así, y luego habría desaparecido.

—Habría que saber cuánto ha pedido a los remeros que mencionó cuando vino Martes, no sé si te fijaste en esos detalles.

—Sí, sí. He estado a todo, mamá, aunque estuviera la mayoría del tiempo en silencio. Y cuando dijo los hermanos, creo que sé quiénes son, pero ya sabes que este dijo que mejor no airearlo mucho.

—Dijo que había largado ya a alguno por irse de la lengua.

—Y por pedirle el dinero de vuelta, pero que se lo había devuelto antes ya de largarlo.

—Al chaval ese que le empezó a llamar para pedirle el dinero poco a poco.

—Sí, que primero le pidió cien, luego tres cientos... y al final lo vio de copas con una chica.

—Pero se quejaba de la que había llamado para comentarle el tema al número laboral, ya que ahí queda todo grabado.

—Que por cierto, me dijo que me llamaba a lo largo de la tarde con él para hacer la llamada que deja todo esto registrado.

El móvil de Gabriel era un modelo antiguo, pero algo más moderno que el primero que le dieron sus padres a Carlos cuando era pequeño, que apenas servía para hacer llamadas y jugar al mini-juego de la serpiente. En aquellos tiempos él no tenía ni idea de móviles, pero por algún azar del querido destino, y pese a todo el tiempo invertido entre escuela y extraescolares, parecía tener más tiempo libre de lo que tenía ahora. Quizá fuera una ilusión alentada por la forma en que los humanos tienden a recordar las cosas, o quizá no estar sometido al yugo de un «Smart Phone» y las mal llamadas «Social Networks» liberaba su tiempo del código binario.

Aquello tampoco le encajaba mucho al muchacho. Una persona en teoría tan importante, a la que llaman continuamente por asuntos laborales, para que se desplace de un lado a otro, ¿no tenía ni siquiera una aplicación de mensajería para tratar temas de trabajo? Beatriz, por ejemplo, era autónoma, pero requería de todo tipo de redes sociales y aplicaciones para coordinar reuniones, trabajos, días libres y ocupados... tal vez Gabriel llevara encima continuamente una gran agenda (o libro de agravios, visto lo visto), pero no le había dado la sensación de ser ese tipo de persona.

Las palabras de Manolo al menos lo habían tranquilizado un poco. Él era un hombre mayor, algo más que su madre y pareja de la misma.

Era alto y fuerte, pero sobre todo era muy buena persona. La calvicie propia de la edad ya se había cebado con él, pero parte de su cabello aún resistía heroicamente a ambos lados de la cabeza.

Carlos estaba muy contento con Manolo, y creía que Lucas también lo estaba, ya que aunque no viviera con ellos trataba bien a su madre, lo cual era más que suficiente.

Sus palabras habían sido tranquilizadoras. «Estas cosas pasan».

Aquel era el testimonio de alguien que sabía lo mismo que ellos, pero había vivido más y todo el mundo había oído hablar de procesos de oposición corruptos y pequeños detalles que hacían intuir irregularidades en los mismos.

Y que el hombrecillo fuera amigo de Leonardo también era un plus. Él era un hombre honesto y de fiar.

Ahora solo quedaba esperar la llamada, y tras ella, al día veintidós. Apenas tres semanas lo separaban de la firma de un contrato que a sus todavía veinticuatro años, lo podría convertir en todo un señor en el ámbito laboral.

Carlos se sentó a pintar un rato, para intentar distraerse, cuando sonó su teléfono. No era Gabriel, sino su amigo Miguel.

Miguel era algo más adulto que él, pero siempre había actuado como un hermano mayor. Ambos se habían conocido hacía ya muchos años en base a los *hobbies* que tenían en común, formando junto a otros un grupo heterogéneo pero funcional. No se trataba de un hombre especialmente alto, pero era delgado y siempre llevaba su pelo rubio muy corto, y la barba afeitada.

—¿Qué pasa quinquí, un café?

Casi siempre lo llamaba así. Era su forma de expresarse. Miguel pasaba el día en la carretera, viendo a sus amigos, a sus padres, rumbo al trabajo... y muchos de esos trayectos pasaban por el pueblo de Carlos, así que aprovechaban para tomarse el café.

—Sí, claro. ¿Cuánto tiempo tardas?

—Dame diez minutos y te pillo debajo de tu casa, que tenemos que acercar algo a Damián.

Damián era otro conocido del *hobby*, algo más mayor que ellos. A veces era un poco fanfarrón, y en el pasado habían chocado un poco, pero aquellas eran rencillas olvidadas. Rondaría los cuarenta y era cabo del ejército, pero su verdadera pasión eran los soldaditos de plástico y plomo.

Al bajar a esperarlo, pudo notar como había salido algo el sol, pero seguía siendo un día gris.

—¿Qué tal todo, quinquí?

En verdad era una pregunta muy simple, pero... ¿qué responder? ¿Mentiría a un amigo? Era consciente de que su círculo no lo traicionaría, pero le habían pedido discreción. Aunque... ¿cuánta gente podría saberlo ya realmente? Dudaba mucho de que aquellas amistades se irían de la lengua, pero tampoco quería ser el siguiente en ser expulsado por hablar. El mozo del ukelele, el patrón, el gorras... menudos nombres se ponían entre ellos.

—Bien, bien, ¡todo mejor ahora que no trabajo! —dijo Carlos intentando disimular.

—Bueno... ¡ahora te toca poner codos para sacarte las «opos»!

Quién lo diría. Justo había abandonado aquel que comenzó siendo un trabajo de estudiante para opositar, y el mismo día en que se materializaron las consecuencias de su decisión, le había caído del cielo aquello que deseaba.

La conversación fluyo con normalidad. Miguel tenía que hacer algunos recados, nada destacable, y las palabras iban y venían rozando temas que pocos entendían, asuntos de *hobbies* y formas de vivirlos. Serían las seis y poco cuando llegaron a la nueva casa de Damián.

Aquel hombre vivía en un adosado junto a su actual esposa, apartados de la vida de la ciudad en una pequeña urbanización. A Carlos siempre le habían gustado aquel tipo de casas, pero a menudo se escuchaba sobre ataques de ladrones sobre ellas, o problemas con arañas y roedores. No estaba acostumbrado a la vida del campo, pese haber pasado gran parte de su infancia en la casa de su abuela.

Apenas se saludaron, Damián y Miguel comenzaron a hablar sobre sus negocios. De vez en cuando Carlos añadía algo a la conversación, pero tampoco tenía muchas ganas, no estaba del todo cómodo.

Repentinamente, sonó su teléfono. «Gabriel Cárces». El muchacho se alejó un poco de sus dos acompañantes.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes, ¿Carlos? —respondió la voz de Gabriel.

—Sí.

—Buenas tardes. Le llamo del CIS de Puerto Victoria porque ha depositado su currículum aquí.

—Así es.

—Debo de hacerle saber que la llamada está siendo grabada. ¿Está conforme?

—Sí.

—Bueno, Carlos. Analizaremos su currículum en base a los resultados del examen de oposición a Ayudante de Instituciones Penitenciarias realizado el pasado quince de noviembre de dos mil diecinueve y le mantendremos informado del proceso electivo.

—De acuerdo, gracias.

—De superar el proceso, la formación tendrá lugar entre finales de este mes e inicios del siguiente para su próxima incorporación al puesto. ¿Está de acuerdo?

—Sí señor.

—Bien entonces. Le mantendremos informado. Un saludo y buenas tardes.

—Igualmente.

Dicho eso, Gabriel colgó. ¿Ya estaba? ¿Para eso debía de llamarlo? ¿Para darle la fecha de cuando debió de realizar el examen que iban a falsificar y dejar constancia como prueba telefónica?

Bueno, él no era quién para cuestionar sus métodos. Volvió junto a Miguel y Damián y se integró un poco más en la conversación, hasta que finalmente se fueron.

—¿Quién te llamó antes? Parecía importante —le preguntó su amigo.

¿Qué decir ahora? Podía confiar en Miguel. Si fuera cierto y tuviera puesto de trabajo... sus amigos lo sabrían, sabrían cómo entró a trabajar allí, no se fiarían de que «se presentó a un examen y se lo ocultó».

—Si te cuento algo, ¿prometes llevarte el secreto a la tumba? —preguntó Carlos.

—Sí, sí. Espero que no me digas que has matado a alguien.

—Me han ofrecido un trabajo de funcionario.

—No jodas... ¿y eso?

Carlos le contó todo a su amigo Miguel. La primera llamada de Leonardo, las reuniones... su amigo se quedó pensativo, pero le dijo que «tenía mucha suerte» y que «aquellas cosas pasaban».

Fue más tarde cuando le dijo que él mismo conocía a gente que había

entrado así, pero sin dar nombres.

Ahora solo faltaba que realmente fuera cierto. Nunca se había fiado de lo que parecía ser demasiado bueno como para ser verdad, porque generalmente, no lo era.

## Capítulo Tercero: Una Navidad entre rejas

La primera mitad de diciembre había transcurrido sin pena ni gloria. Inexorablemente, como cada año, se acercaba la Navidad, y siguiendo un curso paralelo al del tiempo, las ganas de disfrutarla menguaban con cada día que pasaba.

Recordaba, con añoranza, cómo toda la familia se reunía cuando él era pequeño, demasiado pequeño se podría decir como para darse cuenta de los problemas. Incluso le venían a la memoria los últimos años, en los cuales ya solamente los miembros de la mesa de su cumpleaños, que tenía lugar a medio camino entre una festividad y otra, habían ido disminuyendo hasta quedar solamente su madre y su hermano.

Y Beatriz tampoco podía estar este año con él. Su familia vivía más allá de las fronteras y ella debía de ir con ellos. No podía culparla, era lógico y normal, él habría hecho lo mismo. Al menos la vería unos días ahora que le habían anulado la cita del veintidós de diciembre.

«Lo dejamos directamente para el dos de enero», le dijo Gabriel. «Así no os coméis los nuevos todas las fiestas, que los presos están nerviosos y pueden causar problemas». A él le daba algo igual. Simplemente quería firmar y seguir con su vida. Pero, ¿realmente diez días le cambiaban algo? Lo importante sería intentar pasar el tiempo.

Nunca le habían gustado los retrasos. No era un maníaco de la puntualidad, de hecho, en las pequeñas situaciones siempre bailaba con el reloj, pero no le gustaba que le cambiaran las citas. A la pobre Beatriz la

estuvo mareando para ver qué día podían verse, ya que era ella la que iba a subir a su tierra y luego, hasta pasadas las fiestas y dependiendo de su propia situación laboral, no sabrían cuándo podrían coincidir.

Los tres días que siguieron a la llegada de ella fueron maravillosos, al menos al principio. El ambiente navideño había inundado Puerto Victoria. De día, se dedicaban a viajar de un lado a otro de la provincia mientras él la enseñaba cosas nuevas; de noche, se recordaban cuanto se habían echado de menos.

Unas «selfies» con el algodón de azúcar, una comida con María y Lucas, el coro de una iglesia cantando villancicos en público. Lástima que el último día Carlos amaneció enfermo, quizá como antesala de lo que estaba por ocurrir, pero Beatriz lo cuidó hasta que tuvo que irse. Una amarga despedida para unos días tan felices.

«Menos mal que no he tenido que firmar hoy», pensó Carlos. Al final todo ocurre por algo. Ese día seguía enfermo, algo de fiebre y placas, nada grave.

«¿Qué imagen hubiera dado de haberme presentado en estas condiciones?».

También estaba nervioso. Estaba a apenas un par de días de Navidad. Ya no celebraba la Noche Buena con su padre y su familia, sino que lo hacía en casa junto a su hermano y a María. Sería la comida del veinticinco de diciembre la que compartiría con su progenitor y con su abuela paterna.

Aquellas relaciones se habían ido deteriorando con el tiempo. El muchacho era capaz de entender que sus padres también eran humanos, y como tales, tenían sus propios deseos y necesidades, pero había formas y formas de hacer las cosas. En el fondo, quizá echaba de menos la relación que había tenido con su padre cuando él apenas alcanzaba los diez años de edad. Intuía ya algunos de los problemas que se desencadenaron con el divorcio, pero no había madurado lo suficiente como para entenderlos.

Aquel padre era atento y cariñoso. Tenían muchas cosas en común sobre las que hablar, o mejor dicho, él tenía muchas preguntas que hacer por el placer de escuchar a alguien que sabía más hablar, casi de forma profética, sobre temas que le interesaban. Eran años donde la fantasía infantil hacía más importante cazar al dragón que salvar a la princesa.

Incluso tras el divorcio propiamente dicho, la cosa volvió a repuntar un poco, supuso Carlos que porque Lucas necesitaría una figura paterna en unos tiempos tan oscuros. José, que es como se llamaba el padre de los dos chicos, había puesto de su parte para facilitar las cosas pese a la implicación del mayor de los hermanos en el desenlace, llevándolos asiduamente a comer por ahí, y a viajar dentro de su provincia para enseñarlos lugares secretos y casi mágicos.

Más tarde, José conoció a otra mujer, y se terminó casando. La palabra madrastra lleva intrínseca un aura de maldad casi innata, capaz de pudrir todo aquello que se acerca a ella, de retorcer la naturaleza a su alrededor. Pero no era el caso. La mujer era algo más joven que él, muy atenta en todo momento con sus hijos, tratándolos casi como si fueran propios, interesándose por su salud, por sus problemas...

Tanto Carlos como José temían que para Lucas fuera difícil aceptarla, pero poco a poco y con tacto, el muchacho creía que lo había terminado haciendo. Él al menos no tenía ninguna palabra mala hacia ella, sino todo lo contrario, pero no vivía en la mente de su hermano para poder hablar por su boca conociendo lo que habitaba en su interior, aunque intuía que opinaría parecido.

El problema era que últimamente José se había vuelto más tacaño y estaba más inmerso en sus problemas. Depresión, decía que se llamaba.

Pero lo que tenía Carlos era rencor. Nunca se lo había reconocido a nadie directamente, pero en lo más profundo de su alma, la relación con su padre y esa rama de la familia se había deteriorado tanto los últimos años fruto de un profundo rencor que el muchacho tenía hacia José y todo lo que lo rodeaba. Por un lado, añoraba la figura paterna que tuvo tantos años y que el niño que aún se resistía a morir dentro de él necesitaba; pero por otro, no era capaz de perdonar todo el daño que lo había causado ver su cambio.

Durante aquellos años, Carlos había estado saliendo con otra muchacha que no era Beatriz. Su familia se reunía a menudo, siendo cada acto una excusa para pasar tiempo juntos y celebrar cualquier cosa. Tendrían sus rencillas, como en todas las familias, pero se querían con locura. Aquel no era su estilo, pero añoraba el llegar a casa y ver a sus padres bien. La

familia que ahora tenía estaba desestructurada, pero cada persona valía por cientos, y, al menos, las parejas de sus progenitores también eran buena gente. Un escritor dijo alguna vez que nadie escoge los tiempos en los que vivimos, sino que escogemos que hacer con el tiempo que se nos ha dado, y con ese pretexto en mente, debía de aceptar la situación, ya que de lo malo malo, tenía suerte.

Había comprado un libro para José y otro para su madrastra. Aquellas fiestas habían acabado con casi tocios sus ahorros ya que ahora no trabajaba, pero gracias a Gabriel y a Leonardo en breves podría dejar de preocuparse por ello. Eran dos tomos bastante anchos, adaptados a los gustos de cada uno de ellos. Lucas le había aconsejado. A José le encantaba la lectura, y la idea era descubrirle a una nueva autora que escribía sobre uno de sus géneros favoritos. Su madrastra compartía también ese placer, prefiriendo novelas policiacas y de misterio.

Tras una templada Nochebuena, al fin amaneció el día de Navidad. Carlos no era creyente, pero sí creía en su familia. María les había comprado muchos regalos a ambos, ya que les hacía regalos tanto por Papá Noel como por Reyes Magos. Sus dos hijos siempre la decían que no era necesario, pero a ella, cuando podía permitírselo, la daba igual. Nunca les faltaba de nada, hasta el punto de que en ocasiones podía llegar a malcriarlos. Carlos solo quería creer que ella sabía que no debía de comprar el amor de sus hijos; si algo habían hecho bien tanto María como José, era haberlos transmitido unos principios en condiciones.

Pocas horas después, habían quedado en la casa de su padre antes de ir a comer donde su abuela paterna. Ya eran varios los días que el muchacho llevaba preocupado ante tal encuentro, pues últimamente, con la cercanía del juicio entre sus progenitores, la situación estaba candente.

Y Cuando vas con una mala pretensión en la cabeza, las cosas suelen ocurrir de mala manera, en consonancia con lo que esperas recibir. Simplemente, aquel encuentro no salió bien.

La comida transcurrió con normalidad, pero todos los alimentos estaban bastante sosos. «Quizá se trate de mí, que hoy no dispongo de gusto», se repetía Carlos. Aquel suceso había sido la gota que colmó el vaso después de mucho tiempo haciéndose bola y acumulando.

Tras el banquete, volvió a su casa, y no paró de darlo vueltas en la cabeza. La ausencia de noticias ante la inminente firma no ayudaba. Intentó hablar del tema con María, pero ella intentó no inmiscuirse; aunque quisiera, no debía hacerlo, no quería meter a su hijo en la guerra que tenía con su ex marido. «Haz lo que consideres oportuno», le dijo.

Y Eso fue exactamente lo que Carlos hizo.

La llamada que hizo a su padre fue breve y concisa, pero liberadora.

Y colgó. José intentó murmurar algo, pero Carlos no lo escuchó, ya que puso su voz por encima de la de su padre.

Lo poco que restaba del día lo había dividido entre conversaciones con Beatriz y conversaciones con su hermano, que se había quedado con José ya que tenía que pasar la mitad de las fiestas allí.

—Tu padre es así, y tienes que aceptarlo. No le estoy justificando ni estoy diciendo que esté bien lo que ha hecho, simplemente él es de esa manera. Cuando me lo presentaste... me recordó mucho a mi propio padre —dijo ella.

—¿Por?

—No sé. Simplemente me dio esa impresión. Cuando hablabais, me fijé en que os miraba con una mezcla de admiración y de tristeza, como si fuera una persona que está triste, que vive sumida en una depresión, pero que a su vez está orgulloso de vosotros.

—Pues tiene una curiosa forma de demostrarlo —replicó Carlos.

—Quizá no sabe hacerlo de otra manera —dijo ella.

—Sí que sabe, sí. Antes era de otra manera. Simplemente ha tenido que escoger, y prefiere a su nueva familia antes que a nosotros. Y es normal... puedo llegar a comprenderlo. Pero somos sus hijos y existen unos mínimos. Lo que a mí me duela me da igual, pero no soporto ver sufrir a mi hermano.

—No te da igual, Carlos. No deja de ser tu padre y todos queremos ser queridos por nuestros padres. Pero tienes dos opciones, y una es lo que has hecho hoy, echarlo de tu vida. No estoy justificando sus acciones en ningún momento, pues me parece que están muy mal. Pero la otra opción es hacer las paces con el tiempo y reducir todas tus expectativas sobre él a la nada, a saber que lo que ves es lo único que puede ofrecerte y nada más, y tener que conformarte con eso.

Carlos estaba enfadado, pero sabía que en el fondo su pareja tenía toda la razón, aunque de todos modos, no era el mejor momento para pensar nada, ni para otorgar ningún tipo de perdón.

Aquel día, durante su habitual paseo nocturno, lloró. Hacía mucho tiempo que no lloraba, ya que se dice que los hombres no lloran, pero él lloró. ¿Qué había de malo en aquello? Nada. No fue siquiera un llanto desconsolado, sino un par de lágrimas rebeldes que en su evasión escogieron sus lacrimales para escapar de él. Rabia, tristeza, e impotencia.

Dos o tres días después, le llamó Leonardo. Una nueva prórroga, esta vez, hasta que venciera el día de Reyes y se diera por finalizada todo tipo de festividad navideña. «Qué le vamos a hacer», pensó.

Cuando menos pensaba, llegó Noche Vieja. El dos mil diecinueve moría para dar paso a un nuevo año, y durante aquellos días, su padre intentó contactarlo en un par de ocasiones, pero Carlos hizo caso omiso a las llamadas.

«No todos los ojos lloran el mismo día», pensó.

Por primera vez en años, decidió quedarse en casa. No quería que un mal entendido con algún borracho «le echara por tierra» la oportunidad que Gabriel le estaba brindando. La última vez que lo hizo fue cuando tenía diecisiete años y estaba en un proceso por haber defendido a una chica de un acosador, que lo denunció a él, pero por suerte finalmente ganó el juicio. Lo mejor era no tener problemas innecesarios. Carlos amaba los juegos de azar con dados, pero no le gustaba hacerlos rodar cuando el único resultado posible era una derrota.

—Menudo año este dos mil diecinueve, ¿eh? —le dijo su madre durante la cena.

—Y que lo digas. Espero que dos mil veinte sea más tranquilo —respondió él.

—Es que si no, ¡me matas! Entre tus viajes a principios de año al extranjero, el verano movidito, tus días en la capital... y ahora lo de Gabriel. Ojalá sea cierto y te deje ya «colocado» para toda la vida, que después viene tu hermano.

—A mí me puede colocar Carlos si entra él —dijo Lucas.

—Bueno... vamos paso a paso —contestó su hermano mayor—. A mí

no me gustan nada tantos retrasos, es cómo si algo oliera mal.

—Es todo muy raro, sí. Pero estas cosas deben de ser raras, yo no estoy acostumbrada a todos estos procesos ilegales.

—No, si está claro. Mejor que lo dejen todo bien atado. Pero jugar con las fechas y con la gente...

—Quizá Gabriel solo sea un mandado. Por encima de él está la gente que mueve los hilos y que por alguna razón quiere que todo esto ocurra, quizá para encubrir algún movimiento político o ilícito «más gordo». Hay que ser pacientes.

Y tenía razón. Vaya si la tenía. La paciencia era una virtud que Carlos había cultivado muy bien durante muchos años. Siempre vivía como si estuviera esperando algo, y en esa espera, a veces ocurrían cosas. En ocasiones eran aventuras, otras eran simplemente exámenes, títulos... pero nunca parecía ser ese extraño y desconocido objetivo final hacia el que se aventuraba. Y ahora que se había decidido a tomar las riendas de su vida, una vez más, le tocaba esperar.

Los días pasaron y llegó su cumpleaños. Su padre lo felicitó, con brevedad. La tensión entre ellos apenas había disminuido. Y cuando tuvo que llegar la fecha acordada, de nuevo nada.

—El dos de febrero en el CIS de Puerta Victoria. Así entraréis a trabajar directamente. Hay gente que se tenía que pedir el mes antes de dejar de trabajar... y entrar por oleadas iba a oler un poco mal. Mejor hacer las cosas bien para no levantar sospechas —le dijo Gabriel en una llamada.

¿Otro mes? Poco podía hacer. ¿Qué necesidad tenía aquel individuo de mentir, de hacer que todo fuera falso? De haber sido una estafa, hubiera desaparecido ya con el dinero. ¿Para qué quería retrasarlo más? Tenía que ser cierto «por narices».

Quizá lo mejor sería aprovechar el tiempo que tenía en enero. Dos fueron las veces que bajó a la capital a ver a Beatriz durante aquel mes. Las fiestas los habían tenido separados durante muchos días, y cuando quieres a alguien, hasta un mes, o varias semanas, se hace mucho tiempo. La espera se adjuntaba a su propia espera vital, y tampoco podía hacer nada más que aguantar al momento, que al final llegó, para volver a verla.

La noche anterior salió hasta tarde. Celebraban el cumpleaños de otro

amigo, y a la cena la siguió una larga sesión de karaoke. Reunió fuerzas y se dirigió al autobús, en una cruzada de seis largas horas hasta llegar a su destino.

Nunca había podido dormir en los autobuses. El miedo a roncar en alto hacía que en el momento en que se «estaba quedando seco», se incorporara de golpe a la acción. Pero una vez llegó, mereció la pena.

Fueron días de felicidad, una Navidad sostenida durante una prórroga sentimental cuando el resto de la gente se dedicaba a rotar junto al mundo. Días de tarta y de regalos. Días para celebrar.

Pero solamente fueron eso. Días. Unos días antes de volver a la aterradora rutina que conforma la espera, el nerviosismo, la ansiedad y el estrés que aceleran el inexorable progreso de la alopecia.

Las noticias comenzaban a hablar de una especie de virus chino, pero Carlos no le dio mucha importancia. Al igual que muchos productos de su manufactura, supuso que sería de mala calidad, una nueva jugada de las farmacéuticas para sacar dinero.

Cada año, se hablaba de un nuevo virus, o de una nueva epidemia o foco de infección de alguna enfermedad conocida, pero realmente nunca pasaba nada más allá de algunos comentarios temblorosos y noticias sensacionalistas en la televisión u otros medios.

¿Por qué debería de ser diferente ahora?

Primero, comenzaron algunas noticias sobre cómo se había silenciado a alguno de los pioneros en dar la voz de alarma, y luego, sobre lo poco letal que sería esa enfermedad en los países más preparados del viejo y del nuevo mundo.

«En China ha matado a tanta gente simplemente porque no estaban preparados»; «allí no se alimentan tan bien como nosotros»; «con toda esa mierda que se meten, normal que mueran a patadas»; «dicen que es menos peligroso que una gripe, así que no hay nada que temer». Esos y otros comentarios similares proliferaban en la mayoría de ambientes donde se trataba el tema.

Pero parece ser que la gente se olvidaba de la cantidad de muertos que deja anualmente la gripe, acostumbrados a convivir con ella hasta el punto de verla como algo normal, como algo habitual. Y ese nuevo virus solo

podría añadir problemas.

Con el devenir de los días, enero fue muriendo para dar lugar a un nuevo mes. Carlos estaba más concentrado en sus propios asuntos que en ese virus que comenzaba a conmocionar a la población mundial ya que no dejaba de aparecer en las noticias. Lo que más le llamó la atención fue la velocidad con que los chinos habían construido un hospital, en tan solo unos días. Había ciertas medidas de sus protocolos de seguridad que solamente podían llevarse a cabo en un país como aquel, pero nadie construye un edificio tan rápido por una gripe.

## Capítulo Cuarto: Lento e inexorable

«¿Quién será a estas horas?».

Serían aproximadamente las doce de la mañana del dos de febrero de dos mil veinte. La «tarde noche» anterior, Carlos y María se acercaron al CIS de Puerto Victoria para localizarlo. Ella conocía la zona, pero él no, así que no había nada mejor que aprovechar el movimiento del coche para hacer compras y de refilón ir a conocerla de cara al día siguiente.

No había podido llegar a dormir bien durante la noche. Al final había llegado el gran día, tras tantas prórrogas. Firmar, comenzar, y ver su nombre reflejado en el BOE.

No contaba con ningún incidente en el último momento. Se asomó a la mirilla, y allí estaban Gabriel y Leonardo. Tal vez quisieran hablar de algún tema de última hora, o advertirle sobre algo, quizá sobre qué se podía decir y qué no.

Carlos abrió la puerta con cautela, pero los invitó a pasar. Tenía la cocina algo desordenada, como siempre, pero era una pregunta cortés que esperaba fuera rechazada.

Y por suerte así fue.

—No, no, es solo un momento. Mañana al final no podemos hacerlo porque no puede venir el jefe de Madrid. A ver si la semana que viene sube de una vez y cerramos el asunto.

Aquello le sentó a Carlos como una jarra de agua fría. Una semana más. Siempre era una semana más. «El mañana nunca muere», como decía la

película.

—Bueno, qué remedio. ¿La semana que viene ya fijo?

—Sí, sí, seguro. Ya no hay más prórrogas —le contestó Gabriel.

Y tras cruzar unas pocas palabras más, su vecino y el individuo se marcharon. Carlos llamó a María para darla la buena nueva, que inicialmente, soltó un suspiro.

—Bueno, tendremos que esperar, hijo.

Ambos comenzaban a estar hartos de la situación. Inicialmente, hubiera empezado a trabajar hace ya un mes, pero cada le daban más largas. ¿Realmente empezaría a trabajar algún día?

No es que adorase la idea de trabajar. Los dos meses que llevaba ya parado, estaba viviendo muy bien, muy tranquilo, dedicándose a sus quehaceres y *hobbies*. Pasar de trabajar ocho o más horas diarias, en turnos aleatorios, a poder ser el arquitecto de sus horarios, era un avance genial, pero de nuevo volvía a sentirse estancado en su trayectoria vital.

Solamente quería un trabajo entretenido, que no le disgustara, no le explotaran con los horarios, y a poder ser, tener los fines de semana libres, o en su defecto, hacer guardias que le permitieran tener más de dos días libres a la semanalmente. El estado de bienestar resumido en tan pocas palabras. Por eso inicialmente había tirado a policía.

Aquello que le ofrecía Gabriel podía amoldarse a sus necesidades, y el sueldo no sonaba nada mal tampoco.

A la semana siguiente, se lo volvieron a retrasar.

—Alguien se ha ido de la lengua y están atando todos los cabos para que salga bien. Ya sabes que las cosas de palacio van despacio. La semana que viene martes o sábado.

Las palabras de Leonardo volvieron a caerle al muchacho como si fueran un jarro de agua fría. Ese fin de semana iba a bajar a la capital junto a Beatriz, y había pensado quedarse varios días ya que después, una vez empezara a trabajar, sería más difícil.

El jueves, contratando el servicio de ALSA, llegó junto a ella. No fue un trayecto corto, pero gracias a las nuevas tecnologías, sin duda fue entretenido. Lo curioso fue ver que había muchas plazas vacías en el transporte, cuando generalmente tras la parada importante a medio camino,

solía ir lleno.

«Será por el temor al nuevo virus», supuso Carlos.

—Te noto algo nervioso —le dijo ella tras encontrarse.

—No sé. Yo me siento bien —replicó él.

—Quizá no te des cuenta, pero estás nervioso. ¿Algo te preocupa?

—Hombre... no se me va de la cabeza todo este asunto que se traen Leonardo y Gabriel entre manos.

—Ya solo te queda esperar. No depende de ti. En mi país estas cosas pasan a menudo... sobre todo cuando hablamos de pueblos, o de lugares pequeños como Puerto Victoria.

—Ya, ya lo sé. Siempre se escuchan casos de prevaricación y corrupción, pero que te toquen tan de cerca... es raro.

—¿Raro por qué? Así es el mundo que nos rodea. Yo misma pude optar a ello, pero no era lo que yo quería. Me da mucha rabia que haya gente que tenga que trabajar y luchar tanto por algo y a otros se lo regalen.

—Si te entiendo, ¿pero qué podía hacer? ¿Decir que no?

—Claro que no. Tú además vales para ello, pero tienes que tener en cuenta que no vas a ir a hacer fotocopias. Vas a tener un trabajo muy serio Carlos.

Ya lo habían hablado tiempo antes, cuando comenzó a desvelarse el asunto. Beatriz podía haber optado a ser funcionaria y pasarse la vida «haciendo fotocopias», pero decidió dejarse llevar por su pasión por la fotografía y lanzarse a la aventura en busca de la vida que ella quería vivir, aunque todo podría ser más complicado. Y él lo sabía. Ella estaba agobiada por su propia situación, más madura y más adulta, que la obligaba a depender en exclusiva de ella misma para salir adelante mes a mes, entre alquiler, hipoteca, y todos los gastos. Ser autónomo es frustrante, y ese era otro motivo por el que Carlos quería depender del Estado; sin embargo, Beatriz dejaba a un lado sus temores y preocupaciones personales cuando se trataba de escuchar y aconsejar a su pareja.

Pasear por Madrid era tan diferente a sus paseos por el norte. Carlos vivía cerca de Puerto Victoria, en una zona más tranquila, pero siquiera la capital provincial podía equipararse a la capital nacional en la que se encontraba. Beatriz vivía en el centro, y a cualquier lado que miraran, había

una multitud de personas que vivían rápido, corriendo de un lado a otro, casi empujándose para pasar, sobreviviendo a una maratón vital.

Carlos solía pensar si esas personas realmente tenían tiempo para detenerse y preguntarse si eran felices. Tiempo para disfrutar de los pequeños placeres, de las pequeñas cosas; o si por el contrario vivían presos del rápido estilo de vida que se habría camino en las sociedades occidentales.

Lo que más le llamó la atención fueron las mascarillas. Era común ver a los asiáticos llevar mascarillas de vez en cuando, pero ahora había muchas más personas con ellas, incluso entre occidentales.

Por supuesto, eran una minoría, pero una minoría llamativa. No recordaba nada similar con la llamada «gripe A», pero él era mucho más joven y no había abandonado el nido, ni siquiera mínimamente.

—En mi país están empezando a preocuparse mucho por el virus —le dijo ella.

No era un país lejano. En verdad, estaban bastante cerca, siendo ambos europeos. La gente, las costumbres, el idioma... eran bastante parecidos. Y las preocupaciones, o mejor dicho, la falta de ellas: los europeos del sur siempre habían sido caracterizados por un estigma concreto, y aunque obviamente había diferencias entre ambos países, las similitudes habían facilitado que ella se integrara.

«Es cosa de chinos», vacilaban entre ambos. La gente no suele temer a lo que no pone cara, y las cifras, no dejan de ser eso, números vacíos, carentes de significado. Carlos siempre había pensado lo mismo, que no era lo mismo cuando ves en las noticias que han muerto cincuenta personas en Siria, por poner un ejemplo; que cuando esas cincuenta personas tienen nombres y apellidos, e incluso rostros, que reconoces.

Con el coronavirus del que tanto hablaba la gente ocurría algo parecido. Inicialmente era algo que pasaba muy lejos, en China, al otro lado del mundo. Los muertos no le decían nada, al menos nada más allá de la lástima empática que todo ser humano en sus cabales puede sentir ante la muerte de desconocidos, pero inocentes.

Pero ahora comenzaba a llegar a sus fronteras, comenzaba a golpear en sus cristales, a tocar el timbre de la desolación y a ocultarse en la piel de

gente que podría llegar a conocer.

«Quizá incluso ya haya llegado aquí también», pensó mientras miraba a un grupo de transeúntes protegidos con sus mascarillas. «¿A cuanta gente podría haber infectado el alemán?».

Apenas habían pasado unos días desde que la noticia se hiciera pública. Un alemán, de un grupo de cinco turistas, estaba infectado. Parecía que se encontraban en una película de Hollywood de mala calidad, en la etapa en que la enfermedad comenzaba a convertirse en pandemia y a cubrir el mundo con su virulencia, antes de sumirlo en el declive de la civilización y en la cruenta lucha por la supervivencia.

«Bobadas», pensó Carlos mientras agitaba su propia cabeza. No era el momento de pensar en esas cosas. Podía disfrutar solamente durante unos días de la chica que le gustaba, así que aunque el mundo siguiera girando, él podría retrasar un poco las manecillas de su propio reloj.

Pero como ocurre con todo lo bueno, no es realmente mejor en base a su brevedad, y casi antes de que se acostumbrara a dormir con otro cuerpo junto al suyo, volvió a verse en otra cama y abrazado a su propia almohada.

No podía creerse que se lo hubieran vuelto a retrasar.

—¿Y ahora por qué? —le preguntó su madre.

—¿Recuerdas el examen que te dije de enero?

—Sí, el que preguntamos a Leonardo que si era ese, ¿no?

—Ese mismo. Me dijo que no... que le había dicho Gabriel que eso era otra cosa. Que el nuestro era el de noviembre. Pues ahora dice que le ha dicho el hombrecillo que es el examen de enero y que por eso se retrasan las cosas.

—No me gusta nada como suena eso —dijo con mal tono su madre.

—A mí tampoco —respondió él—. Y menos aún porque en noviembre no se realizó ningún examen. ¿Qué íbamos a firmar nosotros?

—Vete tú a saber lo que había podido entender Gabriel de sus superiores, igual se confundió.

—¿Y le mandan buscar un equipo para hacer algo así, con información errónea?

—Mejor no pensar mal... ¿no habías visto tú algo de ese fin de semana que él decía?

—Sí, que era en el que acababa el plazo de inscripción, pero el examen era en enero. Y me dijo que ese no era nuestro examen. Y ahora que sí. Es otra excusa para retrasarlo todo, pero no sé por qué.

—Ya sabes que tienen que hilar todo muy fino para no dejar huellas que los puedan incriminar, o incluso joderos a vosotros en un futuro. No se me ocurre otra cosa que pensar.

—Que sea mentira.

—Es otra opción, pero de momento no hay motivos para pensar eso.

—¿No? Los retrasos...

—Yo ya te he dado mi opinión sobre eso. ¿Qué fecha te han dado ahora sobre ello?

—Ninguna.

—¿Cómo que ninguna?

—Lo que te estoy diciendo, mamá. Ninguna.

—Eso sí que no me gusta un pelo.

—Me dijo Leonardo que me irá diciendo, que a ver si para la semana que viene o la siguiente, que él simplemente está pendiente de Gabriel.

—Seguro que él no sabe más de lo que nos cuenta. No te preocupes. Al final solo es el intermediario.

—O el cómplice y se están riendo los dos en nuestra cara.

—No creo. Ya conocemos a Leonardo desde hace muchos años y él no es así.

—Pero a Gabriel no lo conocemos.

—Nosotros no, pero Leonardo sí. Lo único que podemos hacer es esperar y ver por dónde va pasando todo, tarde o temprano tendrá que explotar la burbuja.

Carlos había estado algo agobiado últimamente con el trabajo, y no únicamente porque la oportunidad de ser funcionario que Gabriel le estaba regalando no terminaba de cuajar. Su antiguo jefe, que además se había convertido en un amigo suyo, intentaba persuadirlo para que lo acompañara en el proyecto para el cual lo habían formado, y la tentativa de ganar un dinero adicional no le venía mal.

Pero había renunciado a aquello para dedicarse al estudio. «Pan para hoy, hambre para mañana».

—Tú piensa que esta espera es la misma que habrías tenido si hubieras seguido el proceso de una oposición normal —le decía su hermano— pese ser mucho más joven, razón no le faltaba. Para Carlos siempre iba a ser un niño, pero en verdad ya casi era mayor de edad. Y el muchacho recordaba que con esos años, él ya empezaba a tener un cierto raciocinio, por lo que recurría en ocasiones a su hermano para pedir información sobre temas de diversa índole, o incluso consejo. Tenía amigos más mayores que le podían ofrecer un punto de vista, y otros que rondaban su edad, pero la visión de alguien tan joven como lo era Lucas podía aportar puntos de vista o hacer hincapié en cosas que al resto se le podían escapar.

Incluso en ocasiones, simplemente podía actuar como la voz de su consciencia, remarcándole lo malas que eran algunas ideas que, aunque él ya lo sabía, tenían un cierto atractivo en su cabeza.

Poco a poco, sus amigos fueron siendo partícipes de lo que le pasaba. Su círculo cercano, que empezó por Miguel, se extendió al resto de compañeros y de parejas, los cuales le vacilaban con la suerte que tenía, y le aseguraban que debía de ser cierto. Menos Pablo y Carmen.

Habían pasado ya muchos años desde que Carlos y Pablo se conocieron, concretamente, desde los oscuros tiempos en que María y José se separaron. Cómo eran más o menos de la misma edad, siendo Pablo dos años mayor que su amigo, conectaron bien desde el primer instante, convirtiéndose casi en inseparables.

Y tiempo después, él conoció a Carmen y se enamoraron, viviendo su propia historia de amor, la cual no me corresponde a mí escribir en estas páginas.

Pablo era moreno, no demasiado alto, de tez más clarita, nortea, con alguna cana comenzando a poblar su cabellera; Carmen, por su parte, tenía un cabello castaño oscuro y una tez más morena que la de su pareja. «Hacen una buena pareja», pensó Carlos desde el primer momento.

Y por circunstancias de la vida, ambos habían acompañado al muchacho con sus devenires vitales a lo largo de los años.

—Sigue con tu vida, Carlos. Si te llaman, genial, pero sigue con tu vida —le decía su amigo.

—Ya, pero... ¿y si me compro el temario y me llaman? Es mucho

dinero perdido.

—¿Y si no te llaman? Es mucho tiempo perdido. Mira cuantas veces te han dado largas ya... nadie regala nada.

—Y entonces... ¿qué interés tiene Gabriel en todo esto? ¿Qué gana él?

—Vuestro dinero si os ha estafado, o tener todo a su medida si es cierto. Pero no depende de ti, y de ser cierto, de él tampoco. Lo que no puedes es estar de brazos cruzados y renunciando a cualquier actividad solamente por si te llaman.

—Por ejemplo, a los torneos de enero.

—Por ejemplo. Renunciaste a ello, ¿y dónde pasaste ese fin de semana?

—En casita.

—En casita —repitió Pablo, para resaltarlo.

—Tienes razón... iré al del mes que viene con Miguel y con estos.

—Eso es. Y si te llaman, pues nada, son tus amigos y lo entenderán. Si no, dos problemas tienen, enfadarse y desenfadarse. Pero no te vas a quedar siempre encerrado.

—Y en vez de empezar con el temario, empezaré con un entrenamiento más orientado a las pruebas físicas.

—Pero de todos modos ya estabas a tope con el «gym», ¿no?

—Sí, con el ejercicio sí. «Crossfit», «body combat», trabajo de pesas... ahora tengo que regular un poco mejor la comida.

—Pues ya es algo. Oriéntate como si esto no fuera a salir o no existiera, y si sale, pues genial, ya iremos a celebrarlo.

Y tenía toda la razón. Carmen le dijo más o menos lo mismo cuando habló con ella. A veces, aquella pareja le recordaba a los «Padrinos mágicos» de los dibujos que veía de pequeño, pero cuando tenían razón, debía de dársela.

Pasaron las semanas, aún en febrero, y su vecino no tenía ninguna novedad que ofrecerle. Cuando lo veía, o evitaba el tema, o le decía que aún no sabía nada.

—Es más lo que dicen que lo que es. Solamente una gripe.

Miguel estaba convencido de lo que decía cuando la noticia cubrió el televisor del bar de El Voltijo, dejando fríos hasta a los cafés.

—No estoy yo tan seguro... —respondió Carlos.

—Que sí, si solo mata a los viejos y a los que tienen enfermedades. Es otra chorrada para sacarnos el dinero y la sangre. La que toca ahora. El problema es que lo están haciendo muy mediático.

—Eso dicen, pero no saben nada del virus aún. Mira Italia como está la gente... está empezando ahora mismo. Yo prefiero respetar a un enemigo que no conozco.

—Respetar sí, ¿pero temer? Lo que deberían de hacer es informar a la población y dejarse de ostias. Que parece que quieren incitar al pánico, pero eso sí, después de soltar las bombas, «no pasa nada». Si fuera tan serio no permitirían hacer el 8M.

Aquel era un tema peliagudo, pero tenía su lógica. Las noticias daban datos sobre el avance de la infección, sobre cómo China la estaba conteniendo, y sobre los síntomas y efectos del virus, pero luego incitaban a la calma con una frialdad criminal, casi como si una mano negra quisiera ocultar al mundo la verdad, o liberar a las almas de los hombres y mujeres del miedo.

María estaba aterrada. Llevaba ya muchos meses protegiéndose en sus guardias, ya que los casos de gripe de aquel año diferían mucho de los normales. No era la situación habitual por la que pasaba anualmente desde que comenzó a trabajar.

Ya antes de que se diera la voz de alarma, la recordaba a la epidemia que tuvo lugar entre dos mil dos y dos mil cuatro. Quizá no fuera nada, pero ante la duda, su salud y la de los suyos era lo primero. La madre de María, abuela de Carlos y Lucas, era muy mayor, y vivía conectada a un respirador para no ahogarse. ¿Cómo iba a cargar sobre sus hombros con la muerte de su madre, si en un descuido la llevara cualquier enfermedad?

La señora era una mujer terriblemente fuerte, como ya no quedan, como lo eran aquellas personas hechas de otra pasta, de otra tierra, de otro lugar que ahora yace sumido en el recuerdo y en la imaginación de los que rescatan a los criminales de ambos bandos, cubiertos de política, para encubrir sus propios actos de odio y segregación entre la población.

Pero cualquier día, podría ser el último, y cuando María comenzó a oír hablar de aquel virus llegado de China, lo entendió todo.

—Desde diciembre me llevo protegiendo en las guardias, con guantes y

mascarillas. ¡Ya decía yo que lo de este año no era normal!

—Pero mamá, no sabes si es por el nuevo virus, o qué.

—¿Realmente te crees que es ahora cuando está llegando aquí, en un mundo tan globalizado como este?

Y razón no la faltaba. Carlos siempre había sido un escéptico respecto a casi todo, y desconfiaba de los canales oficiales. Algo había leído sobre que cierto programa de la televisión llevaba tiempo intentando avisar de la situación, y lo habían silenciado, pero desde hace dos meses estaba más preocupado por sus problemas que por aquel virus.

No llegaba el día de firmar, y cuando se disponía a ir con sus amigos el siete de marzo, le dieron esa fecha para de nuevo cancelarla. Y él ya había quedado mal con todos.

—Bajaré ese fin de semana a Madrid con Beatriz, y a la vuelta iremos a hablar con Leonardo —le dijo a su madre.

—Ten cuidado. La situación está empeorando.

Los casos de coronavirus estaban comenzando a expandirse por todo el país, siguiendo la estela de una Italia que comenzaba a sumirse en el caos por el miedo y las primeras muertes.

Y la situación había cambiado incluso en el autobús que lo llevaba hacia la capital, ahora lleno de gente con mascarillas. «¿Realmente protegerán de algo?». Era cinco de marzo, a medio día, cuando llegó allí.

El resto del día, sucedió tranquilo, con la calma que acredita a aquellos que llevan un tiempo sin verse. La noche, fue algo más movida, pero al día siguiente, el ambiente estaba algo enrarecido.

Cuando Carlos decidió acompañarla a trabajar, había una manifestación en el centro de Madrid. Jóvenes de izquierdas, radicales, gritando por un megáfono en favor de lo que ellos creían los derechos de la mujer.

«Derechos humanos», pensó Carlos, que no era más machista que el resto de víctimas de aquella sociedad. Siempre había estado a favor de la equiparación ante la ley en todos los ámbitos, respetando las características propias de las mujeres como pueden ser las condiciones del embarazo o maternidad, y equiparando salarios y tareas.

Esperaba que la juventud se manifestase por ello. Por la igualdad.

Pero el seis de marzo solo se escuchaban discursos «contra los otros».

Discursos que pedían que las mujeres de derechas no fueran consideradas como tal por defender a los hombres, por tacharlas de verdugos. Discursos sensacionalistas con los que todos los jóvenes se unían al movimiento.

Y algo parecido ocurrió la noche del siete de marzo, cuando las campanadas de la Puerta del Sol anunciaron el tránsito hacia el octavo día de aquel mes. El ruido de una cacerolada mostraba el inconformismo de parte del sector femenino de la sociedad.

Un movimiento que, como mostraban sus pañuelos y los mismos colores con los que vestían, estaba vinculado a la política.

—Todo es política —comenzó a decir Carlos a su pareja.

—Me da igual. No me importa en absoluto —zanjó Beatriz antes de que el muchacho comenzara con su monólogo, con su verborrea socialmente inconformista.

A Carlos tampoco le gustaba la política. Había estudiado mucho sobre ella, sobre sus orígenes, sobre el desarrollo de las diferentes doctrinas, y en el caso de su país, de los propios partidos.

Y por eso no le gustaba, porque la conocía.

El ocho de marzo tuvo que tomar el autobús que lo devolvía a su tierra. Por el camino, pudo ver a los manifestantes, que sin duda, eran muchos menos de los que se esperaban. Carlos no quiso prestar mucha atención al discurso, que era el mismo de siempre.

Un discurso creado para separar, para dividir a la población en dos bloques, algo que se llevaba haciendo desde hace mucho tiempo. «Divide y vencerás. Da igual que sean izquierdas o derechas, hombres o mujeres... la intención es siempre la misma, dividir a las personas, en vez de permitirles avanzar hacia un objetivo común».

Lamentablemente, Carlos no podía expresarse en voz alta, ya que su pareja no estaba dispuesta a escucharlo, así que decidió fijarse en los transeúntes. La mayoría eran jóvenes que portaban el color morado en la ropa, o pintado en la cara, y lo demás, había de todo, de todos los colores u orientación sexual.

Estaban aprovechando el día de la mujer trabajadora para luchar por los derechos del colectivo LGTB. Carlos no era ningún homófobo, tenía amigos gays y lesbianas, pero para eso ya estaba el Orgullo.

—Cada uno que se lleve a la cama lo que quiera, mientras sea buena persona. Hay gays que son gente extraordinaria y heteros que son unos hijos de puta —acertó a decir a Beatriz.

—¿Podemos dejar el tema? Es que me pone negra toda esta pantomima.

Y sin hablar de ello, estuvieron juntos hasta el momento de separarse en un autobús que casi no llegan a coger. A la vuelta, había bastantes personas con mascarilla en el vehículo, cosa que no había visto durante las manifestaciones.

Había llegado el momento de llamar a Gabriel. Al día siguiente, tras la comida, María contactó a Leonardo por teléfono.

—Buenas tardes vecino, ¿sabemos algo? —preguntó la madre de Carlos.

—Pues aquí estoy, en El Voltijo, tomando algo con mi mujer y con Gabriel. ¿Quieres bajar?

—Sí. Dame un momento que me calzo, y bajo.

Carlos se quedó en casa, con una tranquilidad fingida ante aquellos acontecimientos. No querían ser especialmente pesados por si resultara ser cierto, así que tenían que turnarse y jugar la partida con calma, a turnos vista.

Así pasó una hora y media de angustia, sin noticias de su madre, ni de los implicados en aquel negocio aparentemente tan turbio.

Más tarde que pronto, sonó la puerta de su casa al abrirse. La perra salió disparado hacia ella, ladrando, y Carlos fue con él, aunque algo más despacio y sin ladrar.

—Mucho has tardado —dijo en un tono inquisitivo a su madre.

—Hemos estado tomando algo tranquilamente allá abajo Leonardo, su mujer, Gabriel y otro amigo de Leonardo.

—Qué romántico. ¿Y qué te han dicho?

—¿Recuerdas al de Madrid?

Leonardo le había dicho en una de las múltiples prórrogas que aquello tenía que ver tanto con la gente que se había ido de la lengua, cuyos errores debían de subsanar; y con el jefe supremo de Gabriel, de Madrid, que tenía que ver cuándo podía pedirse unos días para subir.

—Sí, recuerdo algo que me dijo de una vídeo llamada que tuvieron con

él, pero no entendí muy bien si él estuvo presente mientras Gabriel la hacía o no.

—Bueno, pues debe de trabajar para el Ministerio del Interior.

—Y... ¿cuál es el problema?

—Su hijo. Gabriel nos ha dicho que todo esto se está organizando por él.

—¿Qué quieres decir?

—El hijo de ese señor... llamémosle ministro, porque no ha especificado.

—Ni ha dado nombre, supongo —interrumpió Carlos.

—Ni ha dado nombre. El hijo de ese señor, como venía diciendo, es el que va a venir de jefe a Villa del Mar, pero todo el retraso es por temas de salud.

—¿Temas de su salud? ¿De la del hijo del supuesto ministro?

—Sí. Ha estado hospitalizado en Barcelona durante muchos meses. Tuvo un accidente a más de doscientos kilómetros por hora, y para que no apareciera en los registros oficiales, lo largaron a la privada.

—Esa gente con dinero... ya sabes, pueden hacer lo que quieran.

—Tiene sentido sí. No he creído que me estuviera mintiendo, pero vete tú a saber. En teoría debe de tener un coágulo en el cerebro.

—Pues con lo feas que se están poniendo las cosas, como cierren todas fronteras y se quede encerrado en Barcelona... esto va para muy largo.

—En teoría ha debido de volver a Madrid esta semana, para terminar allí su tratamiento. Pero un coágulo en el cerebro... son temas bastante serios. Es normal que lo retrase todo.

—Ahora es por el hijo. ¿Y primero? ¿No estaba hospitalizado en diciembre también cuando en teoría era inminente nuestra entrada?

—Debe de llevar allí desde septiembre.

—Así que sí. No me fío.

—¿Y acaso te queda otra, hijo? No creo que por el dinero que Gabriel haya podido sacar, se esté inventando toda esta película. Involucrar a altos cargos de Madrid, y a sus familias... es un asunto muy serio, Carlos.

—Recuerdo... no sé si fue el primer o el segundo día, que Gabriel mencionó a su jefe, pero como jefe de la Guardia Civil o de la Policía

Nacional. En ese momento supuse que se refería al jefe de los Cuerpos de Seguridad del Estado, pero podía haber especificado más. No dio nombres, ni nada.

—Siempre puedes investigar en la administración pública.

—Ya... pero dio referencias muy vagas. Podría ser sencillo equivocarse de persona. No sirve de nada buscar ahora. Pero lo que sí miré es que el Cuerpo de Instituciones Penitenciarias no es un Cuerpo de Seguridad del Estado, y eso me rechinó mucho.

—No merece la pena que le des más vueltas.

Los siguientes días avanzaron en medio de la incertidumbre, y las continuas noticias. El coronavirus estaba destrozando Italia, y Beatriz acompañaba en ánimo a lo sucedido. Finalmente, la situación estalló motivada por el estrés al que ambos estaban sometidos ante tanta incertidumbre.

El once de marzo de dos mil veinte, durante una rueda de prensa, la Organización Mundial de la Salud declaró como pandemia la situación que estaban viviendo con aquel nuevo coronavirus, y el catorce de marzo de ese mismo año, se decretó el estado de alarma en su país, restringiendo la movilidad y las libertades civiles.

Un cielo de nubes negras edulcoraba un panorama político donde se culpaba de la expansión del virus a las manifestaciones multitudinarias del ocho de marzo y a la incapacidad del gobierno por detenerlas, sabiendo del mal al que se enfrentaban.

Y Carlos había estado allí, en el epicentro de todo.

## Capítulo Quinto: Una cárcel de cristales rotos

Los últimos días de libertad, había salido a correr. A Carlos le encantaba el fresco que anunciaba la muerte del invierno, las primeras lluvias de la primavera, las flores que comienzan a nacer al filo de la delgada línea que separa la vida y la muerte.

Sin embargo, notaba que el aire le faltaba demasiado pronto, que se cansaba con una facilidad mayor a la que habituaba, y que a veces, le dolía la cabeza. Pero no tenía fiebre.

Aquello coincidía con algunos de los síntomas que comenzaban a dar en las noticias sobre el virus. Y teniendo en cuenta que había estado en Madrid el día clave, el temor lo imbuía todo.

Pero lo que más le preocupaba era poder contagiar a su familia. Aún no se temía demasiado a aquel nuevo enemigo, su letalidad no había sido explotada por los medios, sino mermada públicamente sobre lo que podía realmente ser. Y las estadísticas Chinas, tan diferentes de las que comenzaban a asolar al resto del mundo, favorecían la tranquilidad.

«Entonces... ¿si no es tan grave, por qué se ha paralizado el mundo?», se preguntaba a sí mismo Carlos. Aunque lo tenía bastante claro: porque sí era tan grave. Los hospitales comenzaban a estar colapsados, y la gente aún mantenía la esperanza sobre pasar solamente dos semanas en casa, encerrados, ajenos a ese girar que no se detiene, y en su mayoría, desperdiciando aquel tiempo de reflexión.

Pero María tenía bastante claro que aquello iba para largo. Ante la falta

de recursos suministrados por el gobierno, tuvo que remover cielo y tierra para protegerse a sí misma y a sus compañeros de trabajo. Fueron unos días muy ajetreados, igual que para todos aquellos que realizaron interminables colas ante la necesidad de atesorar toneladas de alimentos y recursos, como el papel higiénico, ante la incertidumbre «del mundo del mañana» que amenazaba con cambiarlo todo para siempre.

Había gente con miedo, y otros que se lo tomaban a broma, publicando infinidad de imágenes que intentaban ser graciosas en las redes sociales. Los peores, sin duda, aquellos que anhelaban la libertad para emborracharse.

Carlos era mucho menos ambicioso. Lo que más extrañaba, eran los paseos nocturnos con su perra, custodiando un mundo dormido, alejándose un poco de la incivilización, con la música sonando alto en sus cascos. Canciones de las de antes, generalmente. Canciones que hablaban del amor, de la guerra, de los sentimientos más primarios del ser humano, los mismos que el muchacho quería pensar que aún definían a la humanidad en un tiempo donde la gente ansia correr antes que andar.

Sus canciones favoritas eran las que tenían nombre y apellidos. Era fácil sentirse identificado con sus letras, especialmente con aquellas que hablaban de desamor, o de alguna etapa muy concreta dentro de una relación; pero que cuando fueron escritas, escupían sobre el papel la tinta que sangraba un corazón roto, con un o una destinataria de carne y hueso. Historias muy concretas que cada uno hacía propias, proyectando sus propias lágrimas y su propia tinta sobre el mismo papel cantado por otro, apilando vivencias sobre cuerpos, simplificando al absurdo tantas relaciones diferentes hasta el extremo de hacer que parezcan lo mismo.

«Porque eso es el amor», creía Carlos. «La condición más simple de nuestra naturaleza humana. Capaz de manifestarse de tantas formas diferentes, en tantos rostros diferentes...».

Y el precio a pagar era el olvido.

Cuando estaba triste, miraba a las estrellas, y esperaba que se reprodujera alguna canción de un tal Joaquín, o de los cantantes más jóvenes que seguían su estela. Personas que intentaban desnudar al alma y plasmarla en un papel, convirtiéndola en un arte libre de interpretación.

Y ahora se lo habían quitado. Los paseos se limitaban al verde debajo de su casa para que el animal pudiera cumplir sus necesidades. ¿Cómo no iba a pensaren Beatriz, si las musas guardaban cuarentena y los poetas no cantaban bajo la luz de la luna?

Y por más que Gabriel aseguraba que aún con el coronavirus, todo seguiría hacia delante, Carlos no veía avances. Pero, ¿qué avances iba a haber? Solamente tenía que ser paciente, más si cabe todavía, y esperar a que el hijo del de Madrid estuviera recuperado.

Un capricho difícil de satisfacer.

Encerrado entre cuatro paredes, y pese ser muy casero, las habitaciones vacías se llenaban de los fantasmas de los recuerdos y los pensamientos que acudían a visitarlo saltándose el protocolo reglamentario.

«Dos semanas».

Ese era el tiempo que aquellos fantasmas deberían de esperar para hostigarlo. ¿Por qué no lo cumplían, si los seres de carne y hueso debían de hacerlo?

Era injusto, pero esa es la naturaleza de la vida, según como se mire.

La pintura, la escritura... ¿qué más daba? Demasiado tiempo a solas para reflexionar. María estaba nerviosa, se lo jugaba todo en cada guardia, y la pena inundaba su alma al no poder ir a ver su anciana madre a la residencia, una residencia donde el virus entró, segando la vida de vahos de los internos.

Eran tiempos difíciles para la humanidad, pero todas las generaciones habían sufrido «por A o por B». Guerras mundiales, genocidios... él lo sabía bien. Parte de sus estudios habían consistido en memorizar la mayoría de desgracias conocidas.

Ahora, simplemente, les tocaba a ellos. Quizá sirviera como punto de inflexión.

Finalmente escribió a Beatriz.

—Todo va a salir bien —la repetía.

El panorama era tal que algunos decían que podía incluso tratarse del bíblico apocalipsis, pero Carlos no creía en esas cosas, aunque se le había juntado todo nuevamente, al igual que ocho años antes.

«Ocho años ya», pensó. Ocho años desde que sus padres se separaron y

el mundo se hundió a su alrededor. ¿Qué aprendió entonces, recién entrado en la mayoría de edad?

A luchar por lo que uno quiere.

A aceptar su nueva realidad.

Y así, recuperó su vida y encaminó nuevamente sus pasos, tomando los restos ahumantes de sus sueños para darles forma de nuevo.

«Total, para qué. Tantas preocupaciones entonces para ver cómo había cambiado todo. Pero menudos años».

Y aquello era totalmente cierto. Si no había sido feliz allí, ¿entonces cuándo? ¿En su infancia? ¿Nunca más? Fueron años buenos, sin enfrentarse al adversario que supone la vida adulta, no como ahora.

Quizá todo aquello había estado siempre abocado al fracaso, pero el camino lo había disfrutado, casi como un epílogo a su infancia, una crónica inacabada antes de hacerse mayor.

Si entonces había podido, ¿por qué ahora iba a ser diferente, si era más mayor, y debería ser más sabio? Aunque quizá lo único que era, era consciente de su propia ignorancia.

Así que la habló, frío como la helada nocturna, para saber que estaba bien, para que no se sintiera desamparada ante la noche que esperaba un amanecer más pronto que tarde.

Y a finales de marzo, con la primera de las prórrogas del estado de alarma, el cóctel había explotado.

Cuando estaban juntos, todo era maravilloso, pero la distancia y la ausencia del roce de la piel contra la piel provocaban ese tipo de conflictos.

Pero él no tenía ojos para nadie más. Maldito destino el que los había unido, justificando a la distancia como un pretexto que les enseñara a amar, una lección difícil para los alumnos más despistados; un verso que los obligaba a estar separados.

La localización de cada uno respondía a sus propias necesidades. Carlos necesitaba esperar y, en su defecto, estudiar; y Beatriz no encontraría trabajo de lo suyo cómodamente en el norte, temiendo dejar lo que tenía por una quimera ante una perspectiva de cambio que no se había materializado, sin tener siquiera donde quedarse ya que Carlos vivía con su familia.

Él era imperfecto, enormemente imperfecto. Tozudo, cascarrabias en

ocasiones, raro... Quizá todo era cuestión de haber pasado poco tiempo en persona, de no conocerse del todo bien el uno al otro.

En realidad, solo era un niño grande. ¿Era tan difícil de entender?

No en vano, se querían. Avanzarían lentamente, cubriéndose las espaldas con un distanciamiento social impuesto a todos por igual, probándose poco a poco sin la posibilidad de solucionar los problemas con besos o caricias, solamente con palabras.

Prefería arriesgarse a sufrir un poco más antes que condenarla al olvido, al ostracismo, al cementerio de pasiones donde aún iba a llorar cuando estaba solo y podía culpar a la lluvia de mojar su cara, aunque sabía perfectamente que el culpable era él mismo.

Y así llegó abril, el mes de los poetas y de la poesía que él quería escribir en su pecho. Cuando no sabía cómo expresarse, cuando lo que llevaba dentro amenazaba con filtrarse a través de los poros de su piel, esperaba al día correcto, el día marcado en un calendario al que no tenía acceso, y recurría a la poesía.

Probablemente no eran los mejores versos, ni los poemas más bonitos, pero eran los suyos, los más personales, y al igual que aquellas canciones del tal Joaquín y compañía, también tenían nombre y apellidos.

Por norma general, no solía enseñárselos a nadie, pero cuando inició su relación con Beatriz, el amor común por el arte le llevó a leerla despacito y en voz alta algunos versos perdidos, cuyo aire se escapaba de su boca para ir a parar a los oídos de ella.

Aquello era algo muy personal, pero con mucho significado. Ella pensaba que hablaban de amores del pasado, aunque él se lo negara o no quisiera especificarlo, pero veía en aquellos ojos grandes un misterio que encerraba más de lo que la vista alcanzaba a ver. Y escuchaba atentamente, bajo la luz de un pequeño foco encendido que proyectaba más sombras que luces en una también pequeña habitación que amenazaba con robar el cielo de Madrid.

Los metros que faltaban para tocar el cielo, ya los ponían ellos, y en aquellos días de vino y rosas, parecía que el vínculo que acababa de unirlos era mágico. El arte de cada uno, tan diferente en origen, tan abstracto en consecuencia, encontraba un punto donde conectarse en el idioma de los

dioses, la poesía.

«Si hubiera decidido quedarme con ella...» se repetía Carlos.

Pero era consciente de que no podía. Todo había ocurrido de la forma en que tenía que ocurrir, y quizá, si todo iba bien en aquel nuevo trabajo, Beatriz pudiera ir con él al norte.

El estado de alarma que los impedía estar juntos se prorrogaba cada vez más, y poco a poco, ellos fueron retomando aquello que los unía pese a la distancia física, hasta que en un momento concreto su consciencia le informó de que aquel era uno de los días que estaban marcados en su calendario.

Mediados de abril. Quedaba aún medio mes para conjugar la poesía, o quizá había transcurrido la mitad de su inspiración, depende de cómo lo mirara.

Aunque aquel era el primer poema que escribía en abril, se lo dedicó a ella. Tras tantos meses de relación, aquello que los había unido al fin la salpicaba, condenándola esta vez sí a la inmortalidad, pues dicen que si quieres ser eterna solamente debes enamorarte de un poeta.

Pero él no era un poeta, y ella no le había dado el permiso de maldecirla, sin embargo, pese ser solamente un discípulo de aquel credo a la tinta y ella la víctima de un ciego, la inmortalizó.

Con un «doble clic», Beatriz recibió su imperfecta sentencia:

*Al borde del precipicio*

*Suena Sirenas en la capital,  
Ya ha muerto la media noche,  
Nadie podrá velarla mañana,  
Mientras viaja el fúnebre coche.*

*Se queda pequeña la Gran Vía,  
Está cerrada la Puerta del Sol,  
No hay mestizos en La Latina,  
Toca eclipse en Plaza Mayor.*

*El miedo llama a mi timbre,  
Y a las ocho salto por el balcón,  
Es humano sentir hambre,  
De sus besos en mi colchón.*

*El mundo se derrumba ahí fuera,  
Y yo de pie, al borde del precipicio,  
Rezo a un Dios que no se entera,  
Buscando tu voz entre el bullicio.*

Podía tratarse de lo más personal que Carlos había escrito en mucho tiempo, ya que hacía referencia a lo que él sentía y no podía expresar, a cómo él estaba viviendo toda aquella situación mientras no se le permitía estar con ella.

Eran versos egoístas, pero... ¿acaso no es egoísta toda la poesía? Naciendo narcisísticamente de uno mismo para adorar a un sentimiento muy personal.

Durante aquel mes, Carlos pensó que Leonardo lo evitaba. Cuando coincidían, apenas hablaba del tema, y cuando lo veía paseando de lejos a la perra, nunca llegaba al punto donde solían coincidir, habitual de las mismas rutas.

Quizá solamente fuera coincidencia. No había ninguna razón para que

lo estuviera haciendo a propósito.

En cierto punto del mes, lo volvieron a contactar, de forma inocente. Carlos y María se sentaron el sofá de su salón, con el móvil en altavoz para ver qué es lo que tenía que decir el hombre.

—¿Leonardo?

—Sí, dime María.

—¿Sabemos algo nuevo?

Su madre fue al grano, directa como solía ser. Era una virtud que él admiraba de ella, aunque en ocasiones creyera que podía llegar a parecer ser borde con otras personas por ello.

—Nada de nada. No he hablado con él desde hace ya varias semanas. — Así que solamente nos queda esperar.

—Eso parece, María, a ver qué cojones pasa con el chaval del de Madrid. Si quieres baja y lo hablamos.

Acto seguido, la mujer se calzó, y bajó al piso de su vecino. Nuevamente Carlos se quedaba al margen del asunto pese ser el principal involucrado, pero entendía que aquellas acciones tácticas eran necesarias.

En esta ocasión, se preparó un café para endulzar la espera. Sabía que su madre tardaría, o eso era lo que le decía la experiencia, de la que tendía a no fiarse demasiado. Y cuando se lo terminó, lo siguiente fue una infusión de té verde y manzanilla. Extraña combinación.

Entre hora y hora y media más tarde, ella regresó con él.

—Mucho tiempo has estado con ellos.

—Me senté con Leonardo y con Ana a tomar el café. ¡Cómo está la pobre mujer!

—Pues... ¿cómo está?

—Atacada.

—¿Por los nervios?

—Eso mismo. Me decía... «hay María, a mí a veces me dan unos ataques de nervios que no sé, pensando en si todo esto va a ser verdad o no».

—Claro, está su hijo también implicado.

—Y su sobrina.

—Si Ana está así... eso descarta que Leonardo esté involucrado si es

una estafa. Dudo mucho que esté engañando y haciendo sufrir así a su mujer.

—Estaba de una hostia el hombre... a ver si acaba ya el asunto, que la gente le está venga a hablar...

—Martes y compañía, supongo.

—Sí, todo el grupito de Martes y su amigo el carpintero, Diego.

—¿El que tiene la carpintería justo al lado de El Voltijo?

—El mismo. Ya es muy mayor ese hombre también, creo que se jubilaba el año que viene o en dos.

—Y lo meten para que tenga los privilegios en la jubilación, ¿no?

—Más o menos. Y a su hermana, que es auxiliar de enfermería, también. Ya es mayor la mujer, algo menos que él, pero bastante mayor.

—Entonces todo depende de Gabriel, pero visto lo visto del coronavirus, no tiene mucha pinta de que siga hacia delante.

—Él ha insistido en que sí, y Leonardo hoy me ha vuelto a decir lo mismo.

—Pues nada, a esperar noticias.

Y las noticias que fueron llegando, eran de todo tipo, menos buenas. El estado de alarma se prorrogaba, los políticos se enfrentaban entre ellos cómo si de una obra de teatro griega se tratara, y el virus se cobraba una estela de muertes y contagios sin precedentes.

Dónde había quedado la gran sanidad pública, cuando los propios sanitarios estaban indefensos ante su enemigo, sin la protección que debían de brindarles sus líderes. Estafas y errores en la compra del material, y el pitorreo de otros Estados con la requisita de bienes sanitarios, volcaron a gran parte de los ciudadanos contra su gobierno.

Funcionarios, militares, agentes del orden... personas obligadas a trabajar en unas circunstancias pésimas para el mantenimiento de la sociedad, se enfrentaban a algo que no podían ver por el bien común.

A las ocho de la noche, se les rendía homenaje, aunque cómo de todo existen críticos, siempre había en las redes aquellos que decían que «solo estaban haciendo su trabajo, que por ello no había que aplaudirlos».

A uno de esos comentarios, Carlos contestó:

—Entonces, si tienes que manipular cualquier material en una fábrica,

deberías de hacerlo sin las herramientas adecuadas.

Con aquel símil, cualquiera sería capaz de entender la situación. Efectivamente, hacían su trabajo, aquello para lo que se habían formado y por lo que cobraban, pero se encontraban desnudos ante la incertidumbre, como aquel corredor que sale en manga corta en invierno y le alcanza una granizada en mitad de su ruta, sabedor de que no tiene donde esconderse, donde cubrirse, donde evitar las consecuencias de sus acciones.

Pero el pueblo siempre había estado dividido, y pese a la aparente unidad que mostraron contra el virus, pese a aquella solidaridad humanitaria que reflejaba un rayo de esperanza en una sociedad podrida, las divisiones seguían existiendo. Por un lado, unos acusaban a otros de propagar el coronavirus en las manifestaciones del ocho de marzo, a lo que otros contestaban acusando de que la culpa era de los mítines realizados durante aquellos mismos días.

Ovejas enfrentadas por comer de un pequeño pasto, cuando al otro lado de la verja podrían encontrar unas tierras vírgenes donde todas podrían alimentarse; marionetas de un teatrillo donde no se defienden sus intereses; carne de cañón para una casta política que en vez de servir al pueblo, se servía de él.

«Alguno se salvará», quería pensar Carlos, pero con cada nueva medida adoptada, con cada nueva noticia de fallecimientos, con la tensión acumulada en su propio hogar por la situación, y con los discursos que intentaban decir todo sin decir nada, el muchacho dudaba más de su afirmación.

Si fuera tan fácil hacer las cosas bien, cualquiera lo haría, pero la corrupción aseguraba a la mayoría de miembros de los partidos su trozo de un pastel financiado por los impuestos del pueblo.

Y de aquella corrupción, se iba a beneficiar él. Sería realmente hipócrita si criticara a los políticos cuando él mismo estaba esperando de uno de ellos la oportunidad de su vida. Aquel hombre del Ministerio del Interior podría haber robado millones, que daba igual mientras Carlos tuviera su parte.

Realmente hipócrita. Criticar continuamente la actuación política, que cuando le tocaba a él beneficiarse, cerraba la boca y asumía su suerte.

«Si no lo hago yo, lo hará otro», pensaba para calmar su propia

consciencia. Siempre había intentado luchar contra las injusticias, pero aquella era una causa imposible, una vez muerto el sueño romántico de la juventud, de la posibilidad de devorar al mundo.

No. El mundo era un lugar cruel y duro, donde si tú rechazas una oportunidad, otro la tomará por ti. ¿De qué habría servido decir que no a Gabriel? Simplemente, hubiera buscado a otro chaval joven que cumpliera sus expectativas y le hubiera ofrecido el mismo puesto de trabajo, y él no hubiera ganado nada, ni siquiera en lo moral.

Pero no toda actuación política durante aquellos oscuros tiempos era deleznable para él. El alcalde de su propio municipio, y el pedáneo del adjunto, ambos conocidos suyos, estaban haciéndolo muy bien para su criterio.

María opinaba lo mismo. Aunque ella había sido rauda y veloz para obtener el material de protección, el equipo político también había intentado suministrárselo en el menor tiempo posible. Y lo que Carlos consideraba más importante: estaban sirviendo a su pueblo, en el más estricto sentido de la palabra, intentando ayudarlos a mantener la sonrisa día a día.

Cada mañana, a eso de las doce, el coche del ayuntamiento deambulaba de un portal a otro haciendo un llamamiento con sus aparatos de megafonía, llegando al punto de traumatizar a Lucas al interrumpir, diariamente las clases de instituto que ahora tomaba «*On line*» con el «cumpleaños feliz» sonando a todo volumen. Los niños pequeños, encerrados de forma incomprensible para ellos, seguro que se alegraban de que su nombre sonara por todo el vecindario, fomentando el acompañamiento en su día, fecha especial que por desgracia tendrían que pasar sin ver a sus amigos o familiares.

Y luego estaba la música. A veces al mediodía, otras a partir de las ocho... vecinos que para recordar que estaban vivos, ponían sus minicadenas y aparatos musicales a todo volumen, sintonizando todo tipo de melodías, generando tanto expectación como odio entre los que los rodeaban. «Resistiré», himno improvisado de aquella guerra, sonaba a la vanguardia del bélico operario musical.

Con el devenir de los días, y armado con la siempre presente mascarilla, Carlos se atrevió a avanzar un poco más. Aún no se atrevía a recuperar la

normalidad de sus paseos nocturnos, pero pasito a pasito, comenzó a abandonar la cercanía del verde que rodeaba a su edificio, intentando no alejarse demasiado, con su documentación y la de su mascota en el bolsillo.

Aquello generaba de nuevo controversia dentro de una sociedad siempre dispuesta a autodestruirse. Los que tenían perro, defendían la necesidad de los animales de hacer lo que era propio de ellos al aire libre; los que no, acusaban de cerdos a los que dejaban sus excrementos en el suelo, fuera o no fuera cierto.

Nunca lloverá a gusto de todos.

«¿Cómo avanzaría la humanidad cuando todo volviera a la normalidad? O mejor dicho... ¿volvería algún día todo a la normalidad? Bueno... siempre acababa volviendo, aunque pasaran años».

Con las fábricas cerradas, Carlos tuvo que realizar un pedido de pinturas ya que alguna le comenzaba a escasear. No sabía cuánto tiempo estarían sin producción, pero el mundo tampoco podía detenerse más de la cuenta, o las consecuencias serían catastróficas...

Con el paso de los días, se comenzó a hablar de desescalada, pero tras un mes en blanco en el calendario, Gabriel dio señales de vida. Apenas faltaban unos días para mayo, cuando tras perder toda esperanza, el teléfono sonó.

—¿Carlos? —preguntó el hombrecillo.

—Sí, dime.

—Iba a acercarme ahora a las dos y media por tu casa, pero me han llamado para irme a trabajar de la que compraba unas fresas a mi hija en el Mercadona.

—¿Y eso? ¿Tenemos novedades?

—Sí, hay varios asuntos que quiero hablar contigo en persona, pero cuenta con que la semana que viene te vas a Madrid.

—¿Cómo? ¿Durante cuánto tiempo?

—Dos, tres meses... no sé exactamente. Además allí tienes dónde quedarte, ¿no?

Carlos pensó en Beatriz, y en lo feliz que la haría aquella noticia. Inicialmente, parecía inminente que vivirían juntos en la misma ciudad, pero las circunstancias del destino lo habían impedido hasta aquel

momento.

—Sí.

—Ya me dijo Leonardo que tienes allí a la «chavaluca». De todos modos, cuando te haga la llamada oficial, di que no tienes dónde para las dietas.

—¿Y por qué debo de ir, para formarme?

—Sí, algunos tenéis que ir allí. El policía nacional, la chica de seguridad... ella y tú tendréis coche de empresa con permiso para moveros por diferentes cárceles. Tendréis que realizar formación psicológica y en materia de legislación, y de vez en cuando bajar a Ávila para formaros en armas con las Fuerzas Especiales.

Carlos se quedó en «*shock*». Parecía que finalmente se empezaban a mover las cosas, ahora que el gobierno comenzaba a preparar las fases iniciales de la desescalada que encaminarían hacia la nueva normalidad, y aquello era más de lo que esperaba.

—Con las dietas de alojamiento... ¿y el sueldo?

—Sí, unos tres mil al mes más dietas. Vas a hacer mucho dinero allí, pero claro... vas a trabajar y a aprender. Ellos ya te enseñan allí.

—Brutos, supongo.

—No, no. Netos. Para tu bolsillo. De lunes a viernes en turno de mañana, entrando a las siete, aunque claro, la primera hora es prácticamente libre porque los presos hasta las ocho no se levantan, y fines de semana para ti.

—De todos modos, ya me cuentas mejor en persona, que ibas con prisa.

—Sí, que estoy subiéndome ya al coche. Mañana si puedo me acerco por allí por la mañana y hablamos, que quiero comentarte ciertas cosas.

Carlos terminó la llamada y se lo contó todo a María, que al igual que él, se quedó impresionada.

—Entonces, vete recogiendo tu cuarto y preparando las cosas que te quieras llevar.

—Algo para pintar, eso seguro.

—No creo que sea buena idea, además, ¿te ha dicho cómo vais a ir?

—No. Mañana intentará pasarse para hablar en persona, que debe de haber algo más que quiera comentarme.

—Ten cuidado con lo que firmas si te hace firmar algo.

—Ya, ya... no voy a firmar nada que no lea o sobre lo que no esté seguro.

—Bueno, pero bien. ¿Qué te dice Beatriz sobre ello? Estará contenta de que vayas a estar con ella.

—Aún no la he llamado, prefería hablarlo contigo primero.

Y al poco tiempo, habló con ella. Beatriz no daba crédito a lo que oía, pero estaba feliz de poder compartirlo con él.

Todo parecía ir bien, hasta que el día siguiente, Gabriel no apareció. Carlos llamó a Leonardo, que le dijo que a última hora el hombrecillo le había llamado a él para decirle que no iba a aparecer, y al rato, el mismo Gabriel llamó al muchacho para decirle que «el fin de semana, o el lunes, se pasaría a hablar con él».

La espera, que se hizo eterna día a día, amenazaba con nunca llegar a su fin. Por más que Beatriz le instigaba a relajarse ahora que ya le estaban dando información y a que aparentemente la cosa iba para adelante, Carlos no bajaba la guardia, y por las noches, le costaba muchísimo dormir.

Cada día podía ser el adecuado, y sin embargo, galopó sobre las horas como si de una llanura se tratase, vacía de todo, intentando distraer la cabeza con sus quehaceres.

Cuando llegó el lunes, estaba realmente impaciente, y sin embargo, no tuvo noticias.

—Yo creo que lo mejor es esperar y no llamarlo —le dijo ya el martes su madre.

—Dijo que como muy tarde venía ayer, y no ha cumplido. ¿Qué hay de malo en llamarle a él o a Leonardo?

—Leonardo está hasta las narices, se le ve. Lo mejor creo que sería dejarlo tranquilo.

—Pues llamemos a Gabriel directamente, lo que yo decía.

—¿No te dijo que en ese número quedaba todo grabado y que mejor no llamarlo ahí?

—Sí, pero el otro día me llamó y no estaba grabando, así que...

—Quizá lo mejor sea darlo unos días más, pero deja preparado tu cuarto y tus cosas. Te dijo que esta semana te marchabas, y eso aún no lo ha

negado.

—Ya, en su cabeza igual sigue con esa idea, y simplemente son unas pocas cosas las que quiere hablar... cosas que no cambian nada.

—Por eso mismo.

—Podríamos llamar a Martes a ver qué les ha dicho a ellos.

—Nada, lo mejor será esperar a ver cuándo tenemos noticias de Gabriel, y luego ya veremos. Si no aparece en toda la semana veremos qué hacer.

—No quieres meter baza con el fontanero, ¿verdad?

—Lo que no quiero es hacer grupitos. No creo que el tío este quiera que se formen grupos de cara a meteros dentro, aunque os conozcáis entre vosotros. Es mejor que no os relacione.

—Pero Martes ya tiene un grupito con los demás miembros de su gremio.

—Pero eso ya lo sabía Gabriel cuando les ofreció lo mismo que a ti. Lo mejor es que no piense que conspiráis en su contra.

Al fin, el jueves tuvieron noticias de aquel hombrecillo. Treinta de abril, las cifras de muertos por aquel virus letal habían comenzado a remitir en su país y en el de Beatriz, pero en otros lugares del mundo, menos afectados inicialmente, la ola de muerte comenzaba a romper contra las rocas de sus ciudadanos. América latina se enfrentaba al terror, cada país de la forma en que podía, y los diversos estados de Estados Unidos intentaban hacer causa común en la cuna del capitalismo para enfrentarse a aquel nuevo enemigo.

En el ojo del huracán, los diversos equipos de las farmacéuticas se implicaban en el desarrollo de una vacuna, como si de una nueva Guerra Fría se tratase, más el fin no era proclamarse vencedor en una carrera espacial, sino salvar vidas humanas, e involuntariamente y por el camino, enriquecerse.

El mundo era un negocio, y las manos negras lo habían comprado y se lo repartían al margen de los inocentes ciudadanos que, ignorantes de aquella realidad, se enfrascaban en sus quehaceres diarios y en la búsqueda de su propia felicidad.

Lo que le llamaba mucho la atención a Carlos eran todos los debates que había en la red sobre teorías conspiratorias que implicaban a las grandes potencias en la crisis sanitaria a la que se estaban enfrentando.

Se podrían citar, por ejemplo, portales de «noticias alternativas» donde usuarios de dudosa fiabilidad publicaban, relacionaban, e hilaban las teorías en base a publicaciones previas, intentando dar un sentido al hilo conductor de aquello que querían convertir en verdad.

Le resultó especialmente interesante la teoría que culpaba a Estados Unidos de liberar el virus, y en función de quién la compartiera, de si lo hubiera hecho de forma intencionada o no. Carlos había leído en aquel portal web que el cierre documentado de unos laboratorios militares del gobierno «yankee» el año pasado se debía a problemas con su seguridad, afirmando que fue por la fuga del patógeno causante del «covid-19», y que fueron sus propios militares los que en octubre de dos mil diecinueve dispersaron el virus por el mundo en los Juegos Olímpicos Militares de Wuhan, ciudad donde se teorizaba se originó el brote. Cuando un alto funcionario del gobierno chino ratificó esa teoría, la mente de los mal pensados voló.

Luego estaban los que culpaban al propio gobierno chino de una fuga en los laboratorios de esa misma ciudad, pero... ¿quién podría conocer la verdad? Lo que más consternó al muchacho fue que semanas más tarde, se confirmó que militares que habían participado en aquella competición sufrieron síntomas relacionados con la nueva enfermedad, pero la pregunta seguía en el aire... ¿de quién era la culpa? ¿Dónde se había originado?

Poco importaba ya que existiera algún culpable, o fuera un suceso natural. Lo que más detestaba era a los individuos que proclamaban se trataba de un castigo divino, similar a las plagas de Egipto, enviado para modificar la conducta humana.

«Todo volverá a la normalidad, por muy unidos y por muchos aplausos que demos ahora», creía Carlos.

Y aquel jueves treinta de abril, a un día de su supuesto viaje a Madrid, la normalidad volvió a ponerse a prueba cuando Gabriel volvió a darle largas. Serían las dos del mediodía cuando Leonardo y él bajaron al portal a reunirse con el funcionario de prisiones.

—Perdona que no haya podido pasarme antes, es que nunca había tenido tanto trabajo cómo ahora. Con esto de que no se acepten visitas, los presos están cómo locos, ya que claro, no entra droga, y ya sabéis que es lo

que pasa con eso —comenzó diciendo Gabriel.

—Joder, ya no me llamas ni nada, mariconazo —le dijo Leonardo.

El tono que había utilizado era amistoso, pero Carlos creyó que encerraba algo más, por ejemplo crítica.

—Si es que no tengo tiempo para nada, y viendo como están las cosas que uno no puede ni tomarse una cerveza con limón...

—Ya, hombre, pero para charlar o algo, que tienes a la gente impaciente y con ganas de trabajar. ¿Verdad, Carlos?

—Sí, claro. Con muchas ganas —respondió el joven.

—De eso venía a hablar, que ya te dije que quería hablar ciertas cosas contigo. Al final no te vas a ir mañana, pero no te preocupes que ya está todo hecho, el trabajo listo y todos los papeles en orden. Vamos a mirar si para el martes o como muy tarde el viernes que viene os vais.

—¿Ha pasado algo para que se retrase tanto? —preguntó Carlos.

—No, no, nada. Ya sabes cómo estaba el muchacho de mi jefe, pero aún no le han dado el alta total.

—Bueno, pero esta vez de verdad, ¿no? Que tienes también a mi pobre Vanesa muy nerviosa.

—¿Vanesa? —preguntó el muchacho.

—La chica que va a entrar contigo que viene de seguridad. A ella también la mando a Madrid, que va a sustituirme a mí directamente, la darán coche propio y todo igual que a ti —respondió Gabriel.

—Pues a ver si te pasas a verla o a hablar con ella, que está en medio del divorcio, lo está pasando mal, y sufre algún apuro económico. Tiene que ponerse a trabajar ya —dijo Leonardo con un tono más fuerte que los usados anteriormente.

—Sí, sí. Ella se tendrá que ir solamente un par de meses de formación pero a cobrar ya desde el principio. Y lo que venía a decirte, Carlos, que con tu currículum y todos los estudios que tienes, queríamos hacerte jefe de seguridad.

—¿Cómo?

A muchacho se le escapó una exclamación de asombro. No se lo esperaba.

—Eres de los pocos, creo que el único, con carrera de los que vais a

entrar. Mi jefe, el ministro, quiere a alguien de confianza para que esté con su hijo... pero eso sí, ya que te damos la opción y te formamos, no te quedes en Madrid, que es lo que él teme.

—Claro que no, claro que no. Pero... ¿porqué piensa eso?

—Porque teniendo a la noviuca allí... será mejor que suba ella contigo, ya que vas a tener un sueldazo. Pero claro, piensa que igual tienes que irte hasta cuatro meses fuera para prepararte. Él lo que quiere es un hombre de confianza para su hijo, el que va a ser vuestro jefe.

—Además... así puedes probar antes de casarte, que llego a saberlo yo, y solo me las buscaba arrimadas —añadió Leonardo.

—Y Ana, ¿qué tal está? —le preguntó Gabriel.

—Pues cuando pasan los sesenta, insoportables... muy nerviosa por este asunto, especialmente, por eso tengo ganas de acabar con ello de una vez.

—Sí, tú no te preocupes que ya está todo. Tu hijo ya sabes que tardará un poco más por el tema del mes en la empresa, ya que no va a Madrid ahora, pero está todo encaminado.

—Bueno, ¿y alguna cosa más que le quieras preguntar? Aprovecha ahora que puedes y le tienes delante —instigó a Carlos su vecino.

—Pues... supongo que ya es cosa de ir viendo. Una vez vuelva aquí, ¿cómo estaré de sueldo y horarios? Entiendo que son preguntas feas, pero no deja de ser un trabajo...

—Pues de horarios, los mejores. Siempre con el telefonillo pero te organizas tú, y si te llaman que te tienes que mover a un sitio u otro, pues vas, lo apuntas, y doscientos euros de dietas. Y el sueldo el mismo que en Madrid, igual incluso un poco más. Pero se trabaja mucho, eso también es cierto.

—Y si necesitas hablar, llámale a él directamente, no te preocupes.

—Sí, sí. Me llamas directamente —dijo Gabriel.

—Pensé que al ser laboral nada ya que dijiste que se quedaba todo grabado —le respondió el muchacho.

—A ver... mientras no me llames hijo de puta o algo similar, no pasa nada. En vez de llamar a Leonardo me llamas a mí directamente, que al pobre le estáis volviendo la cabeza loca.

—Entiendo.

—Y eso sí, cuando te pregunte si tienes dónde quedarte... ¡di que no! Yo esta tarde sobre las seis o seis y media te hago la llamada que se queda grabada y te pregunto, tú di que no y otros doscientos euros en dietas al día, que es un dinero al final.

«Y vaya si era un dinero», pensó. Unos seis mil euros al mes, una locura, más el sueldo... no quería hacerse «el cuento de la lechera», pero cuando te estaban diciendo cosas tan buenas, era difícil no soñar.

El teléfono de Gabriel sonó delante de ellos.

—Vale, sí, entiendo, voy para allá —y colgó—. Bueno, me llaman de Villa del Mar, que han tenido problemas con unos internos. Ya os he dicho, ahora con tan poca droga... se ponen nerviosos.

Leonardo, que había bajado con una bolsa, se la tendió al hombrecillo.

—Toma, unas fresas, que le gustaban mucho a tu mujer —le ofreció.

—¡Ah! Muchas gracias. Es a mi hija a la que la gustan mucho, ¡pero gracias de todos modos! Entonces quedamos en eso, Carlos, a la tarde te llamo.

Y se fue. Carlos subió andando por las escaleras, y Leonardo tomó el ascensor. Cómo si fuera por costumbre, primero a su madre y a su hermano, y luego a Beatriz, el muchacho fue contando las noticias y escuchando los consejos de la gente que le rodeaba.

Pero aquella tarde no le llamó nadie.

## Capítulo Sexto: Mulligan

Se acercaba el día quince, y todo eran largas y más largas. Carlos llevaba las dos últimas semanas durmiendo muy poco, pendiente de las acciones de Gabriel, ansioso por poder ir a Madrid junto a Beatriz.

Aquello le había provocado algún «rifi-rafe» con ella, ya que él era mucho más despreocupado y apenas había hablado sobre el hecho de ir a vivir juntos, o mejor dicho, estaba más preocupado por sí mismo y por su futuro.

En una de esas largas, Gabriel, aquel mismo trece de mayo, lo llamó al teléfono a las once de la mañana, para decirlo que bajara a hablar con él. El muchacho, tras ducharse, se vistió apresuradamente y acudió a su encuentro.

El funcionario lo estaba esperando junto a una rotonda detrás de El Voltijo, vestido para variar con una camisa de cuadros, pero en un color más veraniego de lo que era habitual en él, acompañando al día soleado y caluroso que los aguardaba.

Al acercarse a él, vio que estaba hablando por teléfono. Carlos se cruzó de brazos, y esperó a que acabara. Debía de estar hablando con otro de los implicados. Cuando colgó, Gabriel hizo su ya habitual gesto con la cabeza cuando le llamaba alguien, dando a entender que continuamente estaba solicitado.

Pese a las precauciones que deberían de tomar por el coronavirus, ambos se estrecharon las manos.

—Mira, a ver... al final no vais a bajar el día quince. El de Madrid quiere subir a veros y conoceros en persona, y luego ya os repartís en coches para bajar allí.

—¿El ministro?

La pregunta de Carlos fue directa, intentando pillar a aquel hombre en mentira. Las últimas semanas estaba convencido de que le estaban «tangando», debido a los retrasos, así que debía de aprovechar aquel encuentro con el mal para sonsacar toda la información posible.

—Sí, ya sabes, el jefe de la policía y los civiles, que es también el nuestro.

Gabriel había refinado un poco más su versión, al agrupar a las Fuerzas de Seguridad del Estado y acusar directamente al actual Ministro del Interior. Carlos ya comenzaba a tener información a mano para investigar.

—¿Y cómo lo va a hacer estando así todo por el virus? Al igual que bajar nosotros...

—Tú no te preocupes por ello. Esa gente puede moverse donde quiera y cuando quiera, si ha sido capaz de tapar lo de su hijo...

—¿Lo del accidente?

—Sí, ya os dije a ti y a tu madre. Falta ver si le dan el alta finalmente, que un día parece que se lo dan de forma inmediata, otra que se alarga una semana... y la gente ya está empezando a sospechar de mí.

—Y al final tú eres únicamente el que da la cara. Bueno, tú y Leonardo —dijo el muchacho tanteando el terreno.

—A Leonardo lo mejor es apartarlo ya del todo, que él lo único que hizo fue ponerlos en contacto conmigo. Si es por lo que no vengo por aquí... porque ya está hasta los cojones de que le llamen continuamente. Pero soy el que soy un «mandado» del Ministro del Interior, a mí me están toreando desde arriba, pero claro, no lo puedo decir.

—Ya, ya me imagino cómo funciona eso. Ese señor querrá lo mejor para su hijo.

—Pero no puede ser. Vengo desde la cárcel de Dueñas, que he estado con ellos, para meterlos algo de prisa, y me han dicho que a ver si el viernes suben ellos, se quedan unos días, y os vais ya el lunes, pero están pendientes de que le hagan una prueba al chaval.

Carlos se fijó en la cara de Gabriel. No parecía la de un hombre que se hubiera pasado la madrugada conduciendo.

—Pero es mayor que yo, ¿no?

—Tendrá unos treinta y pocos.

—Y él, antes de venir aquí de jefe... ¿ya ha trabajado en el sector?

—Claro, claro. Él ha estado con las fuerzas especiales y todo eso. Es el que os va a entrenar.

Aquello le sonó raro a Carlos. Previamente, el entrenador iba a ser un policía nacional, al que Gabriel nunca había llamado por su nombre, el entrenador personal de los cuerpos de élite, y ahora, el muchacho de treinta y pocos que se estaba recuperando de haber estado al borde de la muerte iba a encargarse de todo.

—¿Y hay nutricionista?

Aquello le interesaba más. Él mismo había estado cerca de tomar consulta con una nutricionista local, pero ante la expectativa de viajar fuera, se había frustrado.

—También, también. Tenemos una muy buena en Villa del Mar, que además hacen buen negocio vendiendo suplementos y proteínas a los presos, ya que lo meten más barato.

—Y nos pedirá analíticas, supongo.

—Cada tres meses, aunque yo creo que debería de hacerlas cada mes. Allí hay equipos con muy buen físico, tengo uno de un turno que están los cuatro a punto de jubilarse, y tres de ellos están en forma, que salen a correr juntos y todo, y el otro que sí, está bastante gordo, se encarga de controlar las cámaras... ¡y no veas que bien funcionan!

Aquello volvía a chocar con lo que él había dicho previamente. Antes, su versión era que la mayoría de funcionarios estaban muy dejados, «más gordos que él» según sus propias palabras, y que necesitarían de alguien que los pusiera en forma.

—Al final tú tendrás que formar los equipos con el hijo del ministro, que es un chaval muy majo y agradable, muy buena persona.

«Desde luego», pensó Carlos. «Muy majo tras tener un accidente a más de doscientos y a saber en qué condiciones de alcohol y drogas».

—¿Y cuánta gente son?

—Pues unos nueve.

—¿Todos entran igual que yo? Quiero decir, así a dedo.

Gabriel se quedó pensativo.

—Umm... siete de ellos sí. Ahí están los remeros que creo que conocías.

—Sí, los gemelos. Muy buena gente, por lo que he tratado con ellos. ¿Y los otros dos?

—Chavales jóvenes que entraron hace poco. Vosotros tendréis que ver cómo repartirlos bien, teniendo en cuenta los puntos fuertes de cada uno. Ya sabes... tú tienes que ser el hombre de confianza del hijo del ministro.

«La niñera», pensaba Carlos cada vez que escuchaba hombre de confianza. «Pero bueno, si me llevo ese “sueldazo” por mantener tranquilo al niño de papá, bienvenido sea».

El resto de la conversación, Carlos la utilizó para intentar sacar información de Gabriel que hiciera creíble su puesto de trabajo. El supuesto funcionario se dedicó a contar las batallitas que tanto le gustaba narrar, cómo la de «El Espalda Gris», un prisionero rumano de dos metros y ciento veinte kilos de peso que generalmente causaba problemas, cómo largarse de fin de semana y llegar una semana tarde, ante lo cual la directora del CIS de Puerto Victoria no quería tomar medidas por miedo.

—Con lo que sea, yo te aviso, a ver si vienen el viernes para firmar ese día y el lunes nos vamos.

—Ellos tendrán dónde quedarse —le inquirió el muchacho cuando se iban ya a despedir.

—Sí, claro, ellos tienen casas y de todo por aquí. Y estaban mirando un apartamento cerca de la cárcel para el chaval, que sus chalets están en la zona pija de Puerto Victoria. Bajaréis en tres coches, y tú irás con él, así os vais conociendo.

La rutina de hablar con María y con Beatriz, en ese orden, se repitió aquel trece de mayo. A Carlos no le gustaba lo que había oído, estaba lleno de contradicciones, así que finalmente, junto a María, llamaron a Martes dispuestos a intercambiarse información.

—¿Sí, dígame?

—¿Martes? Soy María, la doctora.

—Buenos días María, ¿qué tal todo?

—Bien, bien. Te llamaba para ver qué sabías tú de Gabriel y de todo el asunto...

—Había quedado en pasarse hoy por aquí, pero me ha llamado antes para decirme que hoy no iba a poder y que venía mañana, ¿por?

—Porque ha estado antes con mi hijo, y nos huele bastante raro todo ya.

—Yo discutí con él el otro día.

—¿Y eso?

—Me llamó el lunes primero a mí, y luego otra vez ayer a mí, a Antonio y a Andrés para pedirnos más dinero, y le dijimos que eso no podía ser.

Aquello había sonado muy mal.

—¿Cómo más dinero?

—Sí, que si otros ciento cincuenta euros para no sé qué de los cursos que teníamos que hacer en Madrid. Y ya le dimos otros trescientos por febrero o así cuando nos dijo que tendríamos que bajar a la capital, ya que a nosotros tres nos iba a hacer encargados.

—A mi hijo no le ha pedido más dinero... ¿y qué le habéis dicho?

—Pues verás, esto nos lo pidió ayer, pero no se lo vamos a dar. Total, si hace dos semanas nos íbamos a ir a Madrid de forma inminente... ¿por qué necesita ahora más dinero para lo que sea, si en teoría estaba ya todo resuelto hace días? Yo creo que nos está chuleando.

—Claro, tienes razón. No suena muy bien, no... ¿y por eso has discutido?

—Eso ha sido después, discutimos en la llamada del lunes que te decía. Le llamé porque ya estaba «hasta los cojones», porque tengo obras que si empiezo no puedo coger y dejarlas cuando él quiera, y se lo dije, que creía que era un mentiroso y que nos estaba chuleando, y que o iba para adelante o me devolviera mi dinero.

—¿Y qué te dijo?

—Que si le estaba amenazando.

—Y se puso a la defensiva.

—Sí. Yo creo que nos ha tangado para quedarse con el dinero, y se ha aprovechado de Leonardo que es su amigo para ello. Pero yo no puedo hacer nada, que tiene mi matrícula, mi ubicación... y tengo familia e hijos.

No quiero saber qué medidas puede adoptar contra ellos.

Algo sabía Martes que no les estaba contando, porque previamente, había dicho que de ser mentira le partía las piernas.

—Al final le tendré que «dar de hostias» —exclamó Carlos, fruto de su mal humor y enfado.

—Bueno, tú no tienes nada que perder, que no tienes familia —dijo Martes.

—¡Eso ni hablar! ¡Te jodes tu futuro! Que quieres ser policía y si te denuncia se te acaba el chollo. Tú ponte a estudiar y a ver cómo evoluciona todo —le dijo su madre.

—¿Y qué os extrañaba a vosotros? —preguntó el fontanero.

—Pues... todo en general. Al chiquillo le ha estado diciendo que si historias tuyas, que si iba a un lado, al otro... se conoce muy bien el manejo de una cárcel por dentro, pero bien podría haber estado interno o ser un loco. Pero dónde antes decía digo, ahora dice Diego, no sé si me entiendes —respondió María.

—A mí me pasa que cuando estoy con él todo es súper creíble y parece verdad, pero luego lo pienso en casa y analizo su actitud, y es que no lo entiendo.

Poco más se dijeron. Cuando colgó, madre e hijo hablaron.

—¿Qué te parece? —preguntó Carlos.

—Que algo sabe y se ha cagado. ¿Recuerdas que antes decía que le «daba de hostias», y ahora ha intentado incentivarte para que lo hagas tú?

—Bueno, solo hizo un comentario... yo no lo interpretaría así. Pero me he dado cuenta de lo que dices. Yo también creo que oculta algo.

—O simplemente tienen miedo. Y lo de pedirles más dinero... huele muy mal.

—Pero a mí no me lo ha pedido.

—Porque sabe que no te lo puede sacar ya que no estás trabajando, pero a estos sí. A ver qué pasa mañana cuando se reúna con ellos.

—¿Y si llamo a Gabriel directamente y le pregunto? O a Leonardo.

—A Leonardo mejor déjale tranquilo, y a Gabriel. ¿Para qué? ¿Para que te cuente otra milonga? A ti de momento no te ha pedido nada, así que déjalo estar.

—Tienes razón. Igual solamente es un pulso entre ellos.

—Vete tú a saber si cuando le dije que «si le estaba amenazando», no se ofrecieron de hostias de verdad, y por eso mismo es un pulso entre ellos. De momento a ver qué nos dice mañana.

Y pasadas veinticuatro horas, Martes les llamó a ellos. La conversación fue breve, básicamente le habían dicho a Gabriel que no iba a ver más dinero por su parte, y él les dijo que no dependía de él, sino del ministro, y que tendría que hablarlo con él el fin de semana y ya les diría.

—Aprovechará esto como excusa para ganar más tiempo —le dijo su madre.

—Sí, mejor me olvido de irme el lunes.

—Pero recoge el cuarto porsiacaso. No lo dejes todo para última hora.

Cosa del destino, o de la casualidad, Carlos siguió sin recoger su cuarto, pero el viernes no supo nada, y el lunes tampoco, así que decidió llamar de nuevo a Gabriel.

—Perdona, que se me ha olvidado decirte. No han podido subir por no sequé prueba que dura un día que le tienen que hacer mañana al chaval. A ver si para el sábado podemos firmar y os vais el lunes, calcula un par de días desde la firma.

Y al día siguiente, volvió a llamar, para preguntar a María sobre el nombre de la posible prueba que le iban a hacer al hijo del ministro.

—Yo creo que te ha utilizado —la dijo Carlos.

—¿Por?

—Para apuntarse el nombre de la prueba e ir contando la milonga al resto. ¿No conoces a nadie que pueda investigar sobre él?

Martes les había dado el apellido del susodicho. Carlos, gracias a las redes sociales, había sacado todas las líneas de parentesco del hombre, los datos de su hija, su cuenta de Facebook, vivienda... pero nada relacionado con su ocupación laboral, nada que lo vinculara con la prisión de Villa del Mar.

Lo más cercano a eso, varias órdenes de embargo y denuncias por impago que salían en los boletines oficiales. El asunto no hacía más que oler peor.

—Tengo... tengo una amiga —dijo María.

—Yo también, más de una. ¿Eso en que puede ayudar?

—No seas «mamón», que parece que te parí tonto. Una amiga de una amiga mía tiene un amigo que es policía local en el municipio de Gabriel, que me debe un favor por unas cosas del año pasado. Tal vez pueda averiguar algo.

—Me parece buena idea.

Era martes, diecinueve de mayo de dos mil veinte, cuando María contactó a la amiga de su amiga. Las noticias internacionales daban algo de esperanza a Europa, con unos planes de ayuda esperanzadores por parte de Francia y de Alemania, y con buenas noticias sobre el desarrollo de las vacunas contra la covid-19. Los políticos seguían divididos, vendiendo su alma para intentar mantener a toda costa un estado de alarma, «total... ¿para qué?», pensaba Carlos. «¿Por qué dividir tanto a la gente entre la izquierda y la derecha, si el mundo es redondo?».

Las terrazas de los bares, que habían adoptado las medidas pertinentes, estaban llenas, y la gente aprovechaba a socializar tras dos meses prácticamente encerrados. El muchacho recordaba cómo semanas antes, él y Lucas salieron a correr y se encontraron con una gran mayoría de «nuevos runners» que aprovechaban la excusa del deporte para salir de su casa, los mismos que ahora se asentaban en los bares, defiende a capa y espada al pequeño sector hostelero frente a las adversidades de la economía catastrofista.

—¿Sí? Hola María. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito que me hagas un favor. ¿Podría decirme ese amigo tuyo si sabe algo, o mirar algo sobre un tal Gabriel Lomo Castillo?

—¿Gabriel Lomo Castillo, has dicho?

—Sí.

—Espera que apunto y se lo digo.

Carlos no estuvo muy atento al resto de la conversación, ya que no le interesaba. Solo podían esperar.

José le envió un mensaje para ver si al día siguiente él y Lucas querían ir a comer a su casa. Desde el encierro, no habían vuelto a ver a su padre, y la tensión por lo sucedido en Navidad aún estaba presente.

—Haced lo que queráis, pero tomad las medidas de seguridad

adecuadas —les dijo su madre.

Durante la cuarentena, Carlos había reflexionado mucho sobre su padre. No estaba de acuerdo con muchas de las medidas que él había adoptado con sus hijos, especialmente el último año, pero poco podía hacer.

Tenía que aceptar que su padre era lo que era, y podía ofrecerle lo que le estaba ofreciendo, verse de vez en cuando, comer juntos, y tomar un café y charlar. O aceptaba que su padre era así, o renunciaba a él.

Y había elegido aceptarlo. La charla que tuvo hace mucho tiempo con Beatriz, dónde ella lo aconsejó, se había sumido en las tinieblas debido al enfado que el muchacho llevaba consigo, pero hasta esas llamas se enfriaron en la prisión de la cuarentena, y ahora comenzaban a germinar las raíces de la resignación.

Tal vez podrían empezar de cero y olvidar aquella vorágine de sombras que los había distanciado los últimos años. No merecía la pena guardarlo rencor, al fin y al cabo, era su padre, y Carlos estaba convencido de que los quería, pero quizá no sabía demostrarlo. Después de aquel choque, esperaba que él abriera los ojos y las cosas entre los dos pudieran volver a ser como antes.

El tiempo le daría la razón, pues meses después, en los instantes más oscuros, su padre estaría ahí, junto a él, cuando más lo necesitaba.

Así que fueron a reunirse con él. Saludarse era algo incómodo, después de tanto tiempo, y más aún en las condiciones de salud en las que se encontraban, ya que ninguna de las dos partes sabía de dónde podía venir la opuesta. Cuando llegó su madrastra, se cambió de ropa siguiendo el protocolo de seguridad, ya que volvía de trabajar en los laboratorios del hospital universitario de Puerto Victoria.

La velada transcurrió con normalidad y tranquilidad, con las preguntas típicas de aquellos que llevaban tiempo sin verse.

«¿Qué tal estos meses?».

«¿Qué tal tu abuela?».

«Tu madre estará muy agobiada con todo esto del coronavirus».

Carlos no quiso contar a José nada sobre el caso Gabriel. Temía que su padre pudiera conocerlo por alguna persona con la que alternara cuando salía a tomar algo, y que el sujeto pensara que se iba hablando de él por las

espaldas, o incluso que un amigo del mismo, guardia civil, entrara en alguna base de datos y dejara información rastreable sobre el asunto, pudiendo complicarlo todo.

Tras la comida, charlaron de sobremesa mientras veían la televisión. A su padre le encantaba un programa de temática de concurso que llevaban dos décadas emitiendo en el segundo canal, así que siempre que podía verlo, lo ponía.

Tras un rato, los dos hijos se marcharon. Tenían recados que hacer junto a María esa tarde, así que serían poco más de las cinco, cuando llegaron ambos a casa, pero para su sorpresa, su madre no estaba allí.

—¿María? —preguntó Lucas.

Pero no hubo respuesta. Ambos buscaron en las habitaciones, pero lo único que encontraron fue a su perra yaciendo en la cama de Lucas, ocupando de lado a lado el lugar de sueño del menor.

—¿Te dijo algo mamá de si iba a ir a algún sitio o algo? —preguntó Lucas a su hermano.

—No sé... no me acuerdo. Quería ir de compras ahora por la tarde, pero no sé más.

—Sí, quería ir a comprar a Carrefour, pero no me va a dar tiempo porque tengo clase de inglés.

Era cierto. A Lucas le habían adelantado las sesiones «*on-line*» de inglés, así que tendría que ir Carlos solo con su madre a comprar, pero lo primero sería encontrarla.

—Voy a llamarla, a ver... —dijo el mayor de los hermanos.

A los pocos tonos, dio señal.

—¿María?

—Dime hijo.

—¿Dónde andas?

—Estoy en casa de Leonardo, con él y su mujer. Baja.

Por suerte, el muchacho aún no se había descalzado, así que con la misma, dejó a su hermano disfrutando del ordenador durante el tiempo de libertad que le quedaba y bajó junto a su madre y sus vecinos.

El trayecto en ascensor fue breve, y por suerte, no demasiado incómodo al no tener que compartirlo con ningún foráneo, aunque pensándolo bien,

aquello tampoco era posible en dadas las circunstancias.

Tras timbrar a la puerta, Leonardo salió a abrirla.

—Pasa, pasa. Ven aquí, a la cocina, que es donde estamos todos.

Allí estaban sentadas María y Ana. Tenían una mesa de un tamaño estándar, pegada a la pared, que desplazaron hacia la mitad de la estancia para que pudieran sentarse todos. Su perra, de una raza que le gustaba mucho a Carlos, salió corriendo a saludarlo. Era un animal muy cariñoso y juguetón.

—Pues aquí estamos, que está tu madre contándonos las novedades — dijo su vecino.

—¿Qué ha pasado?

La pregunta de Carlos venía motivada por la incertidumbre. No había vuelto a saber nada de Gabriel, y su madre no le había llamado.

—Recuerdas al amigo de la amiga de mi amiga, ¿no? —le preguntó María.

—Sí. Ya sabes que no le pongo cara... creo que ni conozco a tu primera amiga, pero sí.

—Pues me ha llamado antes para hablarme sobre lo que le pregunté ayer.

—¿Y bien...?

—No creo que te pille por sorpresa, pero atento.

—Es que se veía venir, ¡se veía venir! —dijo Ana.

—Deja que se lo cuente a su hijo —la interrumpió su marido.

—Pues dime, ¿qué te dijo?

—La situación debió de ser que nada más decir el nombre de Gabriel Lomo Castillo en la comisaria, ya empezaron a gritar sus compañeros en voz alta.

—Vale mamá, ¡pero ve al grano! ¿Qué gritaron?

Carlos intentaba disimular su nerviosismo, pero no era del todo posible visto lo visto.

—«¿Ese? Ese no tiene oficio ni beneficio».

—¿Textualmente?

—Sí, también que ya habían oído que iba diciendo por ahí que podía meter a la gente a trabajar en Villa del Mar, pero claro, tú al aceptar ese

trabajo también estás cayendo en delito...

—Igual por alguien que fue a comentarlo, supongo.

—O porque la hermana de ese señor trabaja en el ayuntamiento de Montebosco de limpiadora, y ha debido de ir cascándolo por allí también.

—¿Y nada más?

—Sí que hay más, sí —dijo Ana.

—Básicamente que es imposible que ese señor sea funcionario de prisiones, siquiera funcionario. Todas esas historias de que estuvo de infiltrado... patrañas. Lo más probable es que fuera un interno por algún delito, ya que sin decirme exactamente cuales, sí que tenía un historial delictivo. Lo más leve son los impagos y las denuncias porque debe de tener una finca con los animales sueltos, que se escapan —le dijo su madre.

Carlos pestañeó dos veces.

—Yo aún no me lo puedo creer. Con lo que ha sido su familia para mí... ¡sus padres vinieron a nuestra boda! Y su hermano... toda la vida trabajando conmigo en la construcción. Muy buena gente, la hermana también —dijo Leonardo.

—Pero la gente cambia, llevabas muchos años sin verlo —le dijo su mujer.

—Pero estamos hablando de un cambio radical, que trabajaba él también en la construcción, y ahora estamos hablando de toda una película que tiene montada en su cabeza para estafar. Y aprovechándose de mí para que le busque la gente... ¡con lo que ha sido su familia para mí, que su madre nos preparaba los bocadillos, que vivían al lado de donde teníamos la oficina en Montebosco! —repetía Leonardo visiblemente enfadado.

—En diez o quince años pasan muchas cosas. Igual se ha visto necesitado y ha tirado de los cercanos para dar el golpe, mira a los yonquis que matan a sus propios padres si es necesario. O eso, o es un enfermo psiquiátrico... —dijo María.

—Es que tú no sabes cómo le han tratado los años todo este tiempo, mira qué casualidad que se encuentre contigo tras tanto tiempo y te venga con esa idea de negocio. Que eran ocho al principio y al final ha sacado como a veinte —le decía su mujer.

—Yo lo hice con toda la buena intención del mundo, que conste. Gente

así, a la que podía hacer un favor para toda la vida, arreglársela a los que lo necesitaban. No creo que haya sido tan hijo de puta de aprovecharse así de mí.

María levantó el cejo y apretó el labio, acompañando al movimiento de sus hombros, dándole a entender que «así eran las cosas».

—Un policía no va a mentir —le dijo a su vecino.

—Es que... espero que esté equivocado, porque cualquier día cojo el camión y me presento allí que ya me tiene muy caliente.

—¿Allí? —preguntó Carlos.

—Tiene una finca en las afueras de Montebosco, pero vive en el centro del municipio en la casa de su suegra, junto a su mujer. En cualquiera de los dos sitios me vale.

—Y... ¿cómo fue cuando te planteó a ti todo esto? —le volvió a preguntar el muchacho.

—Pues no fue el primer día, igual al segundo o al tercero. No vino todos de seguido, eso sí. Estaba yo tomando algo ahí en El Voltijo con Diego, que ya sabéis que él y su hermana también están metidos, cuando pasó por allí, y le dije «ostia Gabriel, cuanto tiempo. ¿Por qué no te paras a tomar algo?». Y vaya que si se paró... ¡en buen momento viendo todos los problemas que está dando! Y nada, a los dos días que le pregunté que qué tal le iba con la construcción, me salta que ya no trabaja ahí, que está de funcionario de prisiones, y así se quedó la cosa. Al día siguiente o al otro fue cuando me dijo que le habían mandado buscar gente... y el resto ya lo sabéis.

—Sí, que él había entrado hace muchos años porque trabajaba para el actual Ministro del Interior, creo —dijo Carlos.

—Un día me dijo que «ese era su jefe», refiriéndose a uno que salió en la televisión mientras tomábamos algo, pero cuando me giré ya había cambiado la imagen.

—Sí, ya me imagino... a saber siquiera lo que salía en la televisión. Pero lo que él va insinuando es eso, aunque a veces habla de forma muy vaga, desdibujando las competencias que lo atribuye. Yo he estado buscando información... y lo único es que el actual Ministro del Interior no puede ser porque no tiene hijos. Es homosexual.

—Entonces... vete tú a saber a quién se refería.

—Con las competencias que le da... solo puede ser eso. Y unido a lo que ha sacado el policía, huele muy mal.

—Ayer estuve dando un paseo con Manolo por Montebosco, donde yo creía que tenía la finca, y no la encontramos, pero vimos a un señoruco del pueblo, ya mayor —interrumpió María.

Los otros tres la miraron expectantes.

—¿Y qué dijo? —la preguntó su hijo.

—Que hacía mucho que no vivía por allí, solamente que tenía la finca subiendo por el monte con todos los perros sueltos, y que iba desde por la mañana allí a pasar el día con la mujer.

—Sí, sí, la finca que os decía, que debe de tener los perros sueltos y mínimo un caballo. Hace no mucho tuvo problemas porque el perro mordió a uno, pero porque se había intentado meter allí.

—Pues no debió de ser así exactamente, me da a mí. Más parece que los perros se le escapan fuera porque no los tiene muy cuidados. «Es muy mala persona», decía el señor, y al preguntarle que si sabía a qué se dedicaba, me decía lo mismo que el policía, que a nada, que no tiene oficio ni beneficio.

Leonardo seguía incendiándose por momentos. No era capaz de asumir lo que estaba escuchando.

—Bueno, un señor del pueblo... ¿qué va a saber? Puede equivocarse.

—Un señor del pueblo, un policía... que no, que no, que esto es una estafa y te la ha jugado. Nos la ha jugado a todos —le dijo María.

—Es que sabe que lo mato como sea cierto —repetía Leonardo, incrédulo.

—¿Pero no lo ves, amor? Se ha aprovechado de la amistad que tiene con nuestra familia. Lo mal que lo llevo pasando yo durante todos estos meses, con pastillas para la tensión, para dormir... todo por mi hijo. ¡Y mira tu pobre sobrina!

Las palabras de Ana no hicieron sino encenderlo más. La cara del hombre formó una constelación mientras pensaba en lo mucho que había estado sufriendo su mujer los últimos meses, un sufrimiento justificado ante una finalidad mayor, la de su felicidad sostenida al saber, al igual que María, que su hijo estaba «colocado» para toda la vida.

—Mi sobrina... ¡casi cuatro mil euros que la ha sacado el cabrón de él!

—¿Cuatro mil? —dijeron al unísono madre e hijo sorprendidos.

—Sí, aparte del dinero en sí de la finanza, tenía unos problemas de que había vendido un coche y no se lo habían pagado y la justicia estaba atascada, y él decía que por otros tantos miles de euros podía convencer a la jueza —dijo Ana.

—Y por supuesto, del dinero del coche nada —dijo María.

—No —respondió la otra mujer.

—Menos mal que mi otra sobrina y el marido no estuvieron interesados —pensó en voz alta Leonardo.

—Pues sí, menos mal... cuatro mil pavos... —respondió en voz baja la madre del muchacho.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Carlos.

—Vamos a esperar. El que le mata los «chones» iba a pasarse por donde el carpintero esta tarde, así que a ver que nos dice, que en teoría son bastante íntimos ellos dos... pero hasta él duda, me decía Diego. Que le había preguntado a él que si creía que esto iba a ir hacia delante —respondió su vecino.

—¿Y no vas a investigar nada? —le dijo su mujer.

—A ver si te crees que no llevo meses haciéndolo. Yo he tomado nota de todo lo que ha dicho y de cómo actuaba, cuando salía de un lado a otro, cuando le llamaban de allí y tenía que irse... de todo. Si tengo que investigar, me paso directamente por casa de sus padres a ver qué tienen que decirme, para que me lo digan a la cara, de frente.

Y así dejaron estar las cosas. Madre e hijo tuvieron que irse porque se les hacía tarde para ir a los recados. Carlos, bastante caliente, insistía en pasarse a buscar la casa de Gabriel para decirle cuatro cosas a la cara y recuperar su dinero, pero su madre no quería que se metiera en problemas.

—¡Las manos en el bolsillo! No puedes hacer nada y lo único que vas a conseguir es joderte la vida. ¿No ves que es lo que está buscando? Ese tío tiene anotadas hasta las hostias que le van a dar para sacar dinero por ello —le decía.

—¡Me da igual! Con lo que cuesta ganar ese dinero... ¿vas a dejar que se salga así con la suya, en tu puta cara?

—No he dicho que vaya a dejarlo, pero tú no puedes meterte. Lo mejor

es que te olvides de ello y te centres en tus propias oposiciones. No voy a dejar que un gilipollas te joda la vida.

—¿Tú estás segura de que es falso, no?

—Totalmente. Pero totalmente. Ese cabrón conoce a alguien en la cárcel, o él mismo ha estado allí, y por eso sabe tan bien cómo conoce todo.

—Pero le hemos ido pillando en varias cosas... y por eso hemos investigado, claro. ¿Vamos al menos a localizar su finca? Ahora que tenemos más datos...

Su madre se lo pensó, y ante la insistencia de Carlos, accedió. El lugar estaba más lejos de lo que creía, pero pasaron con el coche y comenzaron a mirar.

Había bastantes casas de campo, dispersas, fusionando la arquitectura de aquellas más tradicionales con otras de inspiración más moderna, típicas casas de revista habitadas por jóvenes parejas felices, en ocasiones, junto a sus hijos. Y en lo alto del monte, había una especie de cobertizo bastante grande rodeado de animales.

—Vamos a acercarnos un poco más, pero sin bajar del coche —dijo María.

Desde el vehículo, se acercaron a una pequeña iglesia, antigua, de aspecto rural. Desde allí se podía ver mejor. Había al menos un caballo, gallinas sueltas, y muchos perros grandes, tal y como les había advertido Leonardo.

—Tiene que ser esa —afirmó Carlos.

Intentaron acercarse más con el coche, pero no se podía. Una gran cuesta separaba a aquellos que ansiaban llegar al fondo del asunto del lugar dónde se hallaba la información. El camino era estrecho, y estaba en malas condicione. Difícilmente entrarían dos vehículos si otro decidiese bajar.

—Hasta aquí hemos llegado. No podemos avanzar más —dijo algo frustrada la madre de Carlos.

—Mira, ¡fíjate en eso!

Desde aquella perspectiva, más o menos se podía vislumbrar con claridad a los animales. De forma organizada, estaban entrando dentro del cobertizo, cuyas paredes eran metálicas y tenía forma rectangular.

—Hay alguien allí —dijo María.

—¡Pues vamos!

—¡Ni se te ocurra! ¡No entres nunca ahí! ¿No ves que ese es su terreno? A saber que herramientas o utensilios puede tener ahí de tratar la tierra o los animales. Incluso podría tener escopetas.

—Tienes razón... ¡pero tenemos que hacer algo!

—Con calma, Carlos. Estas cosas van poco a poco.

Al volver a su hogar, el muchacho salió a correr con su hermano. Hacía un día estupendo, y tras tanto tiempo de encierro, merecía la pena aprovechar aquella ficticia libertad, la misma que camuflaba que las cosas, tras el coronavirus, no volverían a ser las mismas.

Pasaron los días, y con ellos la semana, sin más noticias de Gabriel. Carlos se había decidido a adquirir los apuntes necesarios para su oposición y comenzar con ella el uno de junio, poniendo fin a esta historia, pero lo primero era aclarar las cosas con el supuesto estafador.

Aunque pensándolo bien... ¿qué podría aclararse? Si aparentemente todo estaba claro. La policía no mentía y las pintas que llevaba ese señor no eran las propias de un hombre de ley.

Además, hablar con esa facilidad sobre las agresiones policiales dentro de la cárcel a los propios presos, por merecidas que fueran en base a las circunstancias que narraba, no daba una imagen muy buena de él o de la institución. ¿A quién quería mentir? ¿Quería seguir engañándose a sí mismo? Hacía demasiado tiempo que lo tenía todo claro.

Llevaba seis meses haciéndolo, esperando ver un rayo de luz al final del túnel simplemente porque le convenía, creyéndose una historia que nunca le había convencido.

Y ahora comenzaba a verlo, pero no era del tono que esperaba. Al final del túnel, no había un paraíso, ni ningún espacio abierto bañado por el Sol. Más bien, había una habitación oscura, un cuartucho de conserje iluminado por la tenue luz de una desnuda bombilla que colgaba del techo.

Era una oportunidad para comenzar de nuevo. Pensándolo bien... ¿no era un poco triste pasarse toda la vida en una prisión, sin delito alguno?

Aunque la perspectiva de ser el carcelero parecía, en teoría, ser más emocionante. Lo convertiría en el último baluarte contra el mal, el férreo defensor del pueblo que, para evitar un mal mayor, se condenaba a sí mismo

evitando que los criminales camparan a sus anchas.

¿Pero era aquello lo que quería?

¿Por qué había elegido intentar ser policía en lugar de carcelero?

Por ayudar a la gente. ¿Acaso no la ayudaría encargándose de los presos? Al fin y al cabo, eran personas. La gente acababa en la cárcel por muchos motivos, y pocas eran las ocasiones en que fuera por acumulación de méritos propios.

Algunos cometían actos horribles. Asesinatos, violaciones... Carlos odiaba a esas personas, a los psicópatas de sangre fría que llegaban a destruir así la vida de los que los rodeaban simplemente por interés propio, para saciar sus perversas curiosidades y oscuros deseos.

Pero también había gente que se equivocaba. Personas que podrían merecer una segunda oportunidad, o una primera si nunca la habían tenido. Alguien que creyera en ellos.

Pero aquello no era lo que quería. No era tan tonto como para renunciar a aquel trabajo, pero no era el camino que habría elegido en su libre albedrío, y... ¿acaso tenía algo más que eso?

La capacidad de poder elegir lo era todo. Desde que era pequeño le habían dicho que podía ser lo que quisiera, hacer lo que quisiera, dedicarse a cualquier cosa. Y a él le gustaban los dinosaurios.

Pero no podía ser un dinosaurio. Aceptar aquello, supuso el fin de su infancia, someterse a la fría tortura de que sus padres le habían mentido desde que nació, ya que uso de razón, creía haber comenzado a tener poco tiempo antes.

Todo para acabar estudiando un bachiller de ciencias, una carrera de letras, y mil cursos de temáticas bien diferenciadas. Era una persona curiosa, pero al menos, la carrera lo acercaba hasta cierto punto a los dinosaurios.

Y todo para tener que enfrentarse a la decisión de elegir si quería ser profesor o policía. «¡Pero solo se vive una vez!», pensaba. Al menos, en Internet no había demasiadas evidencias no esotéricas que demostraran lo contrario.

Carlos siempre había creído en su propio sentido de la justicia, y aquello podía llegar a ser peligroso cuando las leyes chocaban con esos ideales,

pero convertir la imperiosa necesidad de trabajar un mínimo de cuarenta horas semanales en lo más parecido a su vocación emocional, podría ser una forma eficiente de asumir la condena que conlleva incorporarse al mundo laboral.

Policía. Estar en las calles, ayudar a la gente que lo necesitaba, a las buenas personas a las que les ocurren cosas malas, detener a los malos, y con un poco de suerte, evitar morir en un atentado o en un tiroteo. Era barato soñar, al menos tenía que pagar menos de lo que había pagado a Gabriel, seiscientos euros que habría que ver si ahora podían recuperar María y él.

El lunes por la mañana, con el avance de la desescalada, Gabriel lo llamó. Serían las nueve más o menos.

—Buenos días Carlos. Voy a acercarme ahora por allí, baja donde Diego.

—Claro, ¿me da tiempo a ducharme?

—Sí, con calma, no te preocupes. Nos vemos.

¿Para qué los había citado? ¿Para seguir con el juego?

No le quedaba más remedio que bajar para averiguarlo. Tras una ducha rápida, se acercó a la carpintería. Gabriel no estaba aún, y el otro hombre estaba trabajando en una pieza.

—Buenos días, disculpe... ¿es usted Diego? —preguntó Carlos. Ya sabía la respuesta, pero no se habían presentado formalmente.

—Sí, soy yo.

—Yo soy Carlos. Gabriel me ha citado aquí ahora, contigo.

El hombre se quedó extrañado. Era mayor, de pelo corto y canoso, con unas entradas muy marcadas, relativamente delgado pero no muy alto. No debía de haberlo llamado Gabriel a él.

—Pasa si quieres.

Menudo alivio. El sol golpeaba con fuerza, y aquel calor no complementaba muy bien con la mascarilla de Carlos.

Fueron unos minutos bastante incómodos hasta que Gabriel se hizo visible, recorriendo la pequeña cuesta que llevaba a la carpintería. Cuando estaba a punto de llegar, un coche que bajaba le pitó.

Había una pareja de hombres mayores, latinos, de apariencia peruana,

pero desde aquella distancia no podía Carlos fijarse bien.

—Sí, vengo aquí que a estos también los voy a meter a trabajar — escuchó que decía a los individuos.

Tras intercambiar unas pocas frases, Gabriel se encaminó hacia ellos, hacia su característico movimiento facial, que emulaba al de un famoso acostumbrado a ser detenido por sus fans en la calle.

«¿Si el proyecto del funcionario fuera cierto, pero no saliera hacia delante por culpa del Ministro del Interior, cómo podría acabar siendo policía si su jefe supremo iba a ser el mismo? Aunque los ministros van y vienen». Él se debía a la gente, no al gobierno.

—Perdonen, que me han parado estos un momento —dijo Gabriel iniciando la conversación.

Diego paró lo que estaba haciendo y se acercó a ellos. En esta ocasión, los tres hombres no formaron en triángulo cómo en la reunión con Leonardo, sino que Diego y Carlos se quedaron a un lado, y frente a ellos, el presunto estafador.

Los dos hombres se quedaron en silencio, esperando que Gabriel tomara la palabra para dar explicaciones.

—Os pido que me esperéis como muy muy tarde hasta el martes que viene, y contad conque dos días después tenéis que ir a Madrid —comenzó a decir.

—¿Ya qué se debe en esta ocasión? —preguntó Diego.

—Lo de siempre, el muchacho este, que está que si sí que si no con el alta. Le tienen que repetir la prueba esa que me dijo tu madre, que aún no han podido hacerlo, así que a ver si es hoy o cuando.

—¿Y hasta la semana que viene nada? —preguntó Carlos.

Tenía que contenerse. No podía acusarlo de nada, ni buscar el enfrentamiento directo. Debía de hacer caso a María por muy impulsivo que fuera él.

—Esta vez es seguro, ¡hazme caso! La semana que viene lo tenéis seguro.

—¿Y si no, qué? Porque siempre es «la semana que viene», pero esa semana nunca llega —le respondió el muchacho.

—Esta vez tiene que ser, él me ha dicho que el viernes como muy tarde

se lo hacen y el sábado suben, en cuyo caso el domingo os vais. Pero yo os digo que como muy tarde el martes, que el propio Martes me ha dicho que tiene que empezar la obra de una cocina y le estoy pidiendo por favor que espere un poco antes de hacerlo porque no puede dejarla a medias ya que os vais ya de ya.

—¿Van muchos más chavales? —preguntó Diego.

—El más joven es este, Carlos. Luego hay alguno más metido pero ellos no van, como los remeros, que el otro día estuve con ellos. Ya me dijeron que os lleváis bien, y los dos me habéis dicho que la otra parte es buena gente, así que eso es perfecto —dijo Gabriel.

—¿Y los otros, cuando empiezan a trabajar?

—La semana que viene, si firmáis el martes, a los dos días ellos entran en Villa del Mar, y los otros en el CIS de Puerto Victoria, así el miércoles les enseño a cada uno lo que tienen que hacer y las instalaciones y vosotros tenéis ese día para prepararos. Y por favor, ¡no llaméis a Leonardo, llamadme a mí! Que el hombre me está venga a decir que ya está harto del tema, y por eso no me acerco por aquí a tomar nada.

Carlos y Diego se le quedaron mirando con cara de pocos amigos.

—Bueno, yo me voy que tengo que llamar a Vanesa, que me había dicho el de Madrid que me acercara a decírselo en persona, ¡pero vive «a tomar por culo»! Así que la llamaré. Tened un buen día y ya vamos hablando.

Dicho lo cual, Gabriel se marchó, y ya que había gente esperando para ser atendida por el carpintero, Carlos subió de vuelta a su casa.

Otra vez tener que repetir palabra a palabra, fijándose en la importancia de la interpretación ya que si no podía inducir a un error, intentando ser fiel a lo que el hombrecillo había narrado, sin dejarse cabos sueltos, buscando el punto débil en los nudos de aquella miríada de supuestas mentiras cada vez más confirmadas como tales.

—¿Y si llamo a los remeros? —dijo Carlos a un momento dado de la conversación.

—No sé si será una buena idea —le respondió su madre.

—Ya... pero poco hay que perder, si los dos tenemos claro que es mentira. Y él me los ha mencionado a mí, y yo a ellos. Recuerdo hace

meses... estaba yo paseando al perro, de noche, cuando me encontré con Susana, mi amiga, mi antigua compañera de trabajo. Resulta que ella está saliendo, o estaba, con uno de los gemelos, y la he pedido su número a ver.

—Pero no les digas que la policía nos ha dicho nada.

—No, creo que lo mejor es tantearlos y ver si sacan sus propias conclusiones. Igual ellos saben algo que nosotros no.

—Me parece bien. Yo voy a llamar a Martes, ya que acordamos estar en contacto.

Aquella mañana intentaron dejar resueltos ambos asuntos. Susana tardó un poco en enviar el número a Carlos, y ella no sabía mucho más sobre el tema, ya que ellos dos habían roto. El muchacho la tenía mucho cariño, ya que ella era algo menor que él, y casi desde el principio habían hecho buenas migas como amigos.

Era una lástima que ella no pudiera decirle más.

—Lo único que sé es que a Marcos se lo dijeron delante de mí. Y a mí también me lo propusieron, pero rechacé aquella oferta. ¡Mira tú, seiscientos euros! Me olía fatal en todo momento. Pero vamos, que a ellos se lo debieron de decir por octubre, mientras tú estabas en Madrid —le dijo su amiga.

—Pues a mí, ya te digo, el treinta de noviembre, nada más dejar el otro empleo para estudiar. Me llevó tantas semanas tomar la decisión, porque claro, es muy difícil llegar a final de mes y no ver unos ingresos que te dan para todos los vicios que quieres... pero pan para hoy, hambre para mañana. Y una vez que acepto mi nueva realidad, mucho más austera, me concienso para estudiar, miro academias... me llama mi vecino al teléfono. Y mira que a mí me ha olido mal siempre, pero claro, a Leonardo ya le conocemos de hace muchos años, y viniendo recomendado por él...

—¿Leonardo?

—Mi vecino.

—Vale, vale. ¿Es un señor mayor, no?

—Bueno, es mayor, pero no especialmente. Se acaba de jubilar.

—Me suena de haber visto al hombrecillo con otro que podría ser él en El Voltijo, debajo de tu casa, pero antes de lo del coronavirus.

—Sí, de un día para otro empezó a parar con ellos casi todos los días.

Pero poco más de interés dijo Susana. Carlos llamó a Marcos, pero no obtuvo respuesta, así que lo envió un mensaje.

«Marcos, soy Carlos, el del pueblo. He estado con Gabriel y me ha hablado de ti y de tu hermano, llámame cuando puedas».

Mientras esperaba respuesta, María llamó a Martes.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días —respondió ella—. ¿Novedades de Gabriel?

—Se ha pasado por mi taller esta mañana. Me ha empezado a contar milongas sobre el de Madrid, que si unas pruebas, que si la semana que viene... y ya le he dicho yo que no le puedo esperar, que he perdido mucho dinero y que tengo una cocina por hacer y he quedado el lunes con decirle a la señora si puedo hacerla o no para empezar el martes.

—Pues él ha debido de decirle a Carlos que le ibas a esperar hasta el martes, que le ha llamado esta mañana para reunirse con él en la carpintería de Diego.

—Estoy al tanto, le ha llamado desde mi taller. Mira María... ya llevamos mucho tiempo con esto y tiene que acabar ya. El otro día nos pidió más dinero y no se lo hemos dado.

—¿De eso no te dijo nada más?

—Nada de nada. Yo he perdido mucho dinero con él, ¿sabes que ya me tenían buscado un sustituto?

—No sabía nada.

—Pues en la compañía, hasta el estado de alarma, he estado con un sustituto, cobrando la mitad, pendientes todos ellos de mí porque tenía que irme. Y ahora esta obra es mucho dinero, y lo que no puedo hacer es empezarla y dejarla a medias. Me dan ganas de pedirle que me devuelva lo pagado y acabar con esto de una vez —el tono del fontanero fue ganando fuerza mientras su cabeza se incendiaba al pensar lo que decía.

Poco más de interés hablaron. Las palabras de su boca se repetían, al igual que las de todos. «Llevamos ya muchos meses», «hay que ponerlo fin de una vez, para bien o para mal», «sino que nos devuelva el dinero y tan amigos».

Pero nadie hacía nada en verdad.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó por enésima vez Carlos a María.

—Esperar, ¿qué quieres hacer? Ha dicho como muy tarde el jueves que viene, pues el jueves que viene. ¿En qué cae?

—Ya en veintiocho. Pero, ¿esperar a qué, si sabemos que es falso? ¡Deberíamos de decírselo a todos e ir a lo bestia a por él!

—¿Pero tú no entiendes que así te jodes la vida y que no vamos a ver un duro? Aquí hay que ser más listos que nadie si queremos recuperar nuestro dinero, y ser de los primeros en pedirlo, mientras todavía tenga algo para pagar.

—¿Y si no, qué?

—Pues ya veremos lo que hay que hacer, que tu madre puede llegar a ser muy pesada.

Vaya si lo sabía. A cabezona, nadie podía ganarla, pero usándolo con cabeza, aquella podía llegar a ser una gran virtud.

Poco después, Marcos llamó al muchacho.

—Hola Carlos, perdona, te acabo de leer, ¿qué tal?

—Todo bien, ¿y vosotros?

—Bien, aquí andamos. Así que has estado con Gabriel, ¿no? Espera que pongo el altavoz y así te escucha mi hermano.

—Sí, he estado con él esta mañana. ¿A vosotros que os parece el asunto?

—Pues no sé qué decirte, hermano. Llevamos ya desde octubre esperando y me está acelerando la alopecia.

—¿Estáis trabajando ahora?

—Yo sí, pero muy desmotivado, porque claro, la paliza que es para lo que voy a cobrar en comparación... y mi hermano lleva meses sin buscar nada porque nos pueden llamar en cualquier momento.

—Ya... os entiendo.

—Es que imagínatelo... ¡funcionarios! Estábamos mirando de alquilar un apartamento en Villa del Mar y rotarlo en base a los turnos, con otros compañeros del gremio. Si quieres te metemos.

—Vamos a esperar primero a ver si esto va hacia adelante, pero estaría bien, sí.

A Carlos se le partía el alma. Se les veía tan ilusionados... ¿cómo podría ser capaz Gabriel de jugar con las ilusiones de tantas personas

durante tanto tiempo?

—Yo no me fío de Gabriel —dijo el muchacho.

—Nosotros tampoco del todo, pero claro, el primo de uno que tú no conoces, Palomares, nos dijo que su padre, osea, el tío de Palomares, era íntimo de Gabriel, y le iba a preguntar que a ver qué pasa con esto.

—¿Cómo os contactó él a vosotros?

—Debía de conocer al hermano mayor de Segundo, y de ahí nos fue cogiendo. Pero de ser una estafa... ¿Por qué devolvió el dinero a los que se lo pidieron?

—Porque era al principio, y eso daba credibilidad a sus argumentos.

—Ya, pero mira, con todo esto que ha pasado del coronavirus, podría haber desaparecido y no lo ha hecho. No sé, yo quiero pensar que es verdad —dijo Marcos.

—Si por querer, yo también, pero ya huele muy mal el asunto.

—¿Conoces a Martín, no?

—Sí, jugaba conmigo a «basket» —respondió Carlos.

—Pues sacamos una foto al señoruco este y se la enviamos, porque su padre es funcionario de prisiones en Villa del Mar, y nos dijo que era su jefe y que la borrásemos.

Aquello era realmente muy extraño.

Poco más se dijeron durante aquella conversación, pero Carlos notó que el ánimo de los hermanos era muy alto, casi viviendo más de la ilusión que de las nubes negras que amenazaban, a lo lejos, con profanar aquel día soleado.

Quedaron en llamarse con cualquier novedad.

Al hablarlo con María, lo único raro que encontraron era lo relacionado con el padre de Martín. Aquello servía para alimentar la pequeña esfera blanca de esperanza que Carlos mantenía rodeada de las tinieblas del yang de la ecuación.

No quedaba más que esperar. El panorama televisivo volvía a estar revuelto. Primero, el día veinticinco de mayo, con la muerte de George Floyd, un ciudadano negro de Estados Unidos.

Un policía, viva imagen del cuerpo al que Carlos quería llegar a representar, había acabado con la vida del hombre al asfixiarlo cuando

estaba indefenso. Las causas de que llegara a aquella situación habían perdido importancia cuando el crimen se cometió a sangre fría: era algo totalmente innecesario.

La ola de protestas arrasó el país, un país enorme asolado en medio de la pandemia del coronavirus. Durante los días que siguieron, se arrasaron tiendas, supermercados... el discurso del odio se enfrentó a las voces que predicaban a favor de la igualdad, mientras los estandartes negros llenaban las calles mediante manifestaciones.

Pero siempre había oportunistas, como Gabriel, que sacaban provecho de las desgracias ajenas. Esa era la peor calaña que existía para Carlos.

¿Qué necesidad había de arrasar tiendas y robar, por ejemplo, electrodomésticos? El hambre, el miedo, la crisis que estaba por venir. Era la oportunidad perfecta para que los picaros y los vándalos dejaran sus gotas de pútrido sudor en medio de unas protestas a favor de la equidad y del fin de la brutalidad policial y del racismo.

Entonces, el grupo de ciber activistas Anonymous regresó, amenazando con desvelar secretos de estado en medio del caos.

«Menudo año llevamos», pensaba Carlos.

Pero no por ello dejaba de interesarse sobre lo que los enmascarados *hackers* decían al mundo. La muerte de Lady Di, la red de pederastía que hacía gozar a las corruptas élites, todas las demás muertes provocadas por miedo a que ciertas personas, como Michael Jackson, se fueran de la lengua...

No había pruebas, pero perfectamente podría ser cierto, y sin lugar a dudas, el momento preciso para liberar aquellas bombas de morbosa información era aquel. Cuando la humanidad necesitaba estar más unida que nunca, el propio género humano, con tendencia a la autodestrucción y a los actos estúpidos, hacía de las suyas.

El veintiocho de mayo, Gabriel tenía el móvil apagado, o fuera de cobertura. No había manera de contactar con él. Marcos, Martes, Leonardo... todos llamaron, pero no había manera.

«Quizá habría estallado ya todo», decía la mirada que intercambiaron madre e hijo durante la comida. «Quizá simplemente había tomado todo el dinero, y había huido, aprovechando la desescalada».

Carlos llevaba días pensando si habría simplemente un nuevo retraso, motivado por la destitución del líder de la Guardia Civil por culpa del Ministro del Interior. Aquella podría haber sido la excusa usada por Gabriel en esta ocasión.

Pero no lo fue, simplemente, había silencio. El presunto estafador había tomado la opción más inteligente y la más evidente sea dicho.

En todas las conversiones sobre la veracidad del asunto, su móvil siempre era objeto de disputa. No era normal que una persona con su responsabilidad y cargo portara un utensilio tan antiguo, tan obsoleto, sin poder disponer de comunicación vía «WhatsApp» con sus subordinados.

Y resultó ser lo que parecía, un teléfono desechable configurado para servir al mal.

Pasaron los días, y junio hizo acto de presencia. El primer día del mes, aquel que como mucho debería haber sido el primer día de Carlos en Madrid según Gabriel antes de tantos retrasos, era un día vacío, desértico, consumido por el calor que anunciaba la inminente llegada del verano.

Pero aquel no sería un uno de junio cualquiera. El virus había cambiado las formas de relacionarse, el turismo, los eventos... la única manera de recuperar la normalidad sería el tiempo.

El tiempo... o la muerte. La gente actuaba de forma despreocupada. Carlos se preguntaba si durante alguna de las grandes guerras, sus ancestros habían actuado igual, ignorando el problema, minimizando a las cifras de muertos hasta perder todo su valor.

Un valor que solo tenían para aquellos que les ponían nombre y apellidos, como ocurría con las canciones.

Y en el mundo real no existía ningún equipo de vengadores que pudiera reparar todo el daño que estaban causando los imprudentes.

Carlos no pudo hacer más que aceptar su nueva realidad, asumir la desaparición de Gabriel y la muerte de un sueño. Tomó entre sus brazos el enorme códice que formaban los apuntes de su oposición, y decidió comenzar a abrirse camino hacia un futuro ahora más incierto que nunca.

## Capítulo Séptimo: Las cartas sobre la mesa

No daba crédito. Aquello no podía ser real.

Casi como una maldición, siempre que tenía aquella extraña sensación, acertaba. Había hecho bien en ser cauto y en haber llamado a María.

Solo esperaba que Gabriel no lo hubiera escuchado. Aquello le quitaría cualquier hábito de verdad, de seriedad, de grandeza incluso.

¿Por qué tenía que sonar el timbre mientras él estaba tarareando en la cocina? La misma que daba pared con pared con el rellano.

—¿Ese es Gabriel? —le dijo Lucas una vez cerró la puerta, entre risas.

—Ese es, sí.

—Pues menudas pintas.

Cuando sonó el timbre, un único pensamiento vino a su cabeza. «No puede ser él».

Pero allí estaba. Era miércoles tres de junio de dos mil veinte.

—Hola Carlos, ¿qué tal? —le dijo el hombre como si nada.

—Yo bien, ¿usted?

—Mal, no te voy a engañar. Me han apuñalado y me han quitado el móvil —respondió.

Carlos respondió en todo momento bastante seco. No daba crédito a lo que veía, pero sabía que reaccionar violentamente solo podría complicar las cosas para él.

Gabriel iba vestido como un pordiosero, con ropa sucia y vieja, desgastada seguramente por trabajar con ella en el campo. Eran las once

menos cuarto de la mañana, y María se había marchado apenas quince minutos antes.

Era una pena, y una casualidad, que no hubieran coincidido, ya que justamente era el primer día en que la mujer podía visitar a su madre en la residencia.

Ante la atónita mirada de Carlos, que Gabriel pudo interpretar como la de una persona que ha perdido la paciencia y en cualquier momento puede «sacar la mano a pasear», el supuesto funcionario comenzó a bajarse el pantalón, para enseñar una cicatriz en el muslo.

—Esta... no, esa no, esta otra un poco más arriba —dijo.

La primera que había señalado era una cicatriz más antigua, desgastada por el paso de los años. La otra, efectivamente, era más reciente, pero ante el inexperto ojo clínico del muchacho no parecía coincidir con un apuñalamiento sufrido los últimos días.

—Vaya, lo siento —respondió, de nuevo con sequedad, el chico.

—Y encima me han cortado la línea por hablar de estos temas por teléfono, que ya sabes que no se puede.

Carlos lo miró incrédulo.

—Verás, mañana bajo a Madrid, que tengo muy buenas noticias. He estado allí el fin de semana y ya le han dado el alta al hijo del ministro, así que el viernes que subo, me subo al chaval y firmamos ese mismo día o el sábado. Mañana o pasado tienes noticias más.

—Vale —respondió el muchacho.

Gabriel se giró para tomar al ascensor, y en contra de lo que el código de conducta impone, Carlos cerró la puerta sin dar más explicaciones, sin siquiera esperar, como es costumbre, a que el elevador llegue para darse una última despedida antes de dejar que las puertas corten toda vía de contacto.

Pero aquella no era una cita en la que debiera de mantener la mirada, juguetona, hasta que el metal lo impidiera, ni una amistad a la que desear lo mejor y volver a verse pronto, «cuando quieras, aquí voy a estar», que se suele decir.

Aquel era un canalla y un estafador, por mucho que intentara asumir otro rol. Un lobo con piel de cordero, o un cordero aparentando ser un lobo feroz.

María entró en cólera. Carlos había aprendido, desde bien pequeño, que su casa era su castillo. Aquella idea estaba tan integrada en su subconsciente que en numerosas ocasiones, cuando estaba muy cansado e intentaba dormir, un sueño recurrente rompía el proceso.

Podía cambiar la ubicación, la puerta, las paredes, la compañía... pero en esencia, era el mismo sueño, el mismo miedo, la misma pesadilla, en la que sin verdugo ni asesinos que cometieran actos terribles, la tensión psicológica servía para hacer que se despertara más cansado de lo que se había acostado.

Siempre había una puerta que no se cerraba, o que al menos, no se cerraba bien. Inicialmente, aparentaba hacerlo, pero cuando Carlos se alejaba, o pasaba un tiempo, veía que estaba entreabierta. Empujaba, cerraba, usaba la llave... y volvía a ocurrir lo mismo, una y otra vez.

Aquella sombra cada vez lo cubría más, hasta deslizarse entre el hueco que dejaba la entreabierta puerta y su marco. Era un temor que estaba ahí, latente, amenazando con entrar. A veces era un ladrón, otras no había nada, y en las peores ocasiones, cuando el sueño llegaba a su punto álgido, se trataba de un ente que intentaba entrar, empujando fuerte, mientras que Carlos empujaba desde el otro lado para evitarlo.

El miedo a que le ocurriera algo mientras dormía era algo intrínseco a su propia condición humana. Perder algo valioso, el daño a sus familiares, a sí mismo... mientras duermes eres vulnerable, pero tu hogar te recuerda que entre sus muros, nada malo puede pasarte, inflando más la burbuja que el Estado de Bienestar nos intenta imponer sobre un mundo civilizado, pero que aún es una utopía.

Y la parte más vulnerable de una fortaleza son sus puertas, por eso, una y otra vez, en noches aleatoriamente repartidas en el flujo del tiempo, Carlos soñaba con que todo el peso de la defensa de su castillo caía sobre sus hombros.

María, sin sufrir de aquellos sueños tan proféticos, creía en lo mismo, como le había enseñado a su retoño.

—¡No quiero que ese señor vuelva a acercarse por mi casa! —exclamó al teléfono cuando, nada más irse Gabriel, su hijo la llamó.

—Entonces tenemos que hacer algo para cortar todo el tema de raíz.

—Mira, ahora no puedo hablar que voy a ver a tu abuela, así que luego lo hablamos. Pero ya te digo yo que esto tiene que acabar aquí, y ahora. Muy bien que no hayas echo nada ni le hayas agredido aunque tuvieras ganas, esas no son las formas, pero algo hay que hacer. Luego hablamos.

Y cortó la llamada. ¿Qué podían hacer? Pasaron varias horas hasta que María regresó a casa, algo más de lo habitual.

«Supongo que sea por los medios que necesita tomar para ver a la abuela», pensó Carlos.

Nada más lejos de la realidad. Nada más llegar, se sentó en la cocina con su hijo, y llamó a Leonardo.

—¿Leonardo?

—Sí, dime María.

—¿Tienes alguna novedad?

—Ha estado esta mañana por aquí, que ha ido al taller de Diego sobre las diez.

—Después ha subido a mi casa, a llamar a la puerta, que estaba mi hijo. ¡Y menos mal que ha tenido las manos en los bolsillos! ¡Eso no se lo voy a consentir!

—Si quieres, bajad un poco y lo hablamos.

—Ahora vamos a comer que ya tenía todo preparado. En cuanto acabemos vamos.

De nuevo, madre e hijo comieron deprisa, sin disfrutar la comida. El pobre Lucas se vio absorto en aquella vorágine alimenticia, siendo víctima inocente de las prisas, incapacitándose a sí mismo por caridad y renunciando al postre.

La tensión inundaba el reducido espacio del ascensor. Las mascarillas se habían quedado en casa, enviando a un segundo plano la crisis sanitaria ante aquella emergencia social a pequeña escala.

La primera vez que llamaron a la puerta, nadie abrió. Se escuchaba a Leonardo al otro lado, a lo lejos, hablando por teléfono.

A aquellos golpes acompañó una segunda tanda, pero la respuesta fue la misma, nula. A la tercera fue la vencida.

—Pasad, pasad —dijo Leonardo.

Por costumbre, Carlos y María iban a haber ido a la cocina, pero el

patrón les indicó el camino hacia el salón. Era del mismo tamaño que el que ellos tenían, pero parecía mucho más amplio al estar mejor repartidos los espacios, sin la inútil mesa de madera que ocupaba la mitad del propio y a la que no se daba ningún uso.

Allí estaba Ana, y alrededor de una mesita de cristal, se sentaron todos. La perruca iba corriendo de un lado a otro, buscando cariño y juego. Carlos la tomó en sus brazos y ella se quedó con él.

Los primeros instantes fueron tensos, incómodos, aunque aparentemente, no había necesidad para ello. Ambos eran víctimas del egoísmo de un pobre hombre, eso sí, menos pobre en lo económico debido a aquella jugada, pero cada vez más podrido por dentro.

—Bueno, así que se ha presentado en tu casa esta mañana —comenzó a decir Leonardo.

—Así es, no hemos coincidido por los pelos. El primer día que he ido a ver a mi madre a la residencia en todos estos meses, y justo viene él —dijo María.

—No se puede hacer nada, ya sabes cómo son estas coincidencias —respondió el hombre.

—¿Y cómo está tu madre? —preguntó Ana.

—Bueno... desorientada, a veces se confunde, se la olvidan las cosas... y claro, tanto tiempo sin ver a sus hijos, sin más que hablar algo por teléfono, sola, sin visitas... me da una pena...

—Es normal, la pobre mujer.

Casi nadie pensaba en todos los ancianos que debido al coronavirus estaban encerrados en las residencias. La gente asumía que por su propia naturaleza de personas mayores, viejas, desgastadas por la lenta e inexorable maldición de los años, aceptaban sin problema su nueva condición.

Se los deshumanizaba. Pero, ¿qué es el ser humano? ¿Qué nos diferencia del resto de especies? Mucho se ha dicho en la ciencia y en la filosofía sobre las cuestiones intrínsecas a la naturaleza humana, pero cuando de forma voluntaria se mira hacia otro lado mientras los ancianos mueren solos, Carlos estaba convencido que los deshumanizados eran aquellos que tomaban esa decisión.

Y no siempre habían sido ancianos. «Viejos son los trapos que se rompen», decía María. Ellos eran ancianos mientras quisieran seguir siéndolo. Pero tiempo atrás, habían sido adultos, jóvenes, o incluso por más que cueste creerlo, niños.

Habían participado en guerras, habían vivido (o sufrido) grandes historias de amor, de maltrato, de amistad. Habían viajado, se habían emborrachado, bailado, tenido hijos.

Habían experimentado todo lo que la vida y sus circunstancias habían podido ofrecerlos. Eran fósiles vivientes de un mundo que ya no existía, que había pasado fugaz, como un destello, de la misma manera en que el mundo actual pasaría, en que los adultos, jóvenes y niños se volverían ancianos algún día, y el mundo que acogería su final, sería totalmente distinto a aquel en que habían pasado sus mejores años.

Pero la sociedad actual, aquella que abandonaba a sus mayores en las residencias, en vez de venerarlos como algunas sociedades tildadas de más tradicionales (en el mejor de los casos), los abandonaba a su muerte mientras que la infernal pandemia se abría paso entre las residencias, reclutando a tantas vidas para su ruin causa.

María no quería que su madre muriera sola.

Seguramente, nadie quería eso para sus padres, pero Carlos tenía de forma cercana el testimonio de su madre, y quería mucho a su abuela, ya que durante su infancia, había sido una segunda madre para él. En los últimos años, la señora había pasado por todo, estando varias veces al borde de la muerte, pero su naturaleza dura la había salvaguardado de todo mal.

«Ya no son así las personas. Menuda raza».

Ese tipo de frases eran las que Carlos escuchaba cada vez que a su abuela la pasaba algo.

Hasta que llegara un día en que no aguantara. La vida sin ley.

Su abuela, al igual que otros ancianos de su generación, había vivido una guerra civil, una dictadura, una transición, todos los procesos de revolución financiera y tecnológica... y un largo seguir de hechos históricos. Sobre ello, se podía leer en cualquier libro, pero su voz, al igual que la de tantos otros antes, era la voz de la experiencia, de la microhistoria que puede transmitir un habitante concreto de un tiempo determinado,

visión sesgada por su propia forma de ver las cosas.

Y una vez que el inevitable final llegara, nadie podría dar su «versión de los hechos», nadie podría defender a cada uno de los bandos de tantos conflictos.

Nadie podría escapar de las páginas de los libros de historia, condenando a los historiadores a intentar recrear un mundo que había dejado de existir, pues el olvido llega cuando ya nadie lo guarda en la memoria.

—Yo vi a Gabriel esta mañana, de la que Ana levantó las persianas, que bajaba por la cuesta de donde Diego. Y le llamé a ver, pero tarde, ya se había largado —dijo Leonardo, rompiendo la concentración del muchacho.

—Sí, yo que voy a abrir la ventana y ahí le veo —dijo Ana.

—Bajaría de nuestra casa —añadió Carlos.

—Seguramente, sí. Creo que también fue donde el tonto de Antonio, que le ha pagado —comentó Leonardo.

—¿Qué ha pagado? A mí me dijo Martes que no iban a pagar más.

—Pero Antonio es tonto, y a saber que milonga le ha contado el otro que este le ha pagado. Yo ya estoy de muy mal humor —añadió el vecino.

—Pues sí que es tonto sí, por eso ha vuelto a aparecer Gabriel. Yo me temía que una vez que había apagado el móvil, ya había llegado el final —dijo María.

—Yo también. Pero al ver que podía seguir sacando dinero ha debido de dar señales de vida. Y yo ya no sé qué hacer, porque lo de mi hijo es secundario, pero mi sobrina, y la pobre Vanesa. Yo que se lo dije, igual que al chaval tuyo, con la mejor intención del mundo...

—No te castigues con eso Leonardo, ya lo sabemos. Que el otro haya resultado ser un hijo de puta no es culpa tuya —le cortó María.

—Es que no me lo puedo creer.

—No te lo quieres creer —le corrigió su mujer.

—Bueno, eso. Después de tanto... ¡que su familia vino a mi boda! Sus padres estuvieron allí conmigo. Cómo se puede ser tan ruin, tan asqueroso de hacer algo así...

—Igual es un enfermo psiquiátrico. No he podido acceder a esos datos todavía... pero, o es un listo, o es un loco —dijo la madre de Carlos.

—O las dos cosas —dijo él.

—O las dos cosas.

—Es que las cosas han podido cambiar mucho en estos años, amor, e igual se ha visto en la necesidad y a tirado de quién tenía a mano —dijo Ana.

Leonardo se estaba encendiendo. Era natural, y debía de hacerlo para tomar cartas en el asunto. A nadie le gusta que se rían de él en la cara y menos cuando implica estropear tu imagen, tan cuidada y labrada durante los años, frente a tanta gente.

Y la gente habla.

—Que sepáis que me voy a presentar hoy en su casa —dijo María. Aquello sorprendió incluso a su hijo.

—¿En la finca? —preguntó el vecino.

—En la casa de su suegra, donde va a dormir con su mujer. Esta mañana, y esto tu no lo sabes Carlos, me puse a buscarla, y me encontré el portal abierto. Número cuatro, tercero F.

—Ni se te ocurra ir sola —la advirtió su hijo.

—No, no. Ni para atrás. Por eso no subí esta mañana. Quiero ir esta tarde de la que quede con Manolo —respondió ella.

—Yo también voy —dijo Carlos.

—No. Tú ponte a estudiar y con las manos bien metiditas en los bolsillos.

—Tiene razón tu madre —interrumpió Leonardo—. Déjala hacer a ella y ponte ya a pensar en tu futuro, sin tener más problemas por este canalla.

—¿Qué te parece a ti que vaya? —le preguntó María a su vecino.

—Me parece que haces bien. Si queremos ver algo de dinero, tenemos que empezar a movernos. Pero vete por la tarde noche.

—Suele ir allí sobre las ocho y media o nueve, que primero está en la finca —dijo Ana.

—Vale, pues estamos en contacto, con cualquier cosa os digo o me decís.

Carlos no pudo dejar de darle vueltas al asunto. Aunque Gabriel fuera mayor, su madre y Manolo también lo eran. ¿Cómo podría reaccionar si lo atacaban en su propia casa? Quizá se defendiera, al sentirse acorralado

como la rata que era. No podía dejar que la pasara nada, su madre era una de las personas más importantes de su vida.

Tenía que hacer algo.

Sobre las ocho le tocaba entrenar con Lucas, y más o menos a esa hora, su madre se iba.

—Mándame ubicación y avísame cuando vayas a estar con él, para estar seguro, por si pasara algo —la dijo.

—Vale, pero ponle que hasta las nueve o así, nada.

Y se marchó. Carlos fue a hablar con su hermano.

—Vas a hacer algo, ¿no? —le preguntó el menor.

—Vamos.

—¿Los dos?

—Tú solo me vas a acompañar y a llevar las llaves. Vamos a entrenar un poco para calentar los músculos, y luego vamos a ir a estar cerca del portal de Gabriel por si pasara algo. Pero tú no vas a hacer nada, si pasa algo, ya entro yo.

Y así fue. Los hermanos entrenaron un poco, realizando ejercicios básicos de fuerza trabajando con su peso corporal, y Carlos fue a vestirse. Tenía una chaqueta negra, larga, de estilo muy moderno, parecida a las túnicas de los boxeadores, que era perfecta para la ocasión.

—Dame tu navaja —le dijo a Lucas.

—¿Por? No hagas tonterías —le respondió.

—Por si las cosas se ponen feas. Imagina que él baja con algo e intenta hacer daño a mamá.

Y su hermano se la dio. Cuando se puso la capucha, ayudado por la mascarilla, parecía ser un sicario.

Montados en el coche de Carlos, fueron a Montebosco, y aparcaron cerca del lugar donde pensaba que vivía Gabriel, con cuidado de que su madre no los viera cuando pasara por allí.

—¿Y ahora? —le preguntó Lucas, que iba vestido normal.

—Ahora toca esperar.

Salieron del vehículo y dieron una vuelta por los alrededores para hacer tiempo, pero no veían nada. Carlos comenzó a impacientarse.

A las nueve y cuatro minutos, llegó el mensaje de su madre.

—Mira que la he dicho doscientas veces que mande la ubicación en tiempo real, y no hace caso, ¡joder! —exclamó el mayor de los dos hermanos.

Su madre tenía la costumbre de hacer ciertas cosas al revés, como por ejemplo, mandar las ubicaciones.

La casa de Lomo Castillo quedaba en el otro extremo de la avenida. Su madre no les había dado las indicaciones correctas.

—Vamos, tenemos que ir hasta el otro lado y tardaremos un poco. Durante el trayecto, María llamó a su hijo mayor.

—¿Carlos?

—Dime, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien, estamos en su portal. Ahora está hablando con Manolo.

—¿Qué dice?

—Ha empezado a decir que le esperemos, que si no sequé... es un mentiroso. Que quiere llamarte para convencerte de que le esperes dos días más.

—¿Y tú que crees?

—¿Sinceramente? Que miente. Así mismo se lo he dicho a la cara. Y me decía, que como le decía el de Madrid, «no puedes fiarte de quien desconfía de ti». ¡Pues hace bien en no fiarse de mí!

—Entonces mándale a la mierda.

—¿Y si resultara ser verdad?

—¿A estas alturas tú crees en ello?

—No, y menos con las pintas que lleva. Que le han confiscado el teléfono por decir lo que no debe... le digo que cómo le vienen a buscar, y me dice que de forma presencial.

—Pues si resultara ser verdad, que está claro que no lo es viendo las gilipolleces que dice, me aguanto y me saco la oposición, que es un puto trabajo y nos está llevando por el camino de la amargura. Ya está.

—Bueno, te dejo que vuelvo con él y con Manolo.

Al colgar, Lucas lo miraba de forma inquisitiva. Beatriz le había enviado numerosos mensajes para tener noticias de él.

—¿Qué te ha dicho mamá?

—Que están con él y que les está mintiendo a la cara, básicamente. Vamos a ir de todas formas cerca del portal.

Mientras siguieron andando, Carlos intentó calmar a Beatriz por mensaje. «Luego te digo, todo bien de momento, está María hablando con él».

Ella estaba muy nerviosa. Conocía el temperamento de su novio y no quería que las cosas se pusieran feas.

Beatriz estaba plenamente convencida de que Gabriel era un enfermo mental que se había creído su propia mentira, y eso podía convertirlo en alguien peligroso.

Cuando llegaron al portal, esperaron. Carlos le dio a su hermano sus objetos, menos la navaja. Aquella arma se la había regalado Manolo a Lucas, pero ahora era él quien la portaba por si debiera de defenderlo.

No hicieron nada más, solamente esperar. Minutos que parecían horas. La esquina, pegada al portal, evitaba que fueran descubiertos.

Al final, una llamada. Volvía a ser María.

—¿Seguís allí? ¿Ha pasado algo? —preguntó Carlos de forma apresurada, antes de que su madre pudiera decir algo.

—Todo bien. Ya no estamos allí.

—¿Y qué os ha dicho? ¿En qué quedó?

—Vamos a esperar dos días. Le dijimos que nos diera el dinero, pero nada, que largas, y más largas...

—¿Le pillasteis en algo?

—Por ejemplo, decía que nos lo podía llevar mañana a las dos del mediodía, pero claro, también decía que se tenía que ir a las cinco a Madrid, que el viernes subía ya con el hijo del otro...

—Lo de siempre, vaya.

—Sí, pero si no tenía el dinero en casa, poco podíamos hacer.

—¿Le dijiste lo de que se quedaba con la pasta?

Aquello hacía referencia a una conversación previa que habían tenido María y Carlos. El muchacho la había dicho a su madre que le dijera que le diera de su bolsillo el dinero, por si ponía quejas, y una vez fuera devuelto, se quedaría todo, ganando seiscientos euros en el proceso.

—Obviamente ha dicho que no, «que él no podía lucrarse con ello».

Aunque su lenguaje y sus pintas de vagabundo no decían lo mismo...

—Pues nada, ¿vais a tardar? ¿Queréis cenar algo por ahí?

—No creo que Manolo tenga muchas ganas.

—¡No veas tu madre! ¡Ha ido a cañón a por el tío, diciéndole de todo! Y el otro ha bajado la cabeza y se ha cogido los machos, pero no ha querido ir por ahí a tomar algo... —dijo Manolo esta vez.

—Ya me la imagino ya. ¡Con toda la razón del mundo! Ni estando acorralado lo reconoce.

—Nada, es un mentiroso patológico —dijo María.

—Daba igual lo que le dijeras, que el tío seguía y seguía con la suya —añadió Manolo.

—El tío allí, muy firme, nervioso cuando entraban y salían vecinos... ya le dije, que no volviera por mi casa. Que sepa que también nosotros sabemos dónde vive él.

—Y tu madre ahí, ¡erre que erre! Que claro, es lo que hay que hacer. Menudo sinvergüenza. Y no veas a mí que historias me contaba mientras tu madre te llamaba, que si en la cárcel ahora estaban nerviosos, que si esto, que si lo otro... está claro que es un tío muy listo, sabe lo que dice al dedillo.

—Pero cuando no lo vives, al final lo que sabes es limitado, y ese tío se repite continuamente —dijo Carlos.

—Así es —le respondió María.

—Qué quieres que te diga si no hay más, es lo que hay, no nos queda más remedio que esperar.

Al llegar a casa, a la hora de la cena, su madre les contó a él y a Lucas la hazaña, con algún detalle más que los dados por teléfono, pero al fin y al cabo, la misma historia. Era una pena que aquel acto de valor, al meterse en la boca del lobo, desconocedores de las influencias que aquel hombre pudiera tener, hubiera acabado sin recompensa.

Pero de donde no hay no se puede sacar, y si no tenía el dinero... ¿qué iban a hacer?

—¡Qué venda un caballo! —repitió María durante los días siguientes.

Pero una vez llegado el martes, de nuevo, no hubo nada. ¿Qué ganaba Gabriel con tantas mentiras? ¿Qué es lo que buscaba, que lo golpearan y

con ello obtener aún más beneficios de aquella pobre gente?

Lo más cruel era jugar con las esperanzas e ilusiones.

Los remeros, Leonardo... todos hablaron ese fin de semana con Carlos y con su madre, pero no se obtuvo nada en claro, o al menos, nada más claro que lo que ya tenían.

Las cartas estaban ya sobre la mesa, y era cuestión de poder ganar la mano, o perder la partida. No había vuelta de hoja, no había opción de dar un paso atrás.

Por no haber, no había ni trabajo.

Lo realmente triste era toda esa gente que había renunciado a otros puestos por lo que Gabriel les estaba ofreciendo. La hermana de Diego, enfermera, había renunciado a un puesto de trabajo en una residencia para entrar en Villa del Mar, y ahora tenía que comenzar a volver a buscarse la vida con casi sesenta años y recién superado un cáncer. Parecía como si finalmente la vida la estuviera recompensando por tantos años de servicio a los enfermos y de sufrimiento por aquella perversa enfermedad, poniendo al alcance de su mano un caramelo que lamer hasta sus últimos días, para con un nuevo gesto cruel, retirárselo del alcance y burlarse en su cara.

Pero aquel mal no era un ente difuso de extraña naturaleza.

Era un ser humano. Y Gabriel Lomo Castillo, en su avaricia, tal vez motivado por pagar a alguien más peligroso, o tal vez por el credencial de ser más listo que nadie, no había contado con toda la marabunta furiosa que se iba a abalanzar sobre él.

Quizá estaba acostumbrado a aquellas situaciones, quizá en el pasado le había salido bien, y pensaba repetirlo.

—Yo creo que está esperando a que acabe el estado de alarma para ir al sur —decía Carlos a su vecino.

—No creo, este no se va a ninguna parte, ¿no ves que tiene a los animales aquí? —respondía Leonardo.

Pero el muchacho no estaba tan seguro de ello. Si se viera acorralado por todos los afectados, incapaz de evadirse de la caza de brujas, debería de huir. Era él o sus animales.

Carlos creía en la venganza cuando era la justicia lo que quería defender, pero tenía las de perder. Impotencia. Rabia. Ira. Resignación.

Una tarde cualquiera de junio, pudiera ser que fuera jueves, María llamó a Carlos.

—Hemos vuelto a ir Manolo y yo donde Gabriel —le dijo su madre.

—¿Sin avisarme?

Al muchacho no le gustaba aquello. María era la única madre que tenía, y no quería jugársela a que un loco desquiciado cruzara la línea que nadie debería cruzar.

—Sí, porque te conozco, y no quiero que te jodas la vida por un hijo de puta como este.

Nuevamente tenía razón, pero por más que lo repitiera, aquellas palabras no servirían para impedirlo una vez llegado el momento, cuando el quehacer del destino considerara que las circunstancias fueran las apropiadas, y el viento se quebrara al compás de un puñetazo que buscara, ansioso, encontrar el calor del rostro de Gabriel. Y a aquel le seguiría otro, y otro, y uno más. La naturaleza agonizaría alrededor de aquellos movimientos, la gente gritaría, las sirenas romperían la poca calma que pudiera quedar, y el cráneo del estafador quería reducido a una pulpa sanguinolenta que coronaría a una carcasa vacía.

—Bueno, y qué. ¿Alguna novedad?

—Lo de siempre, más largas. Pero no podemos hacer más que presionar hasta que se aburra o se acojone y decida pagar.

El gallinero estaba revuelto. De noche, había entrado un lobo, y tras devorar a las primeras gallinas, las que quedaban, que se habían mantenido quietas, indefensas ante la mirada de la bestia, ante el espectáculo que suponía ver como sus compañeras eran arrastradas hacia una infinita oscuridad, habían decidido defenderse.

Individualmente quizá no eran rival para el lobo, pero juntas eran temibles. Ahora debían de cuidarse de evitar ahuyentarlo, pues entonces podría volver cuando menos preparadas estuviesen y comenzar de nuevo su carnicería.

Debían de esperar al momento oportuno. Dejarlo entrar en su hogar, confiado, y rodearlo cortándole la salida. Seguramente atacaría, pero mejor que murieran unas pocas acabando con la bestia, que todas ellas individualmente. La unión hace la fuerza.

Aquel viernes Gabriel había quedado con los gemelos en El Voltijo. Ni Carlos ni María lo sabían, y curiosamente, tanto Lucas como su hermano habían ido a comer donde José. Aquella relación estaba pasando por un buen momento, y el muchacho se lo agradecía en gran parte a Beatriz: por muchos roces tontos que tuvieran y faltas de entendimiento, sin duda era una chica maravillosa.

Fue Leonardo el primero en llamar a María, y esta a su hijo. Serían las tres menos cuarto de la tarde, pero cuando quisieron reaccionar, Gabriel ya había desaparecido, poniendo cualquier excusa tonta, inventándose una vida paralela que nunca llegaría a cruzarse con la suya.

—Ha estado aquí abajo reuniéndose con todos y poniéndote verde —dijo el vecino a la madre de Carlos.

—¿Cómo? Ahora mismo me visto y bajo —respondió ella.

—Va a dar igual, ya se ha ido. He llegado yo por los pelos, y estaba hablando con dos chavales que tendrían más o menos la edad de tu hijo. Primero había estado con Martes.

—Pues Martes no me ha llamado tampoco, y creo que los chavales no le habían dicho nada a Carlos.

—Da igual, porque Martes y compañía están intentando recuperar su dinero, al igual que tú. Pero a los chavales esos los tiene acaramelados.

—¿Y tú qué, le dijiste algo? Porque entre lo de tu hijo y tu sobrina...

—¡Y mi mujer! Que ya sabes la pobre Ana como lo ha estado pasando. Yo que me llama Diego, que estaba por allí ese impresentable al lado de su taller, y bajo y le veo tomándose algo con los dos chavalucos esos, y le hago el gesto para que salga.

—Y él... ¿cómo se quedó al verte?

—¿Él? Como si nada. Menudo sinvergüenza, tiene la cara más dura... sale todo sonriente a darme la mano. Claro que yo, ni se la doy ni nada, y no quería montar un espectáculo al lado de mi casa y delante de la gente.

—¿Y en eso se quedó todo, en que no le diste la mano?

—No María, vamos a ver, cómo se va a quedar en eso. Le dije que «me tenía hasta las pelotas, que como me hubiera mentido, lo mataba».

—Y él te mentiría a la cara otra vez, como nos lleva haciendo tantas veces a todos.

—Sí. Que es un caradura ese... iba a decir señor, pero no se merece ni que lo llamen así. «Pero como te voy a mentir yo, Leonardo, si nos conocemos de toda la vida».

—Pero sabes que no es la persona que conocías.

—No lo es, no. Por eso le dije que tuviera cuidado, que el círculo se estaba cerrando.

## **Capítulo Octavo: El círculo se está cerrando**

La alarma había cesado, y con ella, el miedo estaba dividido, jugando un mismo partido en infinitos estadios diferentes, participando del espectáculo de ambos equipos, sin elegir bando de forma definitiva.

El reloj del apocalipsis volvía a alejarse de la media noche, siempre amenazante, siempre expectante de que el error humano engrasara su mecanismo.

Durante aquellos meses de encierro, muchas eran las cosas que habían cambiado en el mundo. Con un poco de suerte, la solidaridad, emblema de la esperanza y unidad humana frente al invisible enemigo, se convertiría en un miembro más de la sociedad, como siempre había tenido que ser.

Pero Carlos no creía aquello. Él era de la opinión de que las pequeñas acciones, los pequeños gestos de amor, incluso frente a los desconocidos, seguirían siendo las pequeñas puertas de entrada del bien en este mundo.

Ojalá se equivocara, pero la irresponsabilidad de su pueblo conforme avanzaba la desescalada, le hacían pensar lo contrario. Y a su alrededor, otros países aún luchaban contra «el bicho», como la gente común lo llamaba en su afán por familiarizarlo, por agregarle una connotación conocida a algo sobre lo que no sabían nada.

Antes de correr hay que saber andar.

Ahora, solamente el tiempo podría juzgar si lo habían hecho bien, o lo habían hecho mal. Quizá la falta de unidad política había condenado a su país, o quizá la mano invisible a la que los partidarios de las teorías

conspirativas acusaban de liberar el virus se disponía a cerrar su puño alrededor del planeta, convirtiéndolo en una roca extinta de vida.

Pasarían años antes de tener una cura, y los efectos secundarios de una posible vacuna podrían ser capaces de condenar a generaciones enteras, poniendo punto y final a aquel colofón de desesperación.

O quizá simplemente deberían de aprender a convivir con ello de la misma manera conque convivían con la gripe y con otras enfermedades.

Lo que estaba claro es que las cosas tardarían en volver a ser como antes. Ahora toda la gente debía de moverse con una doble garantía, portando para sí una mascarilla además de sus documentos de identidad, aunque muchas personas hacían caso omiso de las recomendaciones y se la ponían únicamente para entrar a los comercios o medios de transporte.

Era veintiuno de junio cuando la nueva normalidad comenzó a intentar normalizarse, pero había cosas que no cambiaban.

Contra los peores temores de Carlos, aquella había sido la última fecha escogida por Gabriel para sus largas. El conflicto verbal había llegado a un máximo, bajando el estafador la cabeza cuando el muchacho lo había puesto en su sitio, amenazándolo sutilmente si no le daba su dinero.

Pero aquel que tenía su residencia en Montebosco, no daba su brazo a torcer. Hasta el último momento defendía a capa y espada a su Ministro del Interior, tan diferente del grande que ocupaba aquel lugar en su país.

Bien cierto era que el actual Ministro del Interior presumía en su currículum de haber pasado unos pocos años trabajando en Villa del Mar, pero al profundizar en su biografía, se notaba que no era el mismo hombre al que Gabriel hacía referencia: no tenía hijos propios, era homosexual.

Carlos no quería con ello criticar a un colectivo que respetaba, ni dudar de los vientos de alquiler o del potencial de la adopción. Simplemente, la historia de Gabriel se hundía por su propio peso, de igual manera que Di Caprio en el Titanic. Aquel hombre era demasiado básico como para llamar hijo al que emocionalmente podría serlo del actual ministro.

Tanto él como María querían cerrar el asunto de una vez, pero era inútil. Aquel era un pulso que podría mantenerse indefinidamente en el tiempo, pues muchos meses llevaba ya jugándose aquel encuentro, y Gabriel no tenía intención de cambiar, concedor de la inmunidad de la que gozaba.

Daba igual que Martes y los suyos se hubieran unido a la lucha. En cada flor que intentaba posarse, la abeja que ya la rondaba le pedía al estafador que devolviera su miel.

Y hablaban constantemente. El teléfono de Gabriel debería de arder, y María aún no había recibido el informe psiquiátrico del hombre, comenzando a pensar que a sus contactos les había sido imposible conseguirlo.

Un día era Diego, otro día era Antonio, al siguiente Andrés, luego Martes... cada día llamaban pidiendo su dinero, y la respuesta era siempre la misma, largas y más largas.

La persuasión había muerto cuando Gabriel reveló que a María se lo iba a devolver, en un intento de recuperar la confianza de los demás implicados, y lo logrado había sido lo opuesto a lo que quería, ya que gracias a Leonardo, todos conocieron la verdad.

El círculo se había cerrado, y el lobo estaba en el centro, rodeado por aquellas gallinas que él buscaba devorar una a una mientras mantenía su ilusión y las mermaba poco a poco.

Había que esperar a que la bestia, picotazo a picotazo, se desangrara y muriera víctima de las heridas. La alternativa era dar por perdido todo el dinero, porque las esperanzas ya habían muerto.

Y si nunca llegaba a recuperarse, al menos que lo tuviera que invertir en salud. Tanto María como Carlos conocían los problemas de tensión de Gabriel, ya que había cometido el error aquel treinta de noviembre de enseñarles los medicamentos que le habían sido recetados.

Con cada día que pasaba, cobraba fuerza la teoría de que le debía dinero a alguien más peligroso que ellos, y que la desesperación era lo que había hecho que engañara a aquellos que lo rodeaban, a sus amigos más íntimos y a personas que, debido a la cercanía, podían actuar en su contra.

El miedo había impulsado sus actos, y seguramente al probar la eficacia de la mentira al jugar con las esperanzas de terceros y estar ya «hasta el cuello», decidió tirar de la cuerda en beneficio propio.

No había ninguna otra explicación lógica.

Carlos no había vuelto a saber nada de los gemelos desde el día en que Leonardo amenazó a Gabriel. Le dijeron que habían estado con él debido a

las sospechas que tanto ellos como otros remeros ostentaban, pero que al ver al estafador, les había vuelto a envolver la tranquilidad.

El muchacho temía que se hubieran vuelto a creer aquella mentira, esperando una oportunidad que nunca iba a llegar, pero dado que nunca más le habían dicho nada, no le correspondía a él seguir avisándolos, insistiendo en que los estaban estafando. Cuando ellos habían recibido la llamada de Gabriel, no habían pensado en él, así que más no podía hacer, ahora cada uno debía de luchar por lo suyo, aunque no por ello fueran malos chavales.

Pero el hombre ya no se acercaba a su pueblo, evitaba una confrontación directa con los afectados y especialmente con Leonardo. Aquel señor había visto puesta en jaque su reputación, la misma que le había costado años levantar, haciéndolo quedar mal ante tantos vecinos y amigos.

Ni la botella de vino que María y Carlos le bajaron consiguió que se sintiera mejor, aunque sin duda, era un detalle que agradecería.

—Vamos a dejarle una semana —dijo la mujer durante una comida.

—¿Por?

—¿No has visto que así no estamos consiguiendo nada? Nosotros ya nos hemos movido y hemos descubierto el pastel, ahora que sean otros los que presionen y se arriesguen.

—Entonces igual no conseguimos nada —dijo Carlos, visiblemente enfadado.

Hablar de Gabriel sacaba lo peor de él.

—No he dicho que nos retiremos, sino que demos tiempo. Mira hasta ahora como han ido las cosas, largas y más largas.

—Si, y ya que tu método no ha funcionado, igual habría que probar el mío.

—¿Y ese cuál es? ¿Plantarte allí y partirle la cara? ¿Joderte la vida?

—Qué pesada estás con lo de joderme la vida.

—Es que eso es lo que vas a conseguir como te plantes allí a hacer el tonto, porque es lo único que vas a lograr, que te denuncien y pierdas mucho más que seiscientos euros.

—Mira, yo voy de noche, con capucha y una barra de hierro, y no se entera ni Dios de que he sido yo.

—Deja de decir tonterías que lo único que estás consiguiendo es ponerme de mal humor, y no tengo el «chichi» para romerías.

Los días pasaron y con ellos el asunto se fue dejando a un lado mientras los miembros de la casa se adaptaban a la nueva normalidad.

Pero el fantasma seguía ahí, acechando en la esquina de cada habitación, detrás de cada puerta entreabierta, devorando cada sueño roto y regurgitando sus restos en cada pesadilla.

Llegó el séptimo mes del año, aquel que honraba al César. Aquel día Carlos se había levantado torcido, y se había marcado en el calendario acabar con toda aquella farsa.

—Pues llámale —le dijo María.

—Sí, ¿y qué le digo? ¿Qué voy a ir a partirle las piernas?

—No, dile que quieres tú dinero y que vas a pasarte hoy a por él. Y punto.

—Y le cuelgo, sin darle opción a réplica.

—Eso es.

Al acabar de comer, procedió. Como era habitual, tras varios tonos, el estafador le colgó, y a los minutos lo llamó él.

¿Tenía que prepararse el guión? ¿Ponía otro móvil a grabar?

Sea cual fuera la razón, la conversación la inició igual que siempre.

—Buenas tardes Carlos —dijo Gabriel.

—Esta tarde voy a pasarme por tu casa por mi dinero —respondió el muchacho.

No pudo escuchar lo que balbuceaba el hombre mientras se despegaba el teléfono de la oreja y colgaba, pero le daba igual. Seguramente fuera algún intento de réplica o de mentira, para variar.

—Entonces, ¿iremos luego? —preguntó Carlos a su madre.

—¿En qué lugar quedas si le amenazas y luego no vas?

—En el de un perdedor.

—Y yo no te he educado así.

—Al menos quiero pensar que no lo soy, aunque mi futuro aún no esté definido.

—Tu futuro se abre delante de ti, y tú eres el único que decide que caminos vas a tomar. Mira cómo está el mundo que te rodea, cambiando,

inmerso en un proceso que nadie se esperaba. Así que por última vez, aunque sea hazlo por tu madre, pero no le hagas nada esta noche, no te jodas la vida.

—No lo haré. ¿Vendrá Manolo?

—No sé, no hemos hablado hoy. Ya veremos. Yo tengo que ir a hacer unos recados a eso de las seis, y sobre las ocho y media te paso a buscar con el coche.

La tarde se hizo larga cuando María se marchó. Lucas había quedado con sus amigos, y Carlos estaba solo en casa, viendo pasar las horas y con pocas ganas de hacer nada. A media tarde recibió una llamada de Gabriel pero la ignoró.

Se tomaría aquel día como descanso. Por mucho que lo intentara, no podía concentrarse, así que cuando ella estuvo disponible, llamó a Beatriz.

—¿Qué tal vas, «bambino»? —le preguntó ella al iniciar la videollamada.

—Bueno... estoy un poco nervioso. Pero no en plan mal, no por miedo. Simplemente tengo ganas de que pase ya, de que acabe de una vez por todas.

—Uno está nervioso únicamente cuando tiene miedo. Además... ¿miedo de qué ibas a tener? Él es un señor mayor, y tú un chaval joven y fuerte.

—Tampoco es tan mayor.

—Te saca treinta años.

—Por eso, no es tan mayor.

—Pero claramente está en inferioridad física frente a ti.

—Bueno, pues que no fuera haciendo el «hijo de puta» por ahí y no tendría que sacar yo a relucir mi superioridad física.

—No estarás pensando en partirle la cara.

—No quiero tener llegar a eso, le he dicho a María que no iba a hacerlo.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? Tampoco voy a dejar que él haga nada. Y ya sabes el carácter que tenemos en mi familia, es fácil que las cosas se pongan feas. Prefiero que sea su madre la que lllore y no la mía.

—¿Pero no ves que ese señor no está bien?

—¿Cómo que no está bien?

—Pues que no está bien. Por mucho que os quisiera estafar no es normal hasta donde ha llegado. Es consciente de que le habéis pillado y sigue hablando «del de Madrid, del de Madrid». Alguien que está bien de la cabeza no es capaz de llegar a ese extremo.

—Pero que me da igual que esté bien o no, alguien que ha hecho eso se merece lo peor.

—No te estoy diciendo que esté bien lo que ha hecho, ¿eh? En ningún momento te diría eso. Lo que te digo es que está claro que ese señor no está bien de la cabeza, y te repito, mira que cantidad de detalles, mira cómo lo cuenta...

—Si no diera esos detalles o hablara de esa forma... no podría engañarnos.

—Pero hay unos límites, Carlos. Ese hombre se lo cree de verdad. Mira a ver quién te dice a ti que no existe un tal Gabriel Lomo Castillo de verdad y que este tío se crea que es él.

—Que se llama Gabriel Lomo Castillo es cierto, porque lo conocía ya Leonardo.

—Me he expresado mal. Quiero decir, alguien... llamémosle Pedro por poner un ejemplo. Un tal Pedro que sea funcionario de prisiones, sea cercano al Ministro del Interior actual, o al anterior, y que a su vez sea amigo o conocido de Gabriel.

—Eso podría ser cierto, pero más que suplantar su identidad, simplemente podría estar utilizando la información que le da el otro y las historias que le cuenta para atraer a la gente.

—Y de ser así... ¿no crees que hubiera parado al estallar todo lo del coronavirus? Lo hemos hablado muchas veces y no soy capaz de entender por qué no desapareció en ese momento.

—Porque vive en el pueblo de al lado, es simple.

—Por esa regla de tres no hay razones para que os estafara.

—Puede ser imbécil.

—¿Imbécil? No puede ser tan imbécil cómo para haber creado una historia tan buena, tan compleja, tan llena de detalles, involucrando a gente tan importante, y de repente volverse tan idiota de no aprovechar la

pandemia para acabar con todo. Era la ocasión perfecta.

—Si, no tiene mucho sentido que siguiera con ello, pero qué voy a saber yo.

—Lo que te quiero decir es que tengas tacto al hablar con él. ¿O no crees que todos los demás habrán ido a su casa a amenazarlo?

—Creo que en persona no ha ido nadie.

—Crees, pero eso tú no lo sabes. Y él se va a esperar que todo el mundo vaya a malas, ¿qué te cuesta a ti ir de buenas? A malas no has ganado nada.

—Yo aún no he ido a su casa a malas.

—No, fue tu madre con Manolo y mira cómo estáis. Igual lo que tienes que hacer es mostrarle algo de comprensión, aunque por dentro estés pensando en que es un «hijo de puta» y estés cagándote en sus muertos.

—No sé si seré capaz. No soporto que se rían en mi cara.

—Es que no entiendo que te cuesta. Tú vas en plan «mira Gabriel, entiendo que para ti es un problema y agradezco mucho lo que has hecho por mí, pero yo ya no estoy interesado así que quiero que me devuelvas mi dinero». Y ya está, y una vez que lo tengas, ya le dices lo que le tengas que decir.

—Pero es imposible llegar a ese punto.

—¿Por? ¿Cómo va a ser imposible? Solo tienes que morderte la lengua un poco.

—Porque ya le hemos dicho de todo, incluido que su sujeto de Madrid no existe. Ya no se puede cambiar eso.

—Da igual, esa parte omítela.

—Bueno, aunque yo lo haga, ya sabes cómo es María.

—Pues habla con ella de la que te recoja, para seguir ambos el plan.

—Ya, y si me vuelve a dar largas, ¿qué?

—Pues le dices que le acompañas al banco a sacarlo, y si te dice que mañana, le dices que te quedas a dormir en su casa.

—Vete tú a saber si no me apuñala.

—¿No crees que él tendrá el mismo miedo que tú a que le apuñales tú a él? No te va a dejar subir. Y si no, aparcas con el coche en su puerta, y esperas a que salga de casa el día siguiente. Pero como vuelvas otra vez diciéndome que no ha pasado nada, vamos, la que te pego soy yo y luego

me planto en su casa.

—No, hoy va a acabar todo. Es más, voy a ir preparándome para irme. Luego te digo algo.

—Una cosa más.

—Dime.

—Ten cuidado.

Carlos colgó y comenzó a prepararse. Iba de «*sport*», pero se cambió su camiseta por otra de tirantes, negra y más cómoda, por lo que pudiera pasar. En esta ocasión, decidió no llevar la navaja de Lucas.

Pasó poco tiempo hasta que recibió un mensaje de María.

«Vete bajando. Acabo de pasar a recoger a Manolo y voy para allá».

«Así que al final iremos los tres. Mejor», pensó Carlos tras leer el mensaje de su madre.

Calzado cómodo, también negro, de ese de ir a correr, y unos cuantos escalones eran lo que le separaba de la calle, ahora que podía besar a la tan ansiada libertad que durante meses lo había mantenido encerrado en casa.

Amenazaba con seguir lloviendo. Llevaba ya varios días de goteo incesante, algo común en aquellas tierras durante el verano, pero al menos desde hacía media hora no había caído gota. El muchacho deseaba que siguiera siendo así hasta que regresara a casa, y a poder ser, con el dinero.

Rompiendo contra el suelo mojado, al poco tiempo la furgoneta de su madre se detuvo enfrente de él. Manolo iba de copiloto y ambos le hicieron un ademán para que subiera.

—¿A que no sabes qué? —le dijo María nada más sentarse.

—Pues si no me lo dices, seguro que no —respondió Carlos.

—Me ha llamado Leonardo dos veces. La primera no se lo cogí, pero la segunda sí.

—¿Y qué te decía? ¿Le has dicho que íbamos a ir donde Gabriel?

—Sí, se lo he dicho pero ha intentado persuadirme de que no.

—Y tu madre le ha colgado —interrumpió Manolo.

—¿Y eso? ¿Resulta que está implicado? —preguntó Carlos de forma muy intrigada.

—No, no, nada de eso. Realmente no sé muy bien lo que quería porque apenas le he dejado hablar —respondió su madre.

—Pero vamos a ver, contadme como ha sido.

—Pues el hombre llamó para ver si mañana podíamos reunirnos en El Voltijo con él que tenía una noticia que darnos, y tu madre le ha respondido que ahora no podía hablar que íbamos los tres al portal de Gabriel.

—Sí, me ha llamado en plan cómo para decirme que mañana teníamos que reunirnos todos los implicados que él había averiguado algo, y al decirle que iba donde Gabriel ha intentado persuadirme de que no lo haga.

—Eso suena muy mal... —dijo el hijo.

—No iba con esa intención, estoy seguro. Me dijo que no merecía la pena intentarlo, que no lo hiciéramos, que únicamente íbamos a perder el tiempo, que esperara un día más.

—¿Y qué le dijiste?

—Que estaba conduciendo y ahora no podía hablar. Y le colgué.

—¿No volvió a decir nada?

—Me envió un WhatsApp con una citación mañana a las doce y media de la mañana en El Voltijo.

—¿Iremos?

Carlos no hacía más que preguntar e increpar a su madre, algo perplejo por aquel movimiento de Leonardo.

—Supongo que sí. Habrá que ver cómo reacciona Gabriel esta noche. ¿Tienes noticias de él?

—Me llamó a eso de las cinco o cinco y veinte de la tarde, pero no se lo cogí.

—Bien, bien.

—Tened cuidado los dos, igual se siente acorralado y podría ser peligroso. Quién sabe si baja con alguna escopeta de donde los animales o a saber. Esa maldita rata...

—No le pongas las manos encima...

—Y no te jodas la vida. Ya sé lo que me vas a decir, mamá, no te preocupes.

No pasaron más de diez minutos hasta que pudieron aparcar. Montebosco no estaba muy lejos, y tuvieron suerte al poder encontrar sitio cerca de la puerta de Gabriel.

—Yo pensé que era otro portal, en aquella calle —comentó el

muchacho.

—No, no, es aquí. Llama —le respondió María.

Carlos tocó el timbre. Tras unos incómodos segundos donde la única respuesta fue el silencio, se puso una mujer al otro lado.

—¿Quién es?

Su tono reflejaba incomodidad. Claramente había sido avisada de que igual tenían visita ese día.

—¿Está Gabriel? —preguntó Carlos.

—No, ahora no está en casa.

—¿Y sobre qué hora vendrá?

—Pues sobre las diez, o diez menos cuarto.

No hubo respuesta. Eran las nueve menos cuarto, podía llover en cualquier momento, pero al menos la temperatura no era fría. Carlos no era muy susceptible al calor ni al frío, pero no sabía si sus acompañantes reaccionarían igual, aunque su madre, por lo que él conocía de su carácter, aguantaría sin problema.

Al otro lado del telefonillo se escuchó una respiración entrecortada, con un sonido que imitaba a aquellos que esperan una respuesta pero nunca la reciben, y, frustrados, se dan por vencidos. Entonces se cortó la comunicación.

—Id a casa si queréis. Yo voy a esperar aquí —dijo Carlos.

—Ese señor está en casa —añadió Manolo.

—Sí, está en casa, acojonado, y no quiere bajar. Y por el tono la que hablaba parecía su mujer —dijo María.

—Bueno, iros que yo me quedo, no os preocupéis.

—Nos quedamos todos —respondió su madre.

Pasados quince minutos de incómoda espera, comenzó a llover un poco, pero el portal servía como refugio para aquellos tres mosqueteros que intentaban luchar por lo que aparentemente era un imposible.

—Voy a llamarlo yo ahora, a ver qué me dice —dijo María.

—¿Al móvil o al timbre? —preguntaron los dos hombres casi al unísono.

—Al timbre mejor, creo yo.

Tras dar un par de pasos, volvió a tocar.

—¿Sí, quién es?

Era la misma voz de la mujer que había hablado a Carlos.

—Buenas noches, ¿está Gabriel?

—No, no está. ¿Por?

—Es que había quedado conmigo. ¿Sabes a qué hora vendrá?

—No.

—¿Y aproximadamente?

—Diez, o diez menos cuarto.

—Vale, pues le espero. Muchas gracias y muy amable.

La mujer del telefonillo colgó.

—No creo que nos mienta, pero desde luego está dando largas —dijo Carlos.

—Yo sigo pensando que está arriba. Se la veía muy nerviosa —le respondió su madre.

—Yo también creo que está en casa. ¿Esperamos o queréis irnos? —preguntó Manolo.

—Esperamos —respondieron los familiares al unísono.

Al poco tiempo, dejó de llover, tal y como había comenzado a hacerlo, de forma progresiva, hasta desvanecerse, pero no salió el sol, simplemente, fue anocheciendo.

Los vecinos entraban y salían, circulando de forma incómoda, reparando en el trío de personas atrincheradas en su portal. En un determinado momento, pasó una señora mayor con un perrito pequeño, que tras saludar, fue a dar una vuelta a la manzana con el animal.

—Esta señora estaba también el otro día —dijo María.

—¿Crees que puede ser la mujer? —preguntó su hijo.

—No, no creo. Pasó por el portal mientras hablábamos con él, nada más. Parece más bien la típica señora cotilla que tiene que enterarse de todo lo que pasa en la comunidad.

—Una «policía de balcón».

Los tres se rieron, pero la risa provocada por el comentario de Carlos únicamente fue una risa incómoda, rara, un intento desesperado por cambiar la perspectiva desde la que abordaban la situación.

—Voy a ir a comprar fruta —dijo Manolo.

María fue con él a una pequeña frutería de la esquina, donde pasaron unos quince minutos muy largos durante los cuales el muchacho se dedicó a mirar a los coches que pasaban, en busca del reo fugado. Uno de ellos se parecía al vehículo de Gabriel, pero Carlos no pudo fijarse en él con la suficiente calma y claridad como para discernir si se trataba de la persona que buscaban.

Pasado ese tiempo, la pareja volvió cargados con bolsas.

—No pensaréis esperar con las bolsas en la mano —dijo Carlos.

—Bueno, así podemos golpearle en la cara con ellas —respondió irónicamente su madre.

Dado que no suponía ningún esfuerzo, fueron a dejarlas al coche, sin perder de vista el portal del estafador, y nada más completar su cometido, volvieron. Manolo siempre tenía un tema del que hablar.

Alrededor de las nueve y media, una chica entró en el portal. Carlos no pudo ver qué número tocaba, pero sin escuchar la voz que aguardaba al otro lado, la puerta se abrió tras recitar el mágico sortilegio.

—Soy yo.

Era una chica de estatura media, delgada, no especialmente guapa, con un aspecto esbelto y pintas de barrio.

—Es su hija —dijo el muchacho.

—La verdad es que da el perfil —respondió su madre.

—Estoy seguro de que es ella. Recuerda que la encontré en las redes. Es ella seguro.

Pero sin más confirmación, ahí se quedó la cosa. Manolo decidió ausentarse un poco para ir a ver si otro comercio estaba abierto, así que madre e hijo se quedaron solos.

—¿Por qué no lo llamas? No va a bajar —le dijo su madre.

—Nos han dicho que hasta las diez, pues a las diez. Si está dentro tendrá que bajar, y si no ha llegado a casa, estará pasando hambre esperando a ver si nos vamos. ¿Quién sería yo, si no puedo cumplir mi palabra de venir a por lo que es mío?

—Tienes razón, pero es que me hiere la sangre. Si quieres lo llamo yo.

—No, no. Es asunto mío. Vamos a esperar hasta las diez.

Antes de que Manolo regresara, la extraña chica volvió a salir del

portal, acompañado de un cachorro de bóxer blanco.

La muchacha se dirigió en la dirección opuesta a Carlos y María, y estos se miraron. Al poco tiempo regresó el hombre.

—Estaba cerrado. Yo pensé que cerraba a las diez.

—Habrá cerrado a las nueve entonces —respondió María.

—Muy astuta... —dijo su hijo por lo bajo, pero la mirada de su madre revelaba que lo había escuchado.

—¿Alguna noticia del hijo de puta este? —preguntó Manolo.

—Nada —respondió Carlos.

—Yo quiero, o bien llamarlo yo, o bien que llame Carlos, pero nada. Dice que hasta las diez —dijo su madre.

—¿Qué más te da ya esperar quince minutos más?

Pero no hubo respuesta.

El perruco, juguetón, tiraba hacia ellos. Se subía dando saltitos, y se restregaba contras sus manos y piernas, buscando cariño de la misma forma en que los inocentes o los ignorantes abrazan al que será su verdugo.

—Nos olerá a nuestro perro —dijo María.

Carlos intentó hacer contacto visual con la chica, pero no los miró a la cara a ninguno, ni cuando hablaba.

—Vamos Nora, vamos, que tienes las patitas mojadas —dijo al chica.

Tenía un tono de voz fuerte, la garganta seca, áspera, cómo si llevara fumando más años de los que aparentaba tener.

Pero solamente miraba al suelo.

Cuando se fue, e intentó entrar al portal, pasaron junto a ella un grupo de tres macarras. Eran justo ese tipo de gente la que Carlos detestaba, aquella en la que siempre había evitado convertirse. Rondarían su edad, pero el alcohol y otros de los placeres de la mala vida los hacían verse más mayores, más desgastados.

El cabecilla, que era gordo como un gorrino y tenía la piel tirando a morena, pero no por haberse pasado largas jornadas trabajando bajo el sol, gritó a la chica que intentaba entrar en el portal.

—¡Gabriela! Qué, ¿me vas a hablar ya o no piensas perdonarme? «¡Gabriela!», pensó Carlos.

Los dos chavales que lo acompañaban comenzaron a reírse, y el que lo

dijo, que de no haber hablado bien podría haber pasado por un chon, no perdió la sonrisa ni siquiera cuando la chica en vez de responder, se apresuró aún más en el interior del portal.

Pero el refugio que buscaba no era para protegerse de aquel híbrido mitad cerdo mitad humano.

—Era ella. Es la hija de Gabriel, confirmado —dijo Carlos a sus acompañantes.

—¿Cómo lo sabes? A mí también me lo parecía, da el perfil, pero de ahí a confirmarlo... —le respondió María.

—El despojo ese que ha pasado la ha llamado Gabriela. Y así es como se llama la hija de Gabriel, menuda estúpida manía de llamar a los hijos igual que sus padres. Y el perro... ya decía yo que me sonaba. ¡Tiene fotos en las redes sociales con él!

—Entonces la han mandado bajar para ver si seguimos aquí —dijo Manolo.

—Seguramente incluso haya venido solamente para eso —le respondió el muchacho.

—Sí, porque no vivía con él, ¿no? —preguntó su madre.

—En teoría vive en Puerto Victoria con su novio, o prometido, o lo que sea, vaya. Su pareja —respondió Carlos.

—Bueno, pues quedan menos de diez minutos.

Tras tantos retrasos, tras tantas mañanas, tras tantas noches sin dormir y horas perdidas, al fin el tiempo se acababa. Un tiempo, que en verdad, era lo único que tenían, siempre conectado, siempre unido a ellos, ligándolos en todos los momentos que podían compartir, que cerraba ahora una de sus líneas temporales aquella noche.

Menos de diez minutos para un final que llevaba mucho tiempo retrasándose. Una historia con la que ni el extraño virus venido de tierras lejanas había podido. ¿Quiénes eran ellos para ponerla final?

Pero el tiempo debería de enseñarlos aún la lección de que todo sigue su curso, de que nada puede hacer el hombre, o la mujer, para alterar su cauce.

Eran las diez en punto de la noche cuando Carlos dio un paso al frente y sacó el teléfono. Había anochecido, y una leve llovizna comenzaba a caer, acompasando a aquel momento.

María y Manolo estaban hablando entre ellos, pero con un gesto de la mano, ambos callaron, atentos, observando al muchacho convertido en hombre mientras llamaba al hombre convertido en rata.

Un tono, dos tonos, tres tonos.

—Buenas noches Carlos, dime.

—¿Puedes bajar un momento?

—No estoy en casa.

—¿Y dónde estás?

—En Montebosco, pero no en casa.

—Pues ven a tu portal. Te espero aquí. ¿Cuánto vas a tardar?

—Lo que tarde en llegar.

—Tranquilo, aquí estaré.

Y lo volvió a colgar. Gabriel debió de notar que aquella vez las cosas iban a ser diferentes, porque en aquel momento, ningún coche pasó por delante de su portal.

En menos de diez minutos, Carlos lo vio venir a lo lejos. De seguro había sido el hombre que conducía aquel coche parecido al suyo, y que llevaba todo ese tiempo, al igual que ellos, esperando.

Si no... ¿por qué no haber buscado sitio cerca de casa? Además, el ruido que lo envolvía al haberlo llamado por teléfono era demasiado tranquilo como para encontrarse por la calle o en algún bar, y desde su finca habría tardado más tiempo en llegar.

—Ahí viene —dijo el muchacho a sus acompañantes.

Sin capucha, mascarilla, o paraguas, Gabriel iba andando por la acera de enfrente. Cuando cruzó, los tres pacientes se giraron hacia él, un poco abiertos. Carlos puso sus manos en su espalda, agarrándose el puño derecho con su mano izquierda para no equivocarse esa noche.

Cuando el falso funcionario llegó, lo primero que hizo fue intentar desenvolverse con una sonrisa, pero la única respuesta que recibió fue la de seis pupilas de hielo reflejadas en su cara.

Sacó una mascarilla arrugada del bolsillo, y se la puso.

—Te dije que iba a venir a por mi dinero, y aquí estoy —dijo Carlos.

—Te he llamado antes y no me le has cogido —respondió Gabriel.

—No, no te le he cogido porque no he querido —replicó el muchacho.

Gabriel se encogió de hombros y miró un momento hacia el suelo, dando a entender que el comportamiento de Carlos era inmaduro.

—Pues si yo te llamo, me lo coges —le dijo.

—Eso lo decidiré yo —respondió el chaval.

—¿No te enteras de que mi hijo ya tiene otra vida y no le interesa seguir con estos jueguecitos? —dijo María, entrando en la conversación.

Mucho había tardado en saltar, pero por muy mayor que fuera Carlos, una madre es una madre.

—¡Me da igual la vida que tenga! —respondió el estafador.

—No es cuestión de que tenga una vida o no. Es cuestión de que quiero mi dinero y no me pienso ir sin él —dijo el chico amenazante.

La lluvia comenzó a coger algo de fuerza, y Gabriel volvió a encogerse de hombros. Se lo veía incómodo, irritado: le estaban atacando en su propio territorio, pero no era un terreno que controlara a su favor.

El miedo a que sus vecinos descubrieran el monstruo con el que compartían escalera inundaba el ambiente. La duda era si aquella presión sería más o menos temible que el virus mortal que impedía ver los gestos de los interlocutores, aunque la noche ya había escogido bando en aquel enfrenamiento al aliarse con la enfermedad.

Quizá ellos deberían de haber escogido ese mismo bando, pero tales factores se escapaban a las cuatro personas que simplemente estaban plantadas de pie, mojándose por nada.

—Yo no te tengo que dar tu dinero —dijo al fin el bípedo roedor.

—¿Entonces quién? Ya está bien —le respondió María.

—El de Madrid, un día de estos sube y te lo da, que es él el que te lo tiene que dar.

—Ya está bien, Gabriel, ya está bien de toearnos —dijo Manolo, entrando por primera vez en la conversación.

—El de Madrid no existe —le dijo Carlos en un tono cada vez más amenazante.

—¡Eso lo dirás tú que no existe! —respondió Gabriel.

—¡Es que no existe! —gritó Carlos.

La tensión iba en aumento, y en cualquier momento, podía estallar todo. Si aquello pasaba, Gabriel ganaría la partida, pudiendo denunciar a los

afectados y sacándolos más dinero todavía.

Al fin y al cabo, tenía razón Beatriz: era un hombre mayor y él un chaval joven.

—¿Realmente te compensa hacer esto por seiscientos euros? ¿Arriesgarte a que tus vecinos te vean tal y como eres por ese dinero? —le preguntó esta vez María.

—¿Cómo realmente soy? Ya se te ha visto de qué palo vas, ¡a ti y a tu hijo!

—Ten mucho cuidado con lo que dices que me estás cansando —le amenazó Carlos.

—Ya os he dicho que cuando suba el de Madrid os devuelve vuestro dinero. No sé qué más queréis —dijo el estafador intentando calmar su tono.

—Que nos lo des ahora mismo —respondió Manolo.

—¡No soy yo el que os lo tiene que dar!

—A ti te lo dimos —dijo María.

—Si, a ti te lo di yo —añadió su hijo.

—Eso es cierto. Pues entonces, cuando suba y me lo de, te lo doy yo, como muy tarde el domingo.

—No, me lo vas a dar hoy —le dijo Carlos.

Gabriel comenzó a retroceder hacia su portal.

—Es que... no lo tengo —dijo finalmente.

—Pues te acompaño al banco a sacarlo, que habrás cobrado hoy la pensión, y cuando te lo de el de Madrid, te lo quedas —le respondió nuevamente el muchacho.

—¡Yo os prometo que cuando suba os lo doy! Mira, te lo prometo a ti —dijo señalando a Manolo.

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

—Porque a estos dos ya se les ha visto el plumero —respondió Gabriel.

—Mira, la diferencia entre tú y yo es que tú tienes mi puto dinero así que deja de tocarme los cojones.

Tras esas palabras, Carlos comenzó a avanzar hacia Gabriel, que cada vez retrocedía más rápido hacia su portal.

—¡El viernes lo tienes!

—Lo quiero ahora.

—¡Pero el de Madrid no está aquí!

—¿Y no le habías dicho a Leonardo que había subido los últimos días de junio? —dijo María.

—¡Mañana! ¡Mañana si puedo te lo acerco!

Y comenzó a correr hacia la puerta, sacando las llaves muy rápido. Había sido un error que lo esperaran junto al portal en vez de frente a la puerta, pero si ahora intentaban detenerlo, la situación se pondría violenta, con todo lo que ello implicaba.

María agarró a su hijo del brazo para detenerlo, ya que iba tras él, y gritó.

—¡El de Madrid no existe! ¡Deja de poner por delante a ese estúpido ministro tuyo y devuélvenos nuestro dinero!

—¡Vais a ver cómo existe y os va a cerrar a todos vuestra boca! —gritó mientras intentaba torpemente abrir la puerta.

—Pues ojalá estemos equivocados. Entonces no me costaría nada disculparme —dijo Carlos.

—¿Disculparte? ¡No quiero vuestras disculpas! ¡Quiero que esto acabe ya porque me está afectando a la salud! ¡Ya se ha visto que clase de gente sois! ¡Si no hubierais esperado a tener todos los papeles firmados ya os lo podrían haber devuelto!

Finalmente, abrió la puerta y entró por ella de forma apresurada.

—¡Bonito perro! —le gritó Carlos.

—Igual ni te ha oído —le dijo su madre.

—Espero que sí. Así al menos sabrá que sabemos quién es su hija. Si sabe que conocemos a su familia... igual el miedo hace algo —respondió.

—Le he visto diferente esta vez —dijo María.

—Tenía miedo. Se le veía incómodo. Ha huido aterrorizado —comentó Manolo.

—No creo que tuviera tanto miedo, sabe que no puedo partirle la cara porque sale ganando —le respondió Carlos.

—El miedo que tiene es a que todos hagan lo mismo que nosotros y todos sus vecinos se enteren de la clase de persona que es —le dijo su madre.

—Bueno... al final no hemos conseguido nada. Nos hemos ido con las manos vacías —dijo el muchacho.

—No creo que haya sido así. Lo de hoy ha sido una victoria —dijo Manolo.

—¿Victoria? Él sigue teniendo los seiscientos euros.

—No creo que los tenga —respondió María.

—Y si no los tiene, da igual lo que hubiéramos hecho que no podría habernos pagado. Al menos ha tenido que estar esperando en su coche el mismo tiempo que nosotros. La única forma de lograr algo es seguir así —dijo la pareja de su madre.

—Pues nada... veremos qué es lo que tiene que contarnos mañana Leonardo.

Al regresar a su casa, Carlos estaba muy decepcionado. Beatriz y Lucas preguntaron, cada uno en su momento, por lo sucedido, pero a impresión del muchacho ambos también lo estaban. Había prometido a su pareja que no regresaría con las manos vacías, pero... ¿qué podría haber hecho diferente? ¿Haber ido con la actitud que ella le había aconsejado?

En la teoría era una buena idea, pero en la práctica, cuando tienes al diablo delante, todo ocurre de forma diferente.

«Menuda flema tiene el tío», pensaba el muchacho. «Ve que estamos en su portal y que lo hemos pillado, y sigue acusando al Ministro del Interior. Es increíble».

Miles fueron las ideas que precozmente pasaron por su cabeza aquella noche, robándole el sueño, acompañando a la tormenta que en la nocturna oscuridad sembraba el miedo entre los corazones de los que habían sido maldecidos con el insomnio.

Sin darse cuenta, de repente eran las once de la mañana. Parecía un perezoso intentando estirarse, y le dolía todo el cuerpo. Una mala postura le había pasado factura. Ahora tenía que desayunar y vestirse para bajar a ver qué quería compartir Leonardo con ellos.

—¿Vas a bajar así? —le preguntó su madre al ver que llevaba la misma ropa del día anterior.

—Sí, ¿algún problema?

—No, ninguno, pero podías echarla a lavar.

—Da igual, hoy voy a entrenar, ya la echaré después.

A la hora indicada, bajaron a El Voltijo. En una mesa redonda, de madera, con fuertes patas, se encontraban sentados a su alrededor todos los involucrados por parte de Leonardo: estaban Martes, Andrés, Antonio, Diego, la pareja que había visto Carlos hablar con Gabriel desde su coche, la sobrina de Leonardo... pero ni rastro del patrón.

—Bueno, parece que nos ha reunido a todos —dijo María para romper el hielo.

—Eso parece —dijo Martes.

Carlos notó la ausencia de los remeros, pero no le correspondía a él avisarlos. Ellos habían llegado a Gabriel por otra vía diferente de la suya.

Quizá no querían retroalimentar su ira, pero poco importaba ya.

—¿Y Leonardo? —preguntó el muchacho.

—Ahora llegará —dijo su sobrina—. Tenía que ir a por alguien.

Tras pedirse un café, esperaron. El silencio era incómodo, y nadie se atrevía a abrir la veda y hablar sobre el tema que los había unido a todos. Carpinteros, enfermeras, albañiles, electricistas, universitarios... aquel arca de Noé parecía un experimento social perfectamente orquestado dadas las circunstancias que corrían, haciendo de aquellas personas los escogidos de la humanidad para restaurarla después de aquella apocalíptica pandemia.

O simplemente demostraba lo estúpida que puede llegar a ser la codicia humana cuando se renuncia a los principios sociales en pos del beneficio individual, cegando a todo un pueblo y a sus habitantes, sin importar edad, profesión o estatus.

Ya daba igual. A pesar de haberse roto el saco, todos eran víctimas, y no por querer actuar en pos del progreso individual deberían de beatificar a alguien con un nombre tan bíblico como Gabriel.

Las mascarillas solamente se las quitaban para beber.

No pasó mucho tiempo hasta que finalmente apareció Leonardo. Iba acompañado de una mujer, pero no era su esposa. Aquella señora era mucho más anciana.

Martes se apresuró a ayudarlo con la silla de ruedas, e hicieron entre varios rápidamente un hueco donde colocarla. Leonardo se sentó a su lado.

La señora tenía el pelo blanco, mostrando los resquicios de una vida con

rizos, y la cara llena de arrugas. Sus ojos eran marrones, y sobre la nariz, tenía una enorme verruga. Iba vestida con una chaqueta «típica de abuelas», como diría Lucas, y una falda larga, todo en tonos grises. Llevaba una mascarilla estándar y un pañuelo azul clarito.

—Os presento a Isabel Castillo, una buena amiga mía, aunque ahora la veáis tan mayor. Ella es la madre de Gabriel —dijo Leonardo.

La expectación y la sorpresa golpearon al grupo, que tras el choque inicial, comenzó a murmurar.

«Esa señora podría tener la edad de mi abuela», pensó Carlos.

—No la he traído aquí para que comencéis a hablar entre vosotros. He venido con ella porque tiene algo que contaros —dijo Leonardo, devolviendo al silencio al lugar donde debería de estar.

—¿Y qué es eso tan importante que tiene esta señora que contaros sobre su hijo? —dijo Martes frunciendo el ceño.

—Ten cuidado con el tono, que como ves, está mayor, y es tan difícil para ella hablar de él como para nosotros. Tras descubrirse tantas cosas sobre Gabriel gracias a María y a su hijo, finalmente decidí acercarme a casa de Isabel a hablar con ella y con su marido. Él no ha querido venir porque a pesar de que los años han pasado, no es capaz de asumirlo, aunque no tenga por qué rendir cuentas por su hijo, pero aquí la señora va a contaros lo mismo que me dijo a mí. Ya sabéis que ella y él fueron a mi boda hace ya muchos años, ¡más de los que tenéis alguno! Así que solamente os pido que la escuchéis con atención —dijo Leonardo.

—Ya te escuchamos con atención una vez y aquí estamos, con miles de euros menos, y tras haber pasado muchos meses sin dormir —respondió de nuevo el albañil con mal tono.

—Pero esta vez es a mí a quién vais a escuchar, y después, haréis lo que queráis —dijo la señora.

La potencia de su voz contrastaba con su frágil apariencia física. Se notaba en su mirada que era una mujer que había sufrido mucho durante los años que había vivido, y que no todas esas cicatrices estaban perfectamente cerradas.

Ante tal comentario todos los presentes callaron. Martes se sonrojó y miró a la mesa, agachando la mirada, intentando refugiarse tras los restos de

la caña que había bebido.

—Como ya os ha dicho Leonardo yo soy la madre de Gabriel Lomo Castillo. Mi familia y la de vuestro vecino y amigo se conocen desde hace muchos años, ya que mi casa estaba cerca de donde tenía él las oficinas de su empresa, y mi hijo mayor, Adolfo Lomo Castillo, trabajó durante años con él. Gabriel también se dedicó a la construcción hasta que hace más de una década todo cambió.

—¿Por qué cambió? —preguntó Antonio, el electricista.

—No estoy muy segura de qué motivó el cambio, o de si realmente estuvo allí durante todo ese tiempo, latente, esperando el momento oportuno. Pero hace más de una década todo cambió dentro de mi familia y Gabriel nunca más volvió a ser el mismo. Algunos ya sabéis que él tiene una hija, Gabriela. Mi nieta ahora deberá de tener cerca de treinta años, pero desde que pasó aquello, no la he vuelto a ver.

«Gabriela», pensó Carlos. «La chica que ayer bajó a espiarnos».

—A mi nieta la violaron dos de los hombres que trabajaban con Gabriel en la construcción. La ataron dentro de una obra que interrumpieron todo un fin de semana, y pasaron esos días con ella. Nos volvimos locos buscándola pero no había señal, ni rastro. Mi hijo el menor nunca hubiera sospechado de ellos. Ella consiguió escapar aquel domingo por la noche. Llegó a nuestra casa herida, y se desmayó. Nosotros llamamos a la ambulancia, que se la llevó rápidamente, y la hicieron todas las pruebas pertinentes, confirmando las múltiples violaciones y analizando todas sus lesiones, externas e internas. La habían golpeado, apagado cigarrillos en su piel... y estaba embarazada.

La mujer rompió a llorar, y Leonardo rápidamente la dio un pañuelo y la abrazó. Cuando se recompuso, siguió.

—Cuando pudo hablar, nos lo contó todo. Los dos hombres habían intentado huir del país, pero habían sido detenidos a tiempo. Ella abortó, pero antes de que la ley pudiera proceder, Gabriel acabó con ellos. En su cabeza no podía asimilar que los dos hombres que habían destrozado la vida de su hija siguieran vivos a pesar de todo. Sobornó a un funcionario de prisiones para entrar a Villa del Mar, y allí se tiró todo un fin de semana con ellos en una sala insonorizada, torturándolos, hasta que finalmente los mató.

—Normal, menudos hijos de puta —exclamó María.

Isabel asintió con la cabeza, y haciendo acopio de las fuerzas que la quedaban, siguió hablando.

—Gabriel fue condenado por ello, pero le daba igual. Pasó años en la cárcel, sufriendo numerosos exámenes psicológicos, y poco a poco fue internándose más en sí mismo y perdiendo la cabeza. Al final decidieron enviarlo a un psiquiátrico, el mismo donde había sido tratada su hija. Hasta donde sé, ella nunca se recuperó de las secuelas de aquella violación, pero ver en lo que se había convertido su padre al intentar vengarla la causaba un daño aún más irreparable. Mi marido y yo intentamos de todo con tal de que se recuperara, pero el aislamiento, el asesinato, y el pensamiento de lo que había vivido su hija fueron más de lo que pudo soportar. Comenzó a creerse el socio del hombre al que había sobornado para entrar en Villa del Mar, y a aquel hombre, comenzó a verlo como al Ministro del Interior. Poco después, tras saberse aquello, mandaron al funcionario a Madrid, y no volvimos a saber de él, pero desde que los psiquiatras liberaron a mi hijo no deja de decir que él es amigo del ministro y que, al igual que le hicieron a él, tiene la potestad de meter a la gente a trabajar allí. Pero no es verdad, solamente está loco.

—Entonces... ¿qué ha hecho con nuestro dinero? —preguntó la hermana de Diego el carpintero.

—Su hermano, su padre y yo cortamos la relación con él cuando comenzó a estafar a la gente. Intentamos hacerlo entrar en razón pero era imposible. Él pide el dinero con toda la buena intención del mundo, y se lo envía por transferencia al supuesto ministro, pero ese hombre no existe, y la cuenta a la que van a parar los fondos es una que le ha dado su hija, falseada en busca de obtener económicamente una recompensa por las violaciones, ya que culpa a su padre de ello por ser sus compañeros de trabajo.

—¿Y por qué no habéis ido a la policía? —preguntó Martes.

—¿Y ver a mi hijo nuevamente en la cárcel? ¿O a mi nieta? Jamás. No seré capaz de reconciliarme con esos dos locos, pero no dejan de ser mi familia. Así que ahora que sabéis la verdad, haced lo que creáis oportuno, pero como no creo que ninguno grabara esta conversación, tendréis que

pensar cómo demostráis algo. No estoy justificando a mi hijo, ni a mi nieta, pero ellos dos únicamente son dos víctimas más de un mundo cruel e injusto. ¿Estáis libres de pecado? Adelante, tirad la primera piedra, pero así no conseguiréis vuestro dinero de nuevo, ya que mi hijo está convencido de que es verdad lo que os dice, y mi nieta pasa por víctima de la sociedad en los registros.

—Pero las transferencias quedan registradas —dijo Carlos.

—¿No puede un padre enviar dinero a su hija tras haber sufrido una tragedia como aquella? Es un dinero que puede obtener de la granja. Si vosotros hubierais sido más puros que mi familia o que los violadores, en vez de intentar estafar al Estado, hoy no estaríamos aquí reunidos. Ahora, que cada uno actúe en consecuencia.

Nadie dijo nada más, y Leonardo se llevó a la señora de vuelta a su hogar.

Aquello era algo que ninguno se esperaba y todos sabían que poco más podían hacer. Habría quien tomara acciones legales, quien llamaría día sí y noche también en espera de obtener su dinero, y quien tiraría la toalla, pero en el fondo todos sabían que no recuperarían nada del dinero entregado a Gabriel y a su Ministro del Silencio.

## Epílogo

Hacía bastante calor para la hora que era. Ahora entendía lo que había vivido Beatriz una semana antes, cuando con la idea de sorprenderlo, tomó dos veces seguidas ese mismo autobús nocturno con la única esperanza de pasar un día con él.

Era tan escaso el tiempo que los amantes habían podido compartir tras pasar tantos meses separados, tras poner en cuarentena a todo aquello que los unía, tras poner a prueba a todo aquello que los separaba, que él era incapaz de aguantar un minuto más sin verla.

Ahora era su oportunidad de tender una mano a la oscuridad, esperando que otra mano, más pequeña que la suya, saliera de las sombras y la agarrara.

Aquel día no había sido más que un sueño, la efímera letanía de una noche de la cual aún no había despertado, y en tan acotado espacio de tiempo, Carlos no había podido saciar su sed.

Iba a ser duro viajar mientras el coronavirus formara parte de sus vidas. Además de lo incómodo que era viajar en autobús, tenía que lidiar con una apretada mascarilla durante las seis horas que duró el viaje, y el tiempo entre estaciones.

«Podría haber sido peor», pensó. «Podría haber tenido que compartir asiento, como los que iban detrás».

La situación era un tanto ridícula. No se respetaban las distancias de seguridad entre personas, haciendo a los pasajeros compartir sitio, ignorantes de las condiciones en que viajaba cada uno, pero por largo que fuera el trayecto, tampoco se les permitía comer en las estaciones de paso,

ni siquiera aislándose de forma solitaria en las esquinas.

Eran las seis y media de la mañana, y además de estar cansado, tenía algo de hambre. No haber podido dormir en toda la noche tampoco ayudaba.

¿Tomar el metro? No se veía preparado para afrontar ese hervidero de posibles contagios, ese nido de infecciones, esos raíles a la ignorancia.

Y él iba cargado. Iba bastante cargado.

A un lado, llevaba una mochila con su ropa, con todo lo que él creía necesario para sobrevivir durante aquella semana. Al otro, bastante más pesada, la funda de su portátil con la computadora, apuntes, y un libro.

Aquel sería el capítulo que cerraría la etapa en que Gabriel había sido el coprotagonista de su propia historia, abriéndose nuevas puertas ante él. Esperaba que a Beatriz la hiciera ilusión la sorpresa, aunque siendo realista, la idea de despertarla antes de las ocho de la mañana no parecía una jugada realmente astuta.

Las calles estaban desiertas. ¿Qué podía esperar de un domingo en la mañana? Había gente durmiendo entre cartones, basura por el suelo, y un sol naciente que comenzaba a reflejarse entre los cristales de los establecimientos vacíos.

La ciudad parecía el escenario de cualquier película de ciencia ficción *post-apocalíptica*.

Carlos nunca había visto Madrid en aquellas condiciones. Era un lugar que nunca duerme, un imperio donde nunca se ponía el Sol.

¿Sería capaz de recuperarse de aquello? ¿Qué depararía el futuro?

Quizá nunca se esclarecerían los hechos que rodeaban a la pandemia del coronavirus, alimentando las teorías de los adoradores del caos, y quizá nunca se podría recuperar el dinero que en su momento dieron a Gabriel.

Les estaba bien empleado, por alimentar al uróboros de la corrupción. Quizá todos deberían de aprender de los meses de encierro y comenzar a ser más generosos, más vecinos, más amigos, y menos extraños.

Quizá, deberían de dejar de sentirse solos caminando rodeados de tanta gente, pues ya se había puesto de manifiesto que cada uno tiene sus propias motivaciones, sentimientos, historias que contar e intereses, pero al fin y al cabo, todos eran personas.

Al acercarse al centro de la ciudad, Carlos comenzó a ver a los borrachos deambular, comunicándose entre ellos con gritos y gemidos guturales, como si se tratara de los animales salvajes que habían crecido entre las ruinas de la civilización.

Una ráfaga de viento arrastró frente los pies del muchacho los restos del cartel de un espectáculo que nunca llegó a celebrarse. ¿Para qué preocuparse por cosas que quizá nunca iban a llegar a suceder?

Debería de aprender a saber vivir el momento, ya que el futuro es incierto, y el pasado, inexistente.

Con el vigor de un león y la fuerza del sol naciente, se situó frente a las puertas de la tierra prometida. Había pecado demasiado para poder entrar, ¿cómo iban a tener clemencia de él? ¿Qué podía hacer para ser aceptado en un mundo al que no pertenecía?

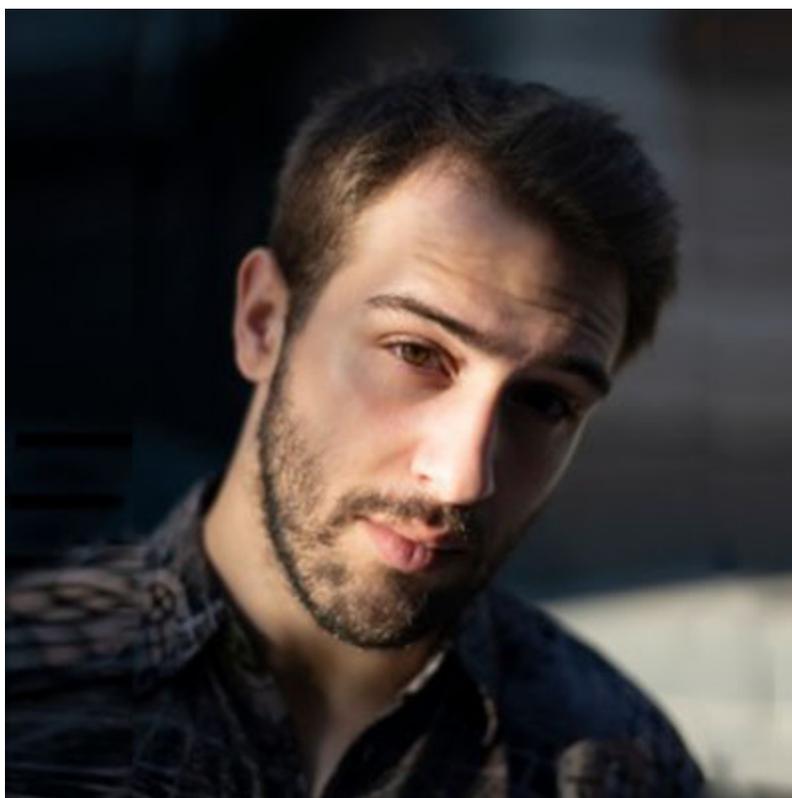
Al cuarto toque del timbre, Beatriz respondió, más dormida que despierta. Quizá, tenía razón aquel hombre sabio tantos años antes, y la vida realmente era un sueño.

Muchos querían despertarse, pero él, aquel día, se negaba a hacerlo. Quería aferrarse a la almohada y disfrutar del dulce castigo de Morfeo.

Cada paso que daba por las escaleras de madera, el ruido de la madera emulaba a una tormenta cada vez más cercana, rugiendo con más fuerza, con más braveza, más peligrosa aún si cabe. Debía de encontrar refugio en el ojo del huracán que era la habitación de Beatriz.

Pero aquella mirada había levantado más tormentas de las que podía amainar, y el incendio amenazó con destruir lo que quedaba de la ciudad.

Había algunas leyes en el mundo que ni el derecho ni la física eran capaces de explicar, pero esa, es otra historia.



HÉCTOR PEÑA MANTEROLA es un autor español nacido en Santander (Cantabria) en 1995. Graduado en Historia por la Universidad de Cantabria, Héctor ha presentado numerosos relatos fantásticos a diversas plataformas, y en 2020 ha publicado su primera novela, "El Ministro del Silencio": una obra de micro-historia en la cual a través de unos sucesos concretos de la vida de Carlos analizaremos temas como la corrupción (tanto estatal como personal), los conflictos paterno-filiales, la precariedad laboral que sufren los jóvenes, y la irrupción de la pandemia del coronavirus (permitiendo tratarse otros temas como la situación de los ancianos en las residencias, las teorías conspirativas y las actitudes gubernamentales). Actualmente se encuentra trabajando en "El Caballero Verde", una novela de fantasía.